

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador  
Departamento de Sociología y Estudios de Género  
Convocatoria 2014-216

Tesis para obtener el título de Maestría en Sociología

Política sin ‘violencia’: construcción de la hegemonía del discurso neoliberal en El Salvador  
(1989 a 2010)

Maritza Antonieta Ramírez Zelaya

Asesora: María Luciana Cadahia

Lectores: Paula Biglieri y José Enrique Ema López

Quito, enero de 2017

## Tabla de contenidos

Resumen.....	IV
Agradecimientos.....	VI
<b>Introducción.....</b>	<b>1</b>
<b>Capítulo 1.....</b>	<b>8</b>
<b>Pensar el neoliberalismo como una forma hegemónica productora de sujetos.....</b>	<b>8</b>
1. ¿Cómo entender el neoliberalismo? .....	9
2. Discurso neoliberal y producción de subjetividades .....	12
3. Teorías del consenso y teorías del conflicto .....	18
4. La hegemonía desde el posmarxismo .....	24
<b>Capítulo 2.....</b>	<b>32</b>
<b>Más allá de la economía, el consenso neoliberal en la transición a la democracia.....</b>	<b>32</b>
1. Guerra civil, conflicto social y violencia.....	34
2. Emergencia y consolidación de la agenda neoliberal, nuevos discursos en juego.....	40
3. Postpolítica y consenso: la ilegitimidad de la igualdad social.....	43
<b>Capítulo 3.....</b>	<b>51</b>
<b>La irrupción del conflicto, consenso neoliberal y desigualdad en El Salvador de postguerra .....</b>	<b>51</b>
1. Gestación de nuevas formas de violencia: pandillas juveniles y desarticulación del tejido social.....	52
2. Mano dura y Súper mano dura: la política punitiva del neoliberalismo.....	60
3. Criminalidad y violencia: frenos a la libre empresa y el llamado a la ‘unidad nacional’ .....	64
<b>Capítulo 4.....</b>	<b>68</b>
<b>La sedimentación del consenso naturalización de la postpolítica y la unilateralidad del trato punitivo al crimen .....</b>	<b>68</b>
1. El consenso como política de la postpolítica.....	69
2. Desestimación de la desigualdad y trato punitivo al crimen .....	72
3. Construir lo político.....	75
Conclusiones .....	80
Siglas y Acrónimos .....	84
Referencias citadas en el texto .....	85

## **Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis**

Yo, Maritza Antonieta Ramírez Zelaya, autora de la tesis titulada “Política sin ‘violencia’: construcción de la hegemonía del discurso neoliberal en El Salvador (1989 a 2009)” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría en Sociología concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, enero 2017.



---

Antonieta Ramírez

## Resumen

En esta tesis indagamos en el proceso de consolidación de la hegemonía neoliberal y el uso que el discurso del consenso ha hecho de la violencia como su exterior constitutivo. Nuestra exploración parte de los inicios del neoliberalismo como proyecto político en El Salvador en 1989, hasta el año 2010 donde se dio la alternancia de gobierno, es decir, el traspaso del órgano ejecutivo a manos de los gobiernos del partido Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) anterior guerrilla y ahora partido político, lo que no implicó una ruptura significativa con el orden neoliberal sino más bien su continuidad.

Así, tratamos de arrojar respuestas preliminares a la pregunta sobre ¿cómo el discurso neoliberal en El Salvador ha capitalizado la violencia para consolidar su proyecto hegemónico postpolítico? Pues en diferentes contextos, tanto durante el conflicto armado como en el período de transición a la democracia, la violencia –ya sea política como es el caso en la guerra civil o más recientemente la ejercida por las pandillas– ha sido un elemento que neutraliza los conflictos, siendo percibidos los antagonismos y las diferencias ideológicas como la prolongación y la expresión de la violencia en la vida política. Por ello abordamos el discurso del consenso como la contracara de la confrontación, pues éste discurso coadyuva a sedimentar la apoliticidad como un sentido común, dando como resultado la elusión del carácter histórico de la desigualdad en El Salvador, pues el discurso del consenso plantea esta cuestión como un asunto desfasado, propio de la dinámica política del siglo XX atravesada por la Guerra Fría.

De este modo, hemos recurrido a los planteamientos que sobre la hegemonía y los discursos han elaborado Ernesto Laclau y Chantal Mouffe desde el postmarxismo, para comprender cómo en la historia reciente de El Salvador ha tenido lugar la consolidación del orden neoliberal a través del uso de la violencia y el discurso consensual. Siguiendo esta línea interpretativa, en este trabajo hemos encontrado que en la instauración del proyecto neoliberal ha tenido un papel central el discurso del consenso como estrategia sistemáticamente despolitizadora. Asimismo, durante el período de postguerra la aplicación de la agenda neoliberal corrió paralelo al repunte de la violencia social ejercida por las pandillas. No obstante, en lugar de afrontar el problema de la violencia como el resultado de desigualdades estructurales las políticas neoliberales pusieron el acento en medidas represivas que

reactivaron la violencia pandilleril, lo cual sirvió al discurso del consenso a la construcción de un enemigo común a la sociedad como lo fueran los grupos guerrilleros en su momento. En respuesta a lo anterior, consideramos importante buscar modos adecuados de emergencia del conflicto, pues de continuar obnubilando su expresión se profundiza el problema de la violencia y la desigualdad que tiene atrapada a la sociedad salvadoreña.

## **Agradecimientos**

Quiero agradecer a todas las personas que de un u otro modo me han acompañado en este proceso. Especialmente a Rubén por apoyarme, escucharme y darme ánimo cuando más lo necesitaba. A mis amigas, Andrea y Mariela por su compañía y apoyo mutuo. A Fátí y Gab por su cariño en la distancia.

Así mismo, quiero agradecer a mi asesora de tesis Luciana Cadahia por sus oportunas observaciones y sugerencias para darle forma a la presente investigación. Sin embargo, todo lo plasmado en este trabajo es responsabilidad únicamente mía.

Especiales agradecimientos a los bibliotecarios de la hemeroteca de la Biblioteca “P. Florentino Idoate S.J.” de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” de San Salvador, por permitirme consultar los documentos, revistas y boletines que han dado soporte empírico a este trabajo.

## Introducción

Carlos Enrique Araujo, presidente de la Asociación Nacional de la Empresa Privada en 2010, como parte de su discurso de inauguración del décimo Encuentro Nacional de la Empresa Privada (ENADE)<sup>1</sup> decía que “a los salvadoreños nos gusta vivir en democracia, porque es el único escenario en donde, junto con preservar las libertades, se puede generar la confianza necesaria para que se concreten inversiones de largo plazo”, y agregaba “en este momento. Lo [sic] que se requiere es de certeza y de rumbo de país, no revivir ideologías fracasadas, ni perpetuar discusiones inútiles”. La contundencia de estas palabras y su repetición constante en los medios de comunicación, en los discursos políticos, en las agendas de los *think tanks* y de las universidades, entre otros, nos hicieron preguntarnos sobre si estos discursos eran acaso responsables en buena medida de la apatía hacia la política y de la fácil aceptación de la población salvadoreña hacia las medidas neoliberales. Claro está que la respuesta a esa interrogante no se puede encontrar únicamente en lo enunciado en este discurso, sabemos que hay de por medio muchos elementos más que han posibilitado la consolidación hegemónica del proyecto neoliberal en El Salvador en las últimas tres décadas. No obstante, al descubrir la eficacia y la naturalidad con la cual éste discurso es aceptado –un discurso que apela a la unión de la sociedad salvadoreña, al acuerdo absoluto en torno a la libertad económica individual como valor supremo del conjunto social y al rechazo de posturas ideologizadas– era ineludible adentrarse en las implicaciones que el mismo ha tenido en la permanencia de un orden social casi inamovible; un orden social que precariza a gran parte de la población y frente al cual no hay formas de resistencia ni proyectos contrahegemónicos lo suficientemente fuertes que logren ponerlo en cuestión.

Aunado a lo anterior, nos pareció importante tomar en cuenta el papel que tiene la violencia en la configuración de este escenario social, ya que funciona como la otra cara que viene a legitimar el ideal regulativo de un consenso colectivo. En ese sentido, debemos destacar que la violencia es parte importante de la cultura salvadoreña, sus expresiones se encuentran exacerbadas en la vida cotidiana de los habitantes sin distinciones de clase, género o raza. Probablemente es esta convivencia cotidiana con actitudes violentas lo que ha permitido que el discurso del consenso sea tan potable ya que la tan ansiada paz ha sido una deuda pendiente

---

<sup>1</sup> Araujo, Carlos Enrique. 2010. *Fragmento del discurso pronunciado en la inauguración del Décimo Encuentro Nacional de la Empresa Privada (ENADE)*, 26 de enero, disponible en: <http://anep.org.sv/ENADE2009/discursopresidenteanep.pdf>

desde la firma de los Acuerdos de Paz de 1992<sup>2</sup> –firmados en Chapultepec, México. Curiosamente, posterior a ello la espiral de violencia ha ido en ascenso hasta el presente. Dicho esto, a nuestro modo de ver es claro que los Acuerdos de Paz fueron insuficientes como marco para lograr la democratización del país –pues como se verá en las páginas que componen este estudio–, hubo diálogos y negociaciones sobre la creación de nuevas instituciones y la desaparición de otras para dar lugar a un marco institucional más acorde con la transición a la democracia; pero no hubo ningún tipo de negociación que alterara la estructura económica de la sociedad. De este modo, el conflicto fue obturado y, en el intento de soterrarlo, este emergió a través de la violencia. Así pues, consideramos importante incorporar la cuestión de la violencia en este estudio como un elemento funcional al discurso del consenso y a la lectura postpolítica prevaleciente sobre la historia reciente del país centroamericano; ya que el pasado violento ha marcado en sobremanera la memoria de los y las salvadoreñas. Asimismo, hay formas de violencia como la violencia estructural que han sido invisibilizadas y no reconocidas como tales, formas de violencia que en cuanto son puestas en cuestión inmediatamente son negadas por los grupos neoliberales que abogan por el consenso. Así, las reiteradas violaciones a los derechos laborales en zonas francas o la carencia de vivienda digna que padecen miles de familias salvadoreñas son vistas como problemáticas que nada tienen que ver con el modo en que se ha configurado el orden social. No confrontar es, en ese sentido, sinónimo de ecuanimidad y de racionalidad en la práctica política. Con esto no queremos restarle importancia al consenso y al diálogo en cuanto tal, pues reconocemos que llegar a acuerdos es una condición imprescindible de toda democracia, sino más bien queremos plantear que la defensa del consenso por el consenso mina la posibilidad de que los acuerdos estén basados en decisiones sustantivas; pues la exclusión de los conflictos que resultan incómodos abordar finalmente deriva en la negación e invisibilización de demandas populares y en el mantenimiento de las desigualdades. Siendo esto así, es difícil hablar de la existencia de una verdadera democracia, si la mayoría de la población se mantiene al margen de la vida política y, más aún, cuando se desdeñan de entrada cualquier tipo de confrontación explícita, considerando sus demandas y propuestas como meros resabios ideológicos.

Con lo dicho hasta el momento, en este trabajo de investigación nos hemos propuesto abordar la consolidación hegemónica del proyecto neoliberal en El Salvador, especialmente el influjo

---

<sup>2</sup>Con los cuales se culminó el proceso de negociación como salida a la guerra civil, que se prolongó desde 1980 a 1992.

que ha tenido en ello el discurso del consenso y el uso que éste hace de la violencia. Explícitamente, nos interesa resaltar la línea de continuidad establecida por parte del discurso neoliberal del consenso entre conflicto y violencia, entendidos como dos elementos que son la contracara de un mismo fenómeno. Tan es así, que cualquier reclamo por disminuir las desigualdades sociales, como puede ser una manifestación por el pedido del aumento del salario mínimo, automáticamente es leído como una acción violenta que atentaría al orden democrático. Por consiguiente, el consenso se plantea como la única alternativa a la violencia, es decir, como la prevalencia de la concordia por sobre la confrontación. Analizar esta cuestión como parte de las estrategias discursivas desplegadas por el consenso nos lleva también a mirar sus implicaciones de cara a la sedimentación de los sentidos del neoliberalismo. Es por ello que el objetivo de esta investigación está centrado en comprender cómo la hegemonía neoliberal en El Salvador fundamenta su apoliticidad en el consenso como mecanismo excluyente de la política, entendido como forma de perpetuación de los conflictos.

De ahí que en este trabajo hemos tratado de brindar respuesta a la siguiente pregunta ¿cómo el discurso del consenso ha capitalizado la violencia como mecanismo que obnubila el conflicto de cara a la consolidación del proyecto neoliberal? Si bien el intento de respuesta que hemos esbozado en este estudio es parcial y su alcance limitado, consideramos que es importante debido a que pretende visibilizar y poner en cuestión la naturalidad con la que el discurso del consenso opera en la vida política del país. Más aún, la principal motivación de este trabajo se justifica en lo imperioso que es para la sociedad salvadoreña el permitir la expresión de los conflictos de todo tipo, sin ninguna exclusión, pues partir del hecho de que hay problemáticas que deben ser abordadas y otras que por su naturaleza incómoda frente al orden social deben ser excluidas no es parte de una verdadera democracia. Consideramos que es pertinente abordar esta problemática debido a que la permanencia del discurso neoliberal obstaculiza la construcción de sujetos políticos emancipatorios y, por ende bloquea las posibilidades de reactivación política que pudieran dar lugar a proyectos políticos alternativos.

En términos metodológicos, esta investigación se ha llevado a cabo a partir del análisis político del discurso, retomado de las propuestas teóricas de Ernesto Laclau. Esta forma de análisis parte de la premisa de que la realidad social está construida en base a significaciones que la dotan de sentidos. De forma que, al hablar de discursos no nos estamos restringiendo a un ámbito meramente lingüístico, sino más bien a la comprensión de que lo lingüístico y lo

extra-lingüístico están incluidos en un solo proceso de significación social<sup>3</sup>. Al apostar por éste método de análisis asumimos también ciertas premisas en la forma de concebir el mundo social, por un lado el discurso (como constructo social lingüístico y extra-lingüístico) pasa a ocupar un lugar central en el análisis de la conformación de las relaciones sociales; también lo social es cuestionado en tanto se considera un espacio estable y dado, en su lugar, la propuesta laclausiana visibiliza su carácter contingente y de fijación parcial. De esta forma, el posicionamiento ontológico del análisis político del discurso apunta a mostrar el carácter discursivo de lo social (en tanto ser, no existencia), es decir, como el sentido de lo social se entreteje a partir de las prácticas (colectivas) de los sujetos en contextos específicos donde adquiere significación. Esto supone asumir con mayor radicalidad la construcción histórica de lo social, y por lo tanto, su carácter inestable y precario (Laclau y Mouffe 1993, 123 y 133). Así pues lo social es un campo de disputa pues no es un todo acabado, ya que siempre se encuentra dominado –en términos lacanianos– por el deseo de imposibilidad de la unidad, o, dicho en palabras de Laclau y Mouffe es “un campo dominado por el deseo de una estructura que está siempre finalmente ausente” (1987: 192). La ausencia de un cierre total de lo social viene dada por el conflicto como parte inherente de la vida en sociedad. De cara a nuestra investigación, estas premisas nos permiten entender la hegemonía neoliberal como la naturalización (sedimentación) de sentidos tales como el consenso que dan forma a lo social como una presencia objetiva, pero que sin embargo son susceptibles de modificación.

En relación a la recolección de fuentes empleamos el método histórico documental, fundamentalmente realizamos trabajo de archivo. El lugar de recolección fue la hemeroteca de la Biblioteca “P. Florentino Idoate S.J.” de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” UCA en la ciudad de San Salvador, El Salvador. Nuestro trabajo de recolección se extendió desde 15 de febrero hasta el 15 de abril de 2016. Básicamente recurrimos a dos tipos de fuentes, por un lado notas de prensa que dieran cuenta de procesos relacionados con la

---

<sup>3</sup> Para ilustrar mejor esta cuestión, Laclau da un ejemplo que denota el carácter lingüístico y extra-lingüístico del discurso, dice: “Si estoy construyendo una pared y digo a alguien ‘dame un ladrillo’ y luego lo pongo en la pared, mi primer acto es lingüístico en tanto que el segundo es un comportamiento (*behaviourial*), pero es fácil percibir que los dos están conectados como parte de una operación total que es la construcción de la pared. Este momento relacional de la operación total no puede ser ni lingüístico ni extra-lingüístico, ya que incluye acciones de ambos tipos; si se lo piensa positivamente, por tanto, los conceptos que lo aprehendan deben ser previos a la distinción lingüístico/extra-lingüístico. Es a esta instancia de fundamento (*ground*) a lo que llamamos ‘discurso’, que es por tanto *co-terminous* con lo ‘social’. Es por el hecho de que toda acción social tiene un sentido que ella se constituye bajo la forma de secuencias discursivas, las cuales articulan elementos lingüísticos y extra-lingüísticos” (Laclau 1998, 63). Asimismo, subraya que “no se trata de que la realidad sea ‘lenguaje’ sino de que la formalización creciente del sistema lingüístico condujo a la definición de un conjunto de lógicas relacionales que no caracterizan solamente a lo lingüístico en un sentido restringido” (Laclau 1998, 63).

puesta en marcha de medidas neoliberales, así como de notas periodísticas que abordaran el fenómeno de la violencia en la década de los noventa. Por otro lado, revisamos la sección de Documentación de la revista Estudios Centroamericanos de la UCA, con el fin de recopilar discursos y documentos oficiales pronunciados en las coyunturas claves de instauración del proyecto neoliberal y del discurso del consenso. Asimismo, realizamos una recopilación de informes trimestrales y de boletines informativos de la Fundación Nacional para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES), que es un reconocido *think tank* neoliberal presente en el país desde 1983. Una limitante en la recolección de fuentes fue el hecho de que el problema de investigación que nos hemos propuesto no ha sido lo suficientemente abordado, razón por la cual las referencias documentales previas al trabajo de archivo fueron escasas. No obstante, el conjunto de fuentes recopiladas nos brindó un panorama mucho más claro del proceso de constitución de la hegemonía neoliberal en nuestro país. Ciertamente, lo expuesto en este trabajo no es algo acabado ni definitivo, de ningún modo puede serlo, pero el aporte de esta investigación radica en el esfuerzo por introducir nuevas formas de comprender la realidad salvadoreña, pues hasta la fecha en El Salvador no existen trabajos académicos que aborden el debate entre el consenso y el conflicto desde el postmarxismo, específicamente desde el análisis político del discurso. En ese sentido, la presente investigación entraña una novedad teórica y política pues intenta dismantelar el discurso neoliberal del consenso y su ficción democrática. No obstante, reiteramos que este trabajo no está exento de limitantes y vacíos de los cuales nos responsabilizamos totalmente.

Así pues, la organización de los capítulos que integran este trabajo tomó forma a partir de la información que las fuentes nos proveyeron. De este modo, en el capítulo 1 delineamos la estrategia teórica a seguir para lograr comprender las consecuencias que el discurso del consenso ha tenido en la práctica política en El Salvador. En este capítulo tratamos de plantear una noción de neoliberalismo que trascienda las concepciones económicas del mismo, que si bien son valiosas porque denuncian la precariedad y la desigualdad que el neoliberalismo genera dejan de lado la dimensión subjetiva que el neoliberalismo produce. Para esta dimensión de la producción subjetiva, recurrimos a los aportes de Michel Foucault sobre las técnicas de sujeción y las prácticas de subjetivación, distinción presente al final de su obra y una clave muy importante para distinguir una sujeción neoliberal de una subjetivación alternativa a ese dispositivo. Asimismo, hacemos un breve esbozo de lo que constituyen las teorías del consenso, describiendo a grandes rasgos los planteamientos teóricos de Rawls y Habermas, para contraponerlas con la corriente de estudio que nosotros

suscribimos en este trabajo que es la teoría de la hegemonía de Laclau y Mouffe enmarcada dentro de las teorías del conflicto. Para ello, retomamos la noción de lo político planteada por Schmitt, quien pone de relieve el antagonismo como un elemento imposible de erradicar de la práctica política pese a los intentos liberales por neutralizar la dimensión conflictiva. A continuación, introducimos la crítica realizada por Mouffe a las teorías consensualistas, a partir de su reinterpretación de la crítica esbozada por Schmitt. Después de plantear estas cuestiones entramos de lleno en el concepto de hegemonía, primero hacemos una breve reseña de la concepción gramsciana y luego abordamos propuesta que desde el postmarxismo elaboraron Laclau y Mouffe de tal concepto. Al finalizar este capítulo profundizamos en las nociones de discurso, hegemonía y sedimentación como conceptos claves para entender la consolidación del proyecto neoliberal a través del discurso del consenso.

En el capítulo 2, tratamos de reconstruir el contexto en el cual emergió el proyecto neoliberal que se distinguió fundamentalmente por correr paralelo a un momento de convulsión social debido a la agudización de la guerra civil. Las fuentes encontradas nos han permitido dar cuenta del momento de emergencia del discurso del consenso como un elemento integrante de la política neoliberal llevada a cabo por el gobierno de Alfredo Cristiani. En este capítulo tratamos de mostrar cómo el discurso del consenso fue potenciado gracias al proceso de negociación, pues la necesidad de dar fin al conflicto armado fue una condición capitalizada por la agenda neoliberal del gobierno. Esto tuvo como consecuencia que se haya establecido un nexo entre la expresión de los conflictos (enunciación y denuncia de la desigualdad y del autoritarismo) como sinónimo de violencia y el consenso y la concertación como sinónimos de ecuanimidad y civilidad. Lo anterior se reflejó en el modo en que la lógica postpolítica se impuso cada vez más como sentido común en la lectura de la realidad social.

En el capítulo 3 entramos de lleno en la época postconflicto armado, tratando de visibilizar sobre todo cómo las políticas neoliberales más ásperas de liberalización de la economía se iban implementando paralelo a la incubación de la violencia en las comunidades. Específicamente, abordamos el surgimiento de las pandillas juveniles en un contexto de profundización de las desigualdades sociales, en donde la migración masiva de salvadoreños y salvadoreñas hacia Estados Unidos fue relevante debido a que en el país no había condiciones que garantizaran la calidad de vida. Los aspectos más importantes de este capítulo se resumen en el modo en que el discurso del consenso construyó un enemigo común a la sociedad encarnado en las pandillas, enemigo sobre el cual se aplicaron todo tipo de

medidas represivas que derivaron en el recrudecimiento de la violencia. A su vez, la invisibilización del conflicto social siguió reproduciéndose en el no reconocimiento del fenómeno de las pandillas como expresión de la desigualdad social irresuelta. Por el contrario, al entrar en el nuevo siglo, el discurso del consenso acentuó la imagen de las pandillas como enemigas de la sociedad al considerarlas la raíz de la crisis económica y social, debido al aumento vertiginoso de los delitos, tales como extorsiones y asesinato de pequeños empresarios. De ello derivó una lectura fatalista que acentuó en la sociedad la idea de que las libertades económicas –como libertades fundamentales– estaban amenazadas. Así, cuando el FMLN asume el órgano ejecutivo en el año 2009, la derecha empresarial achacó a este gobierno duras críticas que lo calificaban de incapaz de gobernar por no poder contener la violencia de las pandillas, pese a que la misma se incubó en los años anteriores.

Finalmente, en el capítulo 4 hacemos una reflexión sobre las consecuencias que tiene el discurso del consenso de cara a la construcción de proyectos contrahegemónicos. Principalmente, tratamos de sustentar la tesis de que el consenso ha sido la estrategia discursiva de la postpolítica al presentarse como modo ideal de desenvolvimiento de los asuntos públicos. A su vez, analizamos la forma en que la judicialización del crimen, o si se quiere el control de la violencia a través de medidas únicamente punitivas, ha sido la respuesta del neoliberalismo para no reconocer la necesidad de cambios estructurales. En este aspecto, queremos señalar que ha privado una concepción de la criminalidad como una anomalía o ‘enfermedad’ que afecta a la sociedad y se ha excluido la posibilidad de ver en la violencia la expresión de conflictos sociales irresueltos. En ese sentido argumentamos que el discurso del consenso junto con las políticas represivas son una prolongación de la estrategia postpolítica en el plano social. Así pues, concluimos el capítulo subrayando la necesidad de construir lo político y partiendo del hecho de que es imprescindible para la sociedad salvadoreña reconocer la existencia del conflicto. El ignorar esta cuestión únicamente redundaría en la reproducción del orden neoliberal. Por ello, todo proyecto contrahegemónico y/o intento por reducir sustancialmente la violencia criminal que padece el país debe poner en cuestión el neoliberalismo, en tanto proyecto político que dio lugar a la actual configuración social. De esta manera, proponemos tomar en cuenta la propuesta agonista planteada por Mouffe como un modo de enrumbar el conflicto dentro de los cauces de la democracia, pero sin negar su expresión.

## Capítulo 1

### Pensar el neoliberalismo como una forma hegemónica productora de sujetos

En este primer capítulo precisaremos los fundamentos teóricos que sustenta nuestra reflexión sobre la construcción de la hegemonía neoliberal en El Salvador. La propuesta de acercarnos a este problema es importante debido a que desde la finalización del conflicto armado hasta la actualidad, hemos asistido a la consolidación del discurso neoliberal como una forma totalizante que define el orden social. Esto ha implicado no sólo la puesta en práctica de políticas económicas, que se pueden sintetizar en el fomento de la libertad económica individual, sino también en la extrapolación de dicha libertad individual al ámbito político<sup>1</sup>. Esto significa que la política lejos de verse como un espacio de confluencia y disputa entre distintos intereses en conflicto, ha sido reducida a un supuesto espacio de administración técnica y neutral de lo público, pues se ha tratado de “sustraer de más en más las decisiones públicas del control político, y hacer de ellas la responsabilidad exclusiva de los expertos” (Laclau y Mouffe 1985, 286). En estas condiciones, el consenso, entendido como el predominio de acuerdos racionales por sobre las diferencias individuales<sup>2</sup>, se ha erigido como un sentido común dentro de la sociedad salvadoreña, que apela a un llamado a la unidad y a la reconciliación nacional a la vez que deslegitima la aparición de discrepancias irreconciliables con el discurso neoliberal. A esto subyace la idea ampliamente difundida a través de los portavoces de este discurso, como lo son los partidos políticos de derecha y los medios de comunicación mayoritarios, de que el orden actual que emergió de la caída del comunismo –y en el caso salvadoreño de la finalización negociada de la guerra civil– es el único posible<sup>3</sup>.

En cuanto al desarrollo de este capítulo, en la primera sección trataremos de hacer una aproximación a la noción de neoliberalismo –de acuerdo a los trabajos elaborados sobre ello por Harvey y Anderson– con el objetivo de visibilizar la pertinencia del uso de este término y tomar distancia crítica de posturas tecnocráticas que desdeñan el uso del mismo por

---

<sup>1</sup> En ese sentido, Harvey plantea que el neoliberalismo es al mismo tiempo que un proyecto económico un proyecto político en la medida que busca “reestablecer las condiciones para la acumulación de capital y restaurar el poder de las elites económicas” (Harvey 2007, 24).

<sup>2</sup> Al referirnos al consenso principalmente hacemos alusión a las concepciones teóricas de Jürgen Habermas y John Rawls. Quienes han tenido sendos debates sobre el tema, llegando a converger en el peso dado a la razón como medio para llegar a acuerdos y en el carácter fundante de éstos de cara a la estabilidad del orden social. Más adelante abordaremos con más detalle esta cuestión. (Cfr. Rawls 1998, 75–143; Habermas 1998, 41–71).

<sup>3</sup> De ese modo coincidimos con Anderson en que el neoliberalismo política e ideológicamente ha logrado un grado de éxito probablemente jamás soñado por sus fundadores, diseminando la simple idea de que no hay alternativas para sus principios, que todos, partidarios u opositores, tienen que adaptarse a sus normas (Anderson 1997, 122).

considerarlo saturado de carga política. En la segunda sección, queremos situar nuestro análisis del neoliberalismo como un discurso constructor de subjetividades, para lo cual hemos recurrido a las aportaciones de Foucault al respecto, especialmente sus reflexiones sobre la distinción entre sujeción y subjetivación. En el tercer acápite, contraponemos las ideas fundamentales de las teorías de consenso con las teorías del conflicto, esto con el fin de ubicar al lector o lectora no sólo en la discusión teórica sobre el tema, sino también en arrojar pistas que permitan comprender la manera en que es entendida la política en la realidad salvadoreña. Finalmente, en el cuarto acápite entramos de lleno en la lectura propuesta por Laclau y Mouffe sobre la hegemonía, en donde hacemos una breve genealogía del concepto a partir de Gramsci y la apropiación y desarrollo que desde el postmarxismo hicieron los autores del mismo; como último punto dentro de esta sección abordamos el concepto de sedimentación y su relación con la postpolítica, entendidas como nociones clave para comprender la consolidación de la hegemonía neoliberal en El Salvador.

### **1. ¿Cómo entender el neoliberalismo?**

Para aproximarnos mejor a nuestro objeto de estudio conviene precisar la noción de neoliberalismo con la cual trabajaremos. Para ello, trataremos, en primer lugar, la acepción económica-política del término y, en segundo lugar, la dimensión subjetiva que el mismo implica. Con estos presupuestos queremos demostrar la importancia de pensar el neoliberalismo como una formación histórica, pues lejos de considerarlo como una mera elucubración ideológica –tal y como lo conciben los técnicos y expertos imbuidos en la lógica postpolítica<sup>4</sup>– nosotros creemos que es conveniente seguir usando este término para nombrar las realidades desiguales en las cuales vivimos.

En cuanto al primer punto, es innegable que el neoliberalismo supone la puesta en práctica de un cuerpo de doctrinas que abandera la libertad individual y de manera más primordial la libertad económica. Esto ha sido patente –desde la aplicación de este modelo en los años setenta– en la férrea oposición a toda forma de control de la economía por parte del Estado. Sin embargo, no es la ausencia del Estado lo que define a esta formación histórica, pues el Estado dentro de un contexto neoliberal debe ocuparse de garantizar un terreno idóneo para el despliegue de las libertades económicas y las fuerzas del mercado. En palabras de Harvey:

---

<sup>4</sup> La postpolítica puede entenderse como una forma de negación de los conflictos que no sólo busca reprimir el conflicto sino más bien excluirlo del discurso. Es una regulación ética que define que el conflicto debe ser tratado neutralmente por técnicos-expertos con miras a alcanzar un “consenso más o menos universal” (Zizek 2008, 32).

El neoliberalismo es, ante todo, una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres y libertad de comercio. El papel del Estado es crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de éstas prácticas (Harvey 2007, 6).

En vista de lo anterior, el neoliberalismo ha dado lugar a la configuración de un mundo caracterizado por la flexibilidad laboral, la precarización de la vida, el aumento de la desigualdad<sup>5</sup>, los recortes en el gasto público, el crecimiento de las tasas de desempleo, el predominio de la inversión especulativa por sobre la productiva y la desarticulación del movimiento sindical (Anderson 1997, 116–17; Harvey 2007, 32–40). La suma de todos estos acontecimientos ha favorecido la reproducción del orden social, pues han derivado en “la eficacia del discurso neoliberal en generar resignación social e impotencia frente a las escasas posibilidades de acción en el nuevo contexto internacional” (Fair 2008, 4). De esta forma, con la precarización de las condiciones de vida y la apuesta por alejar de la política a los sectores populares volviendo a ésta un dominio exclusivo de los expertos<sup>6</sup>, el neoliberalismo ha logrado crear un suelo fértil para construir subjetividades funcionales a su proceder<sup>7</sup>. A manera de ejemplo, la flexibilidad laboral no sólo genera incertidumbre sobre la reproducción cotidiana de la vida sino que además conduce a formas mucho más efímeras y volátiles de llevar las relaciones sociales, pues el sujeto al carecer de una narrativa sólida que le proporcione seguridad vital –como lo puede ser contar con un empleo a largo plazo– se ve en la obligación de adaptarse al cambio constante y prescindir de vínculos sociales mucho más estables y duraderos que podían emerger en contextos de arraigo. Esto se evidencia en la necesidad que experimentamos de vivir lo inmediato, de ser consumidores<sup>8</sup> y de aceptar el

---

<sup>5</sup> A través de nuevas formas de expropiación del capital como sería por ejemplo la tributación fiscal regresiva, la deslocalización de los procesos productivos, los subsidios a la agricultura en los países centrales, etc.

<sup>6</sup> Quienes “lejos de plantearse posibles efectos negativos de la aplicación de estas políticas de orientación neoliberal sobre la estructura de las economías y sociedades existentes, [...] apelan a metáforas despolitizadas que denotan integración social y ausencia de conflictos y antagonismos sociales” (Fair 2008, 9).

<sup>7</sup> Como señala Ema López: “Por tanto, nos encontramos paradójicamente con la universalización de una condición estructurante –la abstracción capitalista que todo lo convierte en mercancía, donde el único valor es el de cambio– bajo el debilitamiento de las estructuraciones sociales mediante el empuje hacia la fragmentación, la incertidumbre y el cambio continuo, no sólo como experiencia de vida sino incluso como ideal a alcanzar” (Ema López 2009, 227-228).

<sup>8</sup> Según Bauman el neoliberalismo –en realidad– niega la libertad porque no existe posibilidad de elegir, nos vemos obligados a adoptar conductas que se nos imponen por una ausencia de alternativas, pero esto se vive de manera gratificante, de ahí la defensa de la sociedad de consumo (Bauman citado en Fair 2008, 8).

orden social como lo dado. En otras palabras, las consecuencias económicas y materiales del neoliberalismo también moldean la construcción de nuestra subjetividad.

Sobre este segundo punto, acerca de la forma en que el neoliberalismo logra penetrar en la construcción de subjetividades, coincidimos con Alemán cuando éste afirma:

[...] que es muy importante hacer la distinción entre la captura del sujeto y las lógicas de la dominación para comprender el modo en el que el neoliberalismo intenta –y vamos a decir que ésta es su diferencia histórica con otros momentos del capitalismo– ir a la captura misma del sujeto y disputar lo que es el ser humano. Es decir, entrar verdaderamente en una teoría del hombre nuevo, produciendo verdaderamente subjetividades (Blanco y Sánchez 2015, 2).

En ese sentido, tener en cuenta la dimensión subjetiva del neoliberalismo abre la posibilidad de explorar los fundamentos de su eficacia como discurso ordenador del mundo social (Cfr. Alemán 2016). Pues lo que interesa es ver cómo éste opera en la construcción de sujetos sociales que han interiorizado como sentido común actitudes pasivas hacia el contexto que les rodea. Nos referimos a cómo el individualismo exacerbado por el orden neoliberal construye un *éthos* pasotista ante la vida social, que supone la construcción de un sujeto desentendido de los asuntos comunes, obligado al goce de lo inmediato y creyente en su plena libertad individual<sup>9</sup>. El problema radica, como bien señala Alemán, en que no podemos entender estas expresiones individualistas como un mecanismo de dominación, o en otras palabras, no es posible hacer una lectura del neoliberalismo como una forma de control de los sujetos a partir de la coerción. Contrario a ello, el éxito del neoliberalismo subyace en la libertad que nos ofrece a nosotros como sujetos, pues somos contruidos para desear los objetos de consumo y para celebrar nuestras diferencias sin que esto último suponga traspasar los límites en el que el sistema nos permite disidir. En este sentido creemos que es posible comprender el neoliberalismo como una práctica hegemónica.

Dado que en esta investigación nos decantaremos por abordar la segunda dimensión, creemos que una de las particularidades de nuestro caso en estudio es la manera en que el discurso neoliberal sobre la violencia criminal moldea las subjetividades colectivas en El Salvador. Pues el discurso imperante sobre la violencia parte de una lectura simplista que señala a los

---

<sup>9</sup> En ese sentido coincidimos con Ema López cuando señala que “es inevitable atender a esta vinculación entre capitalismo y subjetividad para cualquier política que se llame emancipatoria” (Ema López 2009, 240-241).

delincuentes como *terroristas*, prescindiendo de una problematización de las condiciones estructurales que favorecen la reproducción de los grupos delincuenciales. Más aún, no podemos suponer que la dimensión económica-política del neoliberalismo se encuentra desvinculada de la dimensión subjetiva, precisamente en el caso salvadoreño ha habido una ruptura del tejido social como resultado de la continua precarización de la vida material de la población, lo cual ha exacerbado el individualismo y anulado la posibilidad de buscar soluciones colectivas a la crisis social. De manera que las posibles salidas al problema de criminalidad que vive el país se resuelven en estrategias de limpieza social, en donde se apela al consenso de los distintos sectores políticos para erradicar la violencia como una plaga y no como un problema de profundas raíces sociales<sup>10</sup>. De ahí que sea importante visibilizar que el neoliberalismo no se restringe únicamente a moldear la materialidad de nuestra vida social, sino que también trasciende de ahí y nos coloca frente a la realidad siendo portadores de actitudes coherentes con su lógica individualista.

## **2. Discurso neoliberal y producción de subjetividades**

Actualmente, las sociedades latinoamericanas –a excepción de algunos casos particulares– vivimos con especificidades propias el predominio del discurso neoliberal. Este discurso permite definir los términos en los cuales la realidad podrá ser entendida y el tipo de práctica –política si se quiere– que podrá tener lugar. Basta decir al respecto que pese a la defensa acérrima que este discurso hace de las libertades, en última instancia es la libertad económica individual la que tiene un mayor peso por sobre todas las demás. Por ello, el neoliberalismo logra ser eficaz al proponer un discurso que se presenta como abierto a multiplicidad de perspectivas mientras éstas no pongan en cuestión el sentido ideológico y político que subyace a dicho modelo. De esta manera, el neoliberalismo construye subjetividades despolitizadas y fragmentadas.

En ese sentido, nos interesa retomar los aportes que Michel Foucault plantea sobre el neoliberalismo en el curso titulado *El Nacimiento de la Biopolítica*, pues ahí el autor destaca varias ideas que consideramos útiles para entender mejor la lógica neoliberal en la formación de subjetividades. Como hemos mencionado al inicio de este capítulo, partimos de la idea de que el neoliberalismo, además de ser un modelo económico, es ante todo una estrategia

---

<sup>10</sup> En este problema profundizaremos en el tercer capítulo de este trabajo.

discursiva<sup>11</sup> que desarticula el terreno de lo político para el despliegue de las dinámicas de desposesión y de precarización que vemos en el capitalismo actual. La discursividad del neoliberalismo eleva el consenso como práctica fundamental de la política, en base a postulados ‘neutrales’ y ‘técnicos’ que repliegan la ideología y los conflictos al ámbito del ‘dogma de izquierda’. Es así como los sujetos se ven interpelados hacia una política cada vez más pragmática y desprovista de luchas articuladas en torno a cambios estructurales<sup>12</sup>.

¿Pero qué supone el neoliberalismo para el autor francés? Lo que Foucault intenta mostrar en el referido curso es el modo en que la libertad económica se vuelve principio regulador del gobierno y de la sociedad, dando lugar a dinámicas dominadas por la competencia y por la extensión de los criterios económicos a otros ámbitos de la vida social que un principio estaba fuera de su campo de acción. De lo que se trata es de evidenciar la manera en que la libertad económica moldea las prácticas de gubernamentalidad, lo que se traduce en el cambio de relaciones sociales estrictamente verticales y coercitivas que se dirigían desde el Estado hacia la sociedad, a un modo de organización de las relaciones sociales en donde el Estado debe garantizar las condiciones para el buen desenvolvimiento de la libertad económica individual. Es así como cualquier individuo dentro de una sociedad neoliberal ve en sí mismo un potencial agente económico que puede ejercer la libertad de empresa, lo que a juicio de Foucault conduce a un *consenso político*. En sus palabras:

Esa institución económica, la libertad económica que esta institución, desde el comienzo, tiene el rol de asegurar y mantener, produce algo más real, más concreto, aún más inmediato que una legitimación de derecho. *Produce un consenso permanente, un consenso permanente de todos los que pueden aparecer como agentes en o dentro de esos procesos económicos. Agentes a título de inversiones, agentes a título de obreros, agentes a título de empleadores, agentes a título de sindicatos. Todos esos socios de la economía, en la medida misma en que aceptan el juego económico de la libertad, producen un consenso que es de carácter político* (Foucault 1999, 106-107, énfasis nuestro).

---

<sup>11</sup> Como ya hemos precisado, seguiremos la noción de discurso propuesta desde el postmarxismo de Laclau y Mouffe. Hemos prescindido de la noción foucaultiana de discurso debido a ésta se pone el acento en los regímenes de verdad que construyen los saberes científicos y técnicos, y en nuestro caso lo que nos interesa es pensar en los discursos políticos cotidianos.

<sup>12</sup> Como bien señala Chantal Mouffe, el neoliberalismo al hacer “un énfasis excesivo en el consenso, junto con la aversión a las confrontaciones, conduce a la apatía y al desinterés por la participación política. Es por eso que una sociedad democrática liberal requiere un debate sobre alternativas posibles. Debe ofrecer formas políticas de identificación en torno a posiciones democráticas claramente diferenciadas” (Mouffe 2014, 26).

De acuerdo a lo anterior, la efectividad del discurso neoliberal se debe en parte a la amplia aceptación de que cada una o uno de nosotros puede ser partícipe del libre mercado y por ende, obtener beneficios a partir de ello. De esta forma, es como, el orden social neoliberal puede legitimarse en el plano político pues al escindir la economía de la política, se invisibilizan los efectos que el mercado desregulado ocasiona en la sociedad. Contrario a ello, el orden del neoliberalismo se mantiene gracias a la promesa de que todos podemos devenir en agentes económicos y por lo tanto, carece de sentido discutir o plantear otros modos de organización social, es decir que el “sistema liberal genera como subproducto, además de la legitimación jurídica, el consenso, el consenso permanente” (Foucault 1999, 107). Sin embargo, habría que matizar esta cuestión pues cualquier orden social padece la imposibilidad de tener un cierre total y armonioso donde el conflicto se erradique. Más adelante nos detendremos en ello, por ahora basta añadir que a ésta pretensión de que todos los individuos que viven bajo un orden neoliberal pueden ejercer su libertad económica se agrega el hecho de que –efectivamente– bajo un orden de este tipo la dinámica competitiva o la lógica de libre empresa se ven fomentadas. Esto dista de considerar una sociedad neoliberal como una sociedad simplemente sometida al fetichismo de la mercancía, por usar la expresión marxista, más bien el neoliberalismo lleva las cosas mucho más allá y entran en juego toda una serie de construcciones sociales que producen sujetos que se conciben a sí mismos a partir de la lógica empresarial. En ese sentido, Foucault trae a cuenta el emprendedurismo –aunque él no lo nombra de este modo en el curso del Colegio de Francia– como principio formador del *homo oeconomicus*, o en sus propias palabras: “el *homo oeconomicus* que se intenta reconstituir no es el hombre del intercambio, no es el hombre consumidor, es el hombre de la empresa y la producción” (Foucault 1999, 182). Esto implica que cada individuo de acuerdo al ordenamiento neoliberal es una unidad productiva y/o comercial en potencia, y es hacia ello a lo que debe apuntar la práctica de la gubernamentalidad. Como señala Foucault:

[...] se trata de generalizar, mediante su mayor difusión y multiplicación posibles, las formas 'empresa', que no deben, justamente, concentrarse como grandes empresas a escala nacional o internacional o grandes empresas del tipo del Estado. *Esa multiplicación de la forma 'empresa' dentro del cuerpo social constituye, creo, el objetivo de la política neoliberal. Se trata de hacer del mercado, de la competencia, y por consiguiente de la empresa, lo que podríamos llamar el poder informante de la sociedad* (Foucault 1999, 186, énfasis nuestro).

Sin embargo, no es únicamente la proliferación de empresas de distinto tipo lo que definiría la política neoliberal, sino que esto es totalmente extrapolable a la vida cotidiana ya que el sujeto neoliberal es un empresario de sí mismo. A modo de ejemplo, al consumir objetos, mercancías, bienes, etc., el sujeto no sólo compra sino que también produce su propia satisfacción, por lo cual el consumo se vuelve una inversión en sí misma<sup>13</sup>. Es así como el neoliberalismo deviene como forma subjetiva, como forma de ser y de pensar, pues las libertades económicas ocupan un lugar central en la constitución de la práctica del sujeto. Foucault señala que el neoliberalismo estadounidense es el ejemplo primigenio de ello, debido a que la independencia misma de ese país giró en torno a la cuestión de los derechos civiles y la libertad, es decir que la tensión entre los gobernantes y los gobernados gira en torno al problema de las libertades a diferencia de otros países y procesos<sup>14</sup>. Esto nos lleva a pensar en qué medida el neoliberalismo implantado en Latinoamérica ha sido una emulación del neoliberalismo estadounidense, pues, para el caso en estudio, el discurso neoliberal sigue una lógica muy parecida a la de Estados Unidos sobre todo en lo referente a la defensa acérrima de la libertad económica individual, pero no de otro tipo de libertades más sustanciales.

Otro aspecto muy importante que señala Foucault tiene que ver con el efecto disolvente de la dinámica de competencia (Cfr. Foucault 1999, 278-79), es decir, la imposibilidad de mantener la cohesión social en una sociedad que tiene como principios fundamentales la lógica de empresa. Esto conlleva una paradoja intrínseca al ordenamiento neoliberal de la sociedad, pues por un lado se promueve el beneficio/interés individual como principio fundamental pero a la vez esto destruye la construcción de solidaridades colectivas de cualquier tipo. De algún modo, el neoliberalismo resuelve esto a través de la promoción y la tolerancia de las diferencias e identidades, pero en términos políticos esto es insuficiente. Es así como, a nuestro juicio, se puede considerar el discurso del consenso como una estrategia encaminada a preservar la cohesión social y mantener el *status quo* dentro de una dinámica disruptora como

---

<sup>13</sup> Según el autor: “El hombre del consumo no es uno de los términos del intercambio. En la medida en que consume, el hombre del consumo es un productor. ¿Y qué produce? Pues bien, produce simplemente su propia satisfacción. Y el consumo debe considerarse como una actividad de empresa por la cual el individuo, precisamente sobre la base de un capital determinado del que dispone, producirá algo que va a ser su propia satisfacción” (Foucault 1999, 265).

<sup>14</sup> En sus palabras: “En Norteamérica, el liberalismo es toda una manera de ser y pensar. Es un tipo de relación entre gobernantes y gobernados mucho más que una técnica de los primeros destinada a los segundos. Digamos, si les parece, que mientras en un país como Francia el contencioso de los individuos con respecto al Estado gira en torno del problema del servicio y el servicio público, en [los Estados Unidos] *el contencioso entre los individuos y el gobierno adopta más bien la apariencia del problema de las libertades*” (Foucault 1999, 253-254 énfasis nuestro).

la neoliberal. Pues de otra forma, el ordenamiento social se vuelve sumamente inestable. Esto se relaciona con la cuestión de la hegemonía, pues el discurso del consenso –según la interpretación que esbozamos en este trabajo– es una estrategia discursiva que permite fijar parcialmente el orden de lo social.

Recapitulando, como ya mencionábamos al inicio de este acápite, según Foucault el neoliberalismo en la medida en que promete a cada individuo la posibilidad de convertirse en agente económico tiende a generar consenso político, pues para el conjunto de la sociedad es factible aceptar un orden social que les permita ejercer su libertad económica y obtener beneficios de ello. Sin embargo, el orden resultante es afectado por la dinámica competitiva que él mismo engendra, pues no todos los individuos pueden efectivamente ejercer su libertad económica. Además, la desigualdad es una consecuencia inevitable de la disposición neoliberal de la sociedad. Por ello creemos que el discurso del consenso es un elemento compensador a tal inestabilidad, pues permite armonizar y naturalizar las desigualdades producidas por el orden neoliberal sin que éste se vea gravemente amenazado. De este modo, el sujeto neoliberal puede expresar su individualidad y convivir con otras individualidades muy diferentes a la suya mientras se garantice el libre ejercicio económico como principio regulador con el que todos están de acuerdo. Por ello Foucault señala que el neoliberalismo no busca someter ni normalizar a los individuos, sino más bien trata de promover la tolerancia y la diferencia. En sus palabras:

En el horizonte de análisis tenemos, por el contrario, la imagen, la idea o el tema-programa de una sociedad en la que haya una optimización de los sistemas de diferencia, en la que se deje el campo libre a los procesos oscilatorios, en la que se conceda tolerancia a los individuos y las prácticas minoritarias, en la que se haya una acción no sobre los participantes del juego, sino sobre las reglas del juego, y, para terminar, en la que haya una intervención que no sea del tipo de la sujeción interna de los individuos, sino de tipo ambiental (Foucault 1999, 302-303).

Precisamente, en una sociedad neoliberal no se habrían abandonado las técnicas de sujeción, es decir, las prácticas coercitivas ejercidas sobre un individuo pasivo (Cfr. Cadahia 2010, 290), sino más bien éstas se habrían modificado de manera que el conjunto de prácticas sociales impelen al sujeto a conducirse en base a los principios del discurso neoliberal. En ese sentido, consideramos que es útil traer a colación la distinción entre prácticas de sujeción y prácticas de subjetivación que puede ser rastreada en la última etapa de la obra de Foucault.

Las prácticas de sujeción, darían cuenta de un sujeto inmerso en un juego de relaciones de poder a partir de las cuales se define él mismo, es decir, relaciones de poder que subordinan la verdad del sujeto a sus propios designios y en las que hay una primacía de la obediencia por sobre la propia determinación. Esto implica pues “que a partir de la búsqueda de una verdad de sí el sujeto construye un verdad orientada por otro” (Cadahia 2010, 293), en donde el sujeto satisface las exigencias normativas del contexto histórico que le ha tocado vivir y desplaza a un segundo plano las posibilidades de autodeterminarse, es decir, de ejercer su libertad. De este modo, la “obligación del decir verdadero se vincula con un dispositivo de sujeción que incita a poner en discurso la verdad de lo que somos, determinando así el conocimiento de lo que se es” (Cadahia 2010, 292).

En términos de nuestra investigación, podríamos ver que el discurso del consenso opera como una técnica de sujeción, pues nos configura como sujetos pasivos frente a las cuestiones políticas que determinan nuestra experiencia colectiva. En otras palabras, nos vemos como sujetos ajenos e impedidos de actuar en la política ya que al estar al margen contribuimos a que la política sea un campo armónico, pues entre menos diferencias entren en beligerancia obturar el conflicto se vuelve más fácil. Asimismo, restringimos nuestra vida a una dimensión meramente individual pues asumimos que los proyectos colectivos están fuera de nuestra capacidad de acción y que habitamos otro momento histórico en el que transformar la realidad es algo desfasado. De ahí que sea relevante poner atención en los modos en que se puedan fracturar estos discursos y los regímenes de verdad que conllevan, pues más allá de un determinismo histórico, de lo que se trata es de provocar la emergencia de modos de subjetivación que rompan con la hegemonía que los discursos sedimentados instauran pues “sin complicidad subjetiva no hay sujeción estructural” (Ema López 2009, 241). Por ello es importante traer a colación la noción de *parrhesia* que propone Foucault para pensar las prácticas de subjetivación como alternativas a la sujeción.

Para el filósofo francés la *parrhesia* –o las prácticas de subjetivación–, en oposición a la sujeción, “es el lugar donde se pretende articular el problema del ejercicio de la libertad y la verdad, puesto que se trata de pensar cómo decir la verdad es al mismo tiempo un ejercicio de la libertad” (Citado por Cadahia 2010, 294). De esta manera, se abre la posibilidad de que nos configuremos como sujetos activos frente a nuestro entorno, pues las prácticas de subjetivación nos hacen tomar distancia crítica frente a las relaciones de poder que buscan normalizarnos, más aún las prácticas de subjetivación nos permiten ejercer nuestra libertad y

al mismo tiempo transformar las condiciones que la restringen, develándose el carácter contingente e histórico que define todo orden social, pues “el ejercicio de la libertad consiste, por tanto, en partir del reconocimiento de esas determinaciones históricas que nos constituyen, a fin de modificar aquello que bajo la huella de la necesidad no ha sido sino el resultado de un determinado dominio de las relaciones de poder” (Cadahia 2010, 297).

De este modo, hablar de prácticas de subjetivación permite poner en cuestión la configuración del orden social, ya que éstas no se refieren únicamente a la libertad individual sino también a la libertad colectiva que atañe directamente al campo de la política. Por ello, es importante ver que la permanencia de la hegemonía neoliberal depende del modo en que nosotros asumamos su discurso como una verdad sobre nosotros, es decir, como una técnica de sujeción que nos define únicamente como consumidores, como buenos ciudadanos al pagar impuestos, como emprendedores o como sujetos individuales apáticos a la política. O por el contrario, la hegemonía neoliberal se ve amenazada cuando nos distanciamos de sus discursos y tratamos de construirnos de forma alternativa a ellos, es decir, cuando como sujetos colectivos construimos discursos contrahegemónicos que, a diferencia del orden neoliberal, ponen de manifiesto la inerradicabilidad del conflicto.

### **3. Teorías del consenso y teorías del conflicto**

Hasta el momento, hemos aludido al consenso como un discurso que configura el espacio de la política como un lugar restringido e inmunizado de elementos conflictivos y de actores que son deslegitimados como participantes de este ámbito. Como ya hemos dicho, la política en el discurso consensual es entendida como el espacio de los expertos y de las organizaciones de la sociedad civil que se adhieren a la dinámica tecnocrática para incidir en los asuntos sociales. Para ampliar esta idea, es importante distinguir a grandes rasgos las corrientes teóricas que privilegian un enfoque armonioso y tendiente a la cohesión social de las corrientes que optan por el reconocimiento e inclusión del conflicto como elemento inherente de nuestra condición humana. Por dicha razón, antes de entrar en el detalle de las corrientes teóricas que nos ocupan, es necesario definir las nociones de la política y lo político propuestas por la teoría conflictual que suscribimos en este trabajo, esto con el objetivo de generar una mayor claridad conceptual del posicionamiento crítico que queremos generar. De manera sintética Chantal Mouffe nos dice al respecto que la política es “el conjunto de prácticas y de instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana en el contexto de conflictividad derivada de lo político” (Mouffe

2007, 16), mientras que lo político como se ha adelantado es “la dimensión de antagonismo constitutiva de las sociedades humanas” (Mouffe 2007, 16). Comenzar este acápite con esta distinción es importante, ya que a nuestro modo de ver el discurso del consenso únicamente reconoce la existencia de la dimensión política como ámbito de *administración técnica y neutral*, a expensas del conflicto invisibilizado. Mientras que las teorías del conflicto ven la dimensión de lo político como un elemento que debe ser potenciado, y que, por ende define la dinámica de la política.

Dicho lo anterior, en el caso de El Salvador hay un predominio exacerbado del discurso del consenso tanto en la academia como en el ámbito público, lo que finalmente brinda una mirada monocromática de la realidad social. A este respecto, es imposible no referirnos a la capacidad que tiene el discurso neoliberal de instaurar un pensamiento único, pues parte de las premisas que las teorías del consenso abanderan tienen que ver con la deseabilidad de un orden social inmovible, el privilegio de la estabilidad por sobre la alteración de dicho orden y la necesidad de un cuerpo de ciudadanos racionales. De ahí que, en esta breve reseña a las teorías del consenso hayamos elegido abordar la propuesta de la acción comunicativa de Habermas y el consenso entrecruzado de Rawls, pues aunque estos autores no pueden definirse como neoliberales sus tesis se encuentran presentes de manera implícita en el discurso del consenso que circula en la sociedad salvadoreña.

Para empezar, tanto Habermas como Rawls tienen puntos de partida similares, principalmente al sostener que la razón debe ser la fuente de entendimientos y acuerdos en el conjunto social. No obstante, existen entre ellos formas distintas de concebir el uso de la razón para lograr el consenso. Habermas sostiene que el espacio público debe ser adecuado para la deliberación entre las distintas posturas existentes, de manera que no se excluya a ninguna, y que sea la calidad de la argumentación que cada una logre, la que le otorgue su peso en la consecución de una visión compartida sobre los procedimientos a llevar a cabo en la sociedad<sup>15</sup>. En palabras del autor: “Pienso en el procedimiento abierto de una praxis argumentativa que se halle bajo los presupuestos exigente del 'uso público de la razón' y que no excluya de entrada el pluralismo de las convicciones y visiones del mundo” (Habermas 1998, 54). De igual forma, Habermas considera que en el espacio deliberativo todos los individuos deberían

---

<sup>15</sup> Sobre la crítica que realiza Rawls a la concepción habermasiana de deliberación puede verse Rawls 1998, 85.

intervenir más o menos en la misma condición, es decir, que los ciudadanos del común tengan asegurada su participación en el debate de ideas y de propuestas<sup>16</sup>.

Por su parte, Rawls considera que el consenso se puede lograr de manera entrecruzada, es decir, no contraponiendo las distintas visiones del mundo que tiene cada cual, sino más bien construyendo una justificación única sobre la vida política que sea susceptible de ser incorporada en las creencias personales —o doctrinas comprensivas— de los individuos. Sin embargo, el autor señala que el consenso entrecruzado sólo puede ser logrado a través del acuerdo de sujetos que comulgan con doctrinas razonables. En sus propias palabras:

La justificación pública se da cuando todos los miembros razonables de la sociedad política llevan a cabo una justificación de la concepción política compartida incorporándola en sus diferentes concepciones comprensivas razonables. En este caso, los ciudadanos razonables se tienen mutuamente en cuenta como defensores de doctrina comprensivas razonables que apoyan dicha concepción política y este mutuo tenerse en cuenta informa la calidad moral de la cultura pública de la sociedad política (Rawls 1998, 91).

El problema de esta concepción es que no explicita las consideraciones bajo las cuales se define qué es lo razonable y qué no lo es. No obstante, podemos tener una idea de ello cuando el autor señala que “el liberalismo político se abstiene de realizar afirmaciones acerca del dominio de concepciones comprensivas excepto cuando se trata de concepciones irrazonables y que rechazan todas las variaciones de los elementos básicos de un régimen democrático” (Rawls 1998, 78). En ese sentido, podemos intuir que la noción de democracia que esta perspectiva teórica plantea se debe a un ideal de orden y unidad que excluye o deslegitima la irrupción de conflictos en la vida política. Pues como veremos a lo largo de esta tesis, la emergencia de conflictos y antagonismos son percibidos a partir del discurso consensual como un rastro ideológico e irracional que bloquea el desenvolvimiento adecuado de la política. Precisamente, porque el conflicto al irrumpir en escena rompe la unidad y el

---

<sup>16</sup> Esto es afirmado por el autor alemán en una crítica que hace a Rawls, en donde rechaza el lugar privilegiado que según Habermas Rawls otorga a los filósofos y a los teóricos políticos en la definición de los términos en los cuales se debe llevar a cabo el consenso. Según el mismo Habermas: “[...] mientras a la filosofía le reserva el desarrollo de la idea consensuable de una sociedad justa, los ciudadanos emplean dicha idea como plataforma desde la que juzgan las instituciones y políticas existentes. Frente a esto, yo propongo que la filosofía se limite a la clarificación del punto de vista moral y del procedimiento democrático, al análisis de las condiciones del discurso y la negociación racionales. En esta función la filosofía no precisa proceder de modo constructivo sino sólo reconstructivo. Las respuestas sustanciales, que tienen que encontrarse aquí y ahora, se dejan al compromiso más o menos ilustrado de los participantes, lo que no excluye que también los filósofos participen en las discusiones públicas, aunque en el papel de intelectuales, no de expertos” (Habermas 1998, 71).

orden que el consenso busca construir, pues para este discurso “no hay, entonces, justificación pública alguna para la sociedad política sin un consenso entrecruzado razonable, y tal justificación conecta también con las ideas de estabilidad por razones rectas así como de legitimidad” (Rawls 1998, 93). De este modo, el fin último de todo consenso es la conservación del orden social, razón suficiente para tratar de mantener a raya todo indicio de contaminación e inestabilidad que pueda proporcionar el desacuerdo. Subyace a este intento por someter el conflicto, la idea de que es posible establecer una noción común de la justicia entre todos los miembros de la sociedad, en la medida que cada uno adscribe visiones razonables –o más bien, aceptables por el discurso consensual– sobre el mundo. La pretensión de igualdad que rige al consenso entrecruzado de Rawls que supone que los otros no son “menos razonables que nosotros [y que por ello] pueden también afirmar y reconocer” la misma noción de justicia (Rawls 1998, 95); no problematiza la exclusión que hace de las posturas consideradas como ‘no razonables’, pues su concepción de lo que se entiende por tal es muy restringida. Y pese a ello, el discurso consensual de Rawls resalta que al converger las distintas posturas razonables en una única concepción de la justicia se alcanza “la más profunda y razonable base de unidad social alcanzable para [los] ciudadanos de una moderna sociedad democrática” (Rawls 1998, 95). Dicho esto sólo basta señalar dos comentarios del autor acerca de la unidad social:

Uno es que esta base de unidad social es la más razonable puesto que la concepción política de la justicia es la más razonable y está confirmada, o al menos es apoyada de algún modo, por todas las doctrinas comprensivas razonables en la sociedad. Un segundo comentario es que esta base de unidad social es la más profunda puesto que las ideas justificables de la concepción política están confirmadas por las doctrinas comprensivas razonables, y estas doctrinas representan lo que los ciudadanos consideran como sus más profundas convicciones religiosas, políticas o morales (Rawls 1998, 96).

Es pertinente advertir la alusión que el autor hace a la moral como justificación última del acuerdo social, Carl Schmitt ya había señalado en 1932 los mecanismos mediante los cuales el liberalismo neutraliza lo político. Para el autor, el liberalismo se sustenta en la construcción de la libertad individual de manera que toda constricción al individuo constituye irremediablemente un acto de violencia. En ese sentido, el papel “del Estado y de la política es únicamente el cometido de garantizar las condiciones de la libertad y de apartar cuanto pueda estorbarla” (Schmitt 2002, 99). De ahí que el liberalismo resuelva que el papel del

Estado y la práctica fundamental de la política debe ser la protección de las libertades individuales y de sus condiciones. Sin embargo, esta concepción liberal de la política conlleva necesariamente la anulación de lo político, entendido este como la expresión de conflictos sociales que implican la manifestación de antagonismos, en donde entran en pugna diferentes intereses individuales y colectivos. Es aquí precisamente donde radica uno de sus sustentos ideológicos, pues el liberalismo construye un sentido común en el cual los conflictos son erradicados mediante consideraciones éticas-morales y económicas, como expresión de la violencia que inhibe la libertad individual. En palabras de Schmitt:

[...] estos conceptos liberales se mueven siempre típicamente entre a ética ('espiritualidad') y la economía (los negocios), e intentan, desde estos dos polos, aniquilar lo político como esfera de la 'violencia invasora' [...]

El pathos ético y la objetividad económica materialista se unen en toda expresión típicamente liberal y confieren un rostro diferente a cada concepto político. Así el concepto político de la lucha se transforma en el pensamiento liberal, por el lado económico, en competencia, y por el otro, el lado 'espiritual', en discusión. En lugar de la distinción clara entre los dos estados opuestos de 'guerra' y 'paz' aparece aquí la dinámica de la competencia eterna y de la eterna discusión (Schmitt 2002, 99–100).

Mouffe retoma las críticas al liberalismo planteadas por Schmitt y agrega que la construcción de los antagonismos<sup>17</sup> son en sí mismas identidades colectivas que definen un "nosotros" y un "ellos". El conflicto entre estos grupos antagónicos tendría necesariamente que resolverse a través de decisiones y no de la discusión consensual que proponen las teorías consensuales ya vistas. En esto es muy aguda Mouffe al señalar que "todo consenso se basa en actos de exclusión" (Mouffe 1999, 18), es decir, niega la existencia real de acuerdos armónicos que incluyan dentro de sí la inclusión de todos los antagonismos, pues el consenso al fundamentarse en el racionalismo homogeniza los conflictos de tal manera que estos sólo puedan ser tratados dentro de los límites que su discurso permite entender. En palabras de la autora:

---

<sup>17</sup> Es de aclarar que la autora propone distinguir el antagonismo del agonismo, el primero haría alusión a la distinción entre 'amigo-enemigo' en donde eventualmente uno tiene que desaparecer, mientras que el segundo sería una forma 'domesticada' del primero que "establece una relación nosotros/ellos en la que las partes en conflicto, si bien admitiendo que no existe una solución racional a su conflicto, reconocen sin embargo la legitimidad de sus oponentes" (Mouffe 2007, 27).

[...] el otro rasgo central de gran parte del pensamiento liberal es la creencia racionalista en la posibilidad de un consenso universal basado en la razón. No hay duda entonces de que lo político constituye su punto ciego. Lo político no puede ser comprendido por el racionalismo liberal, por la sencilla razón de que todo racionalismo consistente necesita negar la irreductibilidad del antagonismo. El liberalismo debe negar el antagonismo, ya que al destacar el momento ineludible de la decisión –en el sentido profundo de tener que decidir en un terreno indecidible–, lo que el antagonismo revela es el límite mismo de todo consenso racional (Mouffe 1999, 18–19).

Siguiendo lo planteado por Mouffe, en cuanto a su perspectiva crítica sobre las teorías del consenso, es necesario traer a colación que en contraposición a la perspectiva consensualista existen una serie de teorías que se preocupan por abordar los elementos que ésta excluye, las cuales se pueden denominar teorías del conflicto. Estas teorías tratan de problematizar los procesos que dan forma al orden social, primordialmente, el papel que juega el conflicto en ello. Sus vertientes conceptuales emanan del postestructuralismo y del posfundacionalismo<sup>18</sup> que subrayan la necesidad de pensar la constitución de los sujetos políticos a partir de las disputas y antagonismos (Stoessel 2014, 14–15). Varios son los pensadores contemporáneos que se adhieren a esta corriente, entre los cuales podemos destacar a Claude Lefort, Jacques Rancière y Ernesto Laclau. Estos autores buscan problematizar nociones de uso cotidiano en la teoría política y a hacer una lectura a contrapelo de ésta, en este quehacer conceptos como comunidad, democracia, política, identidad, etc., son puestos en cuestión a partir del rechazo de fundamentos teleológicos y esencialistas.

Para el presente estudio, nos interesa ubicarnos desde esta perspectiva teórica pero situándonos específicamente en la propuesta de Laclau y Mouffe sobre la hegemonía y en la noción de agonismo<sup>19</sup> sugerida por esta autora. Consideramos que pensar la forma en que el neoliberalismo, en tanto discurso, ha configurado el orden social salvadoreño permite abrir nuevas vetas en el estudio de su realidad. Ciertamente, en el país centroamericano, hay un

---

<sup>18</sup> Que se distingue por “[...] cuestionar la existencia de un fundamento último y necesario de la sociedad dado que, desde este enfoque, ésta se asienta en un terreno caracterizado por una contingencia radical, lo que no significa desconocer que todo orden social, situado en un tiempo y espacio determinados, se instituye a partir de específicos principios” (Stoessel 2014, 15).

<sup>19</sup> Nos parece más adecuado para nuestro estudio emplear la noción de agonismo de Mouffe debido a que ésta admite “la permanencia de la dimensión antagonista del conflicto, aceptando por el otro la posibilidad de su ‘domesticación’ [...]. Mientras que el antagonismo constituye una relación nosotros/ellos en la cual las dos partes son enemigos que no comparten ninguna base común, *el agonismo establece una relación nosotros/ellos en la que las partes en conflicto, si bien admitiendo que no existe una solución racional a su conflicto, reconocen, sin embargo la legitimidad de sus oponentes*” (Mouffe 2007, 27, énfasis nuestro).

desinterés generalizado tanto en la academia como en las organizaciones de la sociedad civil por comprender desde otras perspectivas los problemas políticos y la desidia con la que se asume el orden establecido. Indagar en el proceso que ha llevado a la naturalización del estado de cosas es nuestra principal preocupación en esta investigación. Por ello, creemos que es potable retomar la noción de hegemonía, propuesta por Laclau y Mouffe, a fin de entender la eficacia del neoliberalismo en la edificación de sentidos comunes tales como el discurso del consenso. La importancia de asumir esta teoría radica en la centralidad que otorga al conflicto, ya que “[...] el pensamiento post-fundacional revitaliza la idea del conflicto como inherente y constitutivo a la política y Laclau retoma esta idea con el objetivo de ofrecer un andamiaje conceptual para entender el antagonismo” (Stoessel 2014, 21). En ese sentido, nos parece que la teoría de la hegemonía de Laclau nos permite elaborar una crítica al discurso del consenso, sin que esta crítica pueda ser desacreditada a partir de argumentos postpolíticos que consideran que la crítica sólo puede ser enunciada a partir del marxismo ortodoxo.

#### **4. La hegemonía desde el posmarxismo**

Hemos tratado de justificar por qué es fructífero para nuestro estudio el recurso a la noción de hegemonía propuesta por el posmarxismo. Sin embargo, conviene antes aludir al trabajo que hizo Gramsci al respecto, no sólo porque el pensador italiano fue el primero en desarrollar ampliamente el término, sino también porque recurrir a él nos ayudará a entender mejor cómo se construyen los sentidos comunes y la voluntad colectiva.

El concepto de hegemonía en Gramsci tiene la virtud de dar cuenta tanto de formas hegemónicas conservadoras, en el sentido que legitiman y buscan asegurar la reproducción del orden establecido, como de formas hegemónicas emancipatorias en tanto buscan alterar la estructura de dicho orden. En este caso nos centraremos en las primeras, ya que lo que nos ocupa abordar es la hegemonía neoliberal. La hegemonía debe distinguirse de la dominación, puesto que la hegemonía busca establecer formas comunes de ver y entender el mundo, mientras que la dominación establecería su control a partir de la coerción. En la hegemonía lo que predomina es la articulación de distintos sectores en miras de una misma subjetividad política, la cual permite captar lo económico, lo político y lo cultural de acuerdo a un marco referencial de ideas compartido. En palabras de Gramsci la hegemonía es:

[...] la fase en las que las ideologías germinadas anteriormente entran en contacto y en oposición hasta que una sola de ellas, o al menos una sola combinación de ellas, tiende a

prevalecer, a imponerse, a difundirse sobre todo el área, determinando, además de la unidad económica y política, también la unidad intelectual y moral, en un plano no corporativo, sino universal, de hegemonía de un agrupamiento social fundamental sobre los grupos subordinados (Gramsci 1999, 170).

Sin embargo, la articulación resultante de la hegemonía de una clase determinada deviene intrínsecamente de una disputa con la clase antagónica por dotar de significados el mundo social, en otras palabras “la clase hegemónica: es la clase que ha podido articular a sus intereses los de otros grupos sociales, a través de la lucha ideológica” (Mouffe 1991, 190). Como resultado de esa lucha ideológica en la que una clase resulta hegemónica por sobre la otra, se da lugar a la creación de una ‘voluntad colectiva’ que pasa a ser el nuevo protagonista de la acción política, que funcionará como el sujeto político mientras dure esa hegemonía. Es a través de la ideología como se forma esta voluntad colectiva” (Mouffe 1991, 195).

En lo que se refiere a la hegemonía liberal, ésta se auxilia de estrategias discursivas que permiten que sus postulados sean interiorizados como estilos de vida que pautan un marco referencial en torno al cual se debe desenvolver la existencia individual. Nos referimos a los medios de comunicación<sup>20</sup> como dispositivos que dirigen las subjetividades hacia ideales de consumo, de belleza, de ‘éxito’ social y que de una u otra forma interpelan a los sujetos a alcanzarlos o a desear alcanzarlos en el caso de que su situación sea de precariedad; pero que en último término determinan la finalidad de la existencia de dichos sujetos<sup>21</sup>.

Siguiendo con lo anterior, la separación que en el nivel del Estado se da entre economía y política tiene lugar igualmente en la vida cotidiana<sup>22</sup>. Pues por un lado, los discursos de los cuales se auxilia el neoliberalismo promueven la formación de sujetos económicos que encarnen el emprendedurismo, el consumismo y el individualismo como valores primordiales

---

<sup>20</sup> Lo que Gramsci llamaba los “órgano de la opinión pública”, según él son “el punto de contacto entre la ‘sociedad civil’ y la ‘sociedad política’” (Gramsci 1999, 196), a lo que podemos agregar que son uno de los principales elementos que moldean los modos de entender la realidad social.

<sup>21</sup> A este respecto nos parece sugerente el planteamiento de Alemán quien afirma que: “El capitalismo, si forzamos un poco las cosas en la lectura de Lacan, es una economía política del goce. Lo que vemos es que eso constituye una grave inercia histórica, porque evidencia que el sujeto goza incluso en situaciones muy precarias. Tal es el caso en el que no están resueltas condiciones esenciales [...] y que, sin embargo, hay una enorme invasión, infiltración del goce en las vidas de esas personas. Eso muestra que hay una metamorfosis de la pobreza: la transformación de la pobreza en la miseria. Si la pobreza era un menos, en la miseria hay un exceso, y ese exceso es un exceso de goce” (Blanco y Sánchez 2015, 3).

<sup>22</sup> Gramsci llamaba la atención sobre este punto al decir que es “sobre la distinción entre sociedad política y sociedad civil, [que] se afirma que la actividad económica es propia de la sociedad civil y la sociedad política no debe intervenir en su reglamentación. Pero en realidad esta distinción es puramente metodológica, no orgánica y en la vida histórica concreta sociedad política y sociedad civil son una misma cosa” (Gramsci 1999, 172).

del sistema. Lo que inhibe la formación de sujetos políticos que cuestionen el orden social y que planteen proyectos de emancipación. De esta manera, el principio neoliberal de no contaminación de la economía por la política y viceversa es interiorizado como parte de una subjetividad colectiva despolitizada.

En ese sentido es importante el papel de los intelectuales orgánicos, específicamente de los tecnócratas, que desde los espacios administrativos del Estado o en instancias privadas como fundaciones o tanques de pensamiento (*think tanks*) elaboran estudios sobre asuntos públicos encaminados a incidir en los actores políticos formales (Estado, partidos políticos principalmente). Pero a la vez, mediante su discursividad supuestamente científica y neutral buscan performar la lectura que de la realidad harán los sujetos. En síntesis, el papel de los tecnócratas en el momento actual vendría a generar consensos que legitimen la separación en todos los ámbitos de la vida entre economía y política. Siguiendo a Gramsci:

Los intelectuales tienen una función en la ‘hegemonía’ que el grupo dominante ejerce en toda la sociedad y en el ‘dominio’ sobre ella que se encarna en el Estado, y esta función es precisamente ‘organizativa’ o conectiva: los intelectuales tienen la función de organizar la hegemonía social de un grupo y su dominio estatal, esto es, el consenso dado por el prestigio de la función en el mundo productivo y el aparato de coerción para aquellos grupos que no ‘consientan’ ni activa ni pasivamente, o para aquellos momentos de crisis de mando y de dirección en los que el consenso espontáneo sufre una crisis (Gramsci 1999, 188).

Desde la perspectiva de la intelectualidad orgánica del neoliberalismo, la política tendría que reducirse a un mero espacio de consenso y de deliberación, en donde las disputas y los conflictos se ven neutralizados mediante negociaciones que los hacen manejables dentro de los límites que el sistema permite. Ciertamente, estos discursos a los que hemos hecho referencia o la estructura ideológica –como diría Gramsci– no devienen única ni principalmente del Estado, sino más bien de instancias privadas dentro de la sociedad a las que el autor llamará ‘sociedad civil’ (Mouffe 1991, 202). En suma, la importancia de los aportes gramscianos al entendimiento de la hegemonía radica en la “comprensión de la naturaleza material de la ideología y del hecho de que ésta constituye una práctica materializada en el interior de ciertos aparatos, cuyo papel práctico social es indispensable en todas las sociedades” (Mouffe 1991, 202).

Como hemos visto hasta el momento, las distintas articulaciones sociales que dan lugar a la hegemonía y que permiten construir un ‘sentido común’ en torno a ésta son en sí mismas una práctica social. Por consiguiente, los sujetos sociales se construyen en una compleja interacción de discursos que articulan dicha hegemonía; la subjetividad es pues el resultado de una construcción histórica y social. En otras palabras y parafraseando a Mouffe “los sujetos no son lo originalmente dado sino que son producidos por la ideología en un campo socialmente determinado, de modo que la subjetividad es siempre el producto de la práctica social” (Mouffe 1991, 199). Esta práctica social a la que hemos aludido opera a través de las múltiples estrategias discursivas que posee el neoliberalismo y que se sustentan en saberes específicos que dan lugar a la formación de enunciaciones sobre la realidad. Es aquí donde encontramos un traslape entre las ideas gramscianas y las ideas foucaultianas<sup>23</sup>. Pues de lo que se trata la lucha política por la hegemonía, la lucha por subvertir los sentidos comunes establecidos, por dotar de otros significados lo que la ideología neoliberal esconde es una lucha por el discurso. Una lucha por enunciar la realidad de otra manera y por traer a un primer plano dentro de la praxis política los conflictos como elementos fundantes de la realidad.

Ahora bien, desde el posmarxismo<sup>24</sup> al hablar de hegemonía se hace referencia a la consolidación de un horizonte de lectura compartido sobre el mundo, o si se quiere, a la construcción de un sentido común sobre el orden social. Esto opera a partir de la irrupción de un discurso<sup>25</sup> que logra articular las demandas externas que surgen frente a una dislocación de la estructura dominante, con el fin de dar un nuevo sentido o un nuevo ‘principio de lectura’ que reestructure lo social. El discurso, noción que hemos venido mencionando a lo largo de este capítulo, es una totalidad lingüística y extra-lingüística, que conlleva el hecho de que “toda configuración social es una configuración significativa” (Laclau y Mouffe 1993, 114). En ese sentido, los discursos tienen eminentemente un carácter material que atraviesa las

---

<sup>23</sup> Chantal Mouffe señala también esta convergencia entre los pensadores. Cfr. Mouffe 1991, 227.

<sup>24</sup> Según el mismo Laclau “el ‘post-marxismo’ significa lo contrario de un ‘ex-marxismo’, ya que implica involucrarse activamente (*active involvement*) en su historia y en la discusión de sus categorías” (Laclau 1998, 68). De manera más amplia, el posmarxismo implica el “descubrimiento sistemático de aquellas áreas discursivas de la tradición marxista en las que la emergencia de nuevas entidades y categorías, lejos de prolongar a través de un enriquecimiento meramente aditivo los conceptos básicos del marxismo clásico, *añadía un suplemento inintegrable lógicamente a estos últimos*” (Laclau 1998, 67 cursivas originales).

<sup>25</sup> Para el autor, el discurso es previo a la distinción entre lingüístico y lo extra-lingüístico. En sus palabras “toda acción social tiene un sentido que se constituye bajo la forma de secuencias discursivas, las cuales articulan elementos lingüísticos y extra-lingüísticos” (Laclau 1998, 63). Es decir, que el hecho de que la realidad se nos presente como accesible de manera inmediata es gracias a la mediación de un conjunto de significaciones que le dotan de sentido, por lo cual hablamos de discurso.

instituciones, los rituales y las prácticas (Laclau y Mouffe 1985, 185) lo cual los dota de capacidad performativa. Esto quiere decir que los discursos pueden provocar fijaciones parciales de sentido, decimos parciales debido a que un discurso es una relación en donde los significados se definen en oposición a un exterior que impide su plena realización. En palabras de Laclau:

El discurso constituye el terreno primario de constitución de la objetividad como tal. Por discurso no entendemos algo esencialmente restringido a las áreas del habla y la escritura, como hemos aclarado varias veces, *sino un complejo de elementos en el cual las relaciones juegan un rol constitutivo*. Esto significa que esos elementos no son preexistentes al complejo relación, sino que se constituyen a través de él. Por lo tanto, 'relación' y 'objetividad' son sinónimos (Laclau 2006, 92, énfasis nuestro).

Lo anterior demuestra el carácter contingente de los discursos, lo que quiere decir que no hay un cierre total que vuelva hermética a una totalidad discursiva, sino más bien que, el hecho de que un discurso devenga en hegemónico es el resultado de disputas y luchas contra otros discursos por la apropiación de los sentidos que regulan la vida social. De ahí la afirmación del autor que vincula 'relación' y 'objetividad' como elementos inherentes de la noción de discurso, pues un discurso siempre se configura en contraste con otros que le limitan, pero que al establecer sus límites clarifican los sentidos que este discurso defiende. A manera de ejemplo, el discurso del consenso manejado en un contexto neoliberal suscribe como un imperativo la necesidad de crear acuerdos básicos en relación al ordenamiento de la sociedad, esto es aceptar que el capitalismo es la única forma posible y deseable en la cual desenvolver nuestra vida. Pero ello implica, por otra parte, naturalizar la desigualdad social y decir que frente a ella cada individuo es responsable de su propia condición, sin que haya un cuestionamiento que vaya más allá y que muestre que el ordenamiento social no es tan arbitrario como parece. Sin embargo, cuando emerge un discurso que nombra la pobreza como lo que es, es decir, como un problema estructural y no como una opción de vida de cada persona, el discurso del consenso es puesto en cuestión; ya que esa parte que no se nombra –o que lo excede– amenaza la hegemonía que el discurso del consenso ha ayudado a constituir. Volviendo a la reflexión anterior, hemos de reiterar que el discurso es un constructo relacional cuyos sentidos son delimitados por otros. No obstante, la objetividad que un discurso pueda lograr depende de la capacidad hegemónica que éste tenga, cuando el acto de institución se vuelve hegemónico es porque ha tenido relativo éxito en desplazar a otros discursos que

contradican o problematizan los sentidos que el discurso hegemónico acepta como dados, es ahí donde aparece el efecto de objetividad que da lugar a la emergencia de lo social como campo de sedimentaciones. En este reconocimiento del campo de la discursividad como “el carácter necesariamente discursivo de todo objeto, y la imposibilidad de que ningún discurso determinado logre realizar una sutura última” (Laclau y Mouffe 1985, 189–90) es que queremos analizar el discurso neoliberal, pues subyace a este un intento por desplazar la contingencia a través del uso discursivo de la violencia criminal. La violencia enunciada como dolencia fundante de lo social sería de este modo el punto a rechazar por parte del consenso neoliberal, cualquier desacuerdo o controversia es para este discurso una continuidad de la violencia y del conflicto que se deben erradicar. Así se da un intento por parte de las instancias neoliberales por cerrar lo social y contenerlo dentro de los causes que son convenientes para mantener el orden. Como señalan Laclau y Mouffe “el discurso [es un] intento por dominar el campo de la discursividad, por detener el flujo de las diferencias, por constituir un centro” (Laclau y Mouffe 1985, 191).

Hemos subrayado que la hegemonía supone la fijación parcial del orden, pero que a ello subyace la construcción histórica del mismo, es decir, su carácter inestable y precario (Laclau y Mouffe 1993, 123–33). Sin embargo, dada la naturalización con la que es asumido el estado de cosas que la lectura neoliberal produce consideramos que es necesario preguntarnos ¿de qué manera una práctica hegemónica como la neoliberal logra dar una imagen acabada del orden social? Tratar de dar una respuesta a esta pregunta implica tener en cuenta que la hegemonía no surge desde un punto cero, es decir, que su consolidación es posible debido a que logra capitalizar ciertos sentidos ya presentes en la sociedad. En este caso, es conveniente introducir el concepto de sedimentación, ya que ayuda a visibilizar el modo en que el orden social logra una estabilidad parcial. La noción de sedimentación es retomada por Laclau a partir de la fenomenología trascendental de Husserl, la cual hace referencia a “la rutinización y el olvido de los orígenes” (Laclau 1993, 51). Por ello, al abordar el problema de la hegemonía neoliberal y su anclaje en un discurso consensual y pospolítico nos remitimos directamente a ésta noción que en palabras de Laclau supone que:

En la medida en que un acto de intuición ha sido exitoso, tiende a producirse un 'olvido de los orígenes'; el sistema de posibilidades alternativas tiende a desvanecerse y las huellas de la contingencia originaria a borrarse. De este modo lo instituido tiende a asumir la forma de una mera presencia objetiva (Laclau 1993, 51).

Siguiendo con este planteamiento, la objetividad o la naturalización a la que la sedimentación hace referencia corresponde directamente con lo social<sup>26</sup>, es decir, con el plano estable y parcialmente fijado por un discurso. La contracara de ello es lo político, que corresponde con el momento de “reactivación” del carácter histórico y contingente de dicho orden. Por otra parte, esta distinción no debe verse en términos dicotómicos pues la realidad social oscila en el desplazamiento constante entre estos planos (Laclau 1993, 52).

Hay que añadir que pensar la práctica hegemónica a partir de la sedimentación y de la reactivación permite introducir en el análisis el uso de la retórica y de los desplazamientos tropológicos. Como hemos mencionado anteriormente, la sedimentación y la reactivación no son planos escindidos sino más bien operan en una suerte de articulación, configurando de esta modo una totalidad social. De igual manera, “la contigüidad [metonimia] y la analogía [metáfora] no son esencialmente diferentes si no que son los dos polos de *continuum*” (Laclau 2010, 23). A lo que se refiere esta idea es a la cuestión de que en el plano social lo que predomina son las múltiples diferencias, que coexisten entre sí sin que ello suponga la confrontación o la ruptura del orden que habitan. Lo que tropológicamente se puede entender como el predominio de la metonimia por sobre la metáfora, que implica que “cuanto más estable e indiscutible sea el orden social, las formas institucionales prevalecerán y se organizarán a sí mismas en un sistema sintagmático de posiciones diferenciales” (Laclau 2010, 28). A nuestro modo de ver, en un contexto de predominio de la metonimia lo que un momento fue definido como un antagonismo pasa a expresarse a través de diferencias, que no son inconciliables con el orden que el discurso sedimentado instauro. Esto supone que los discursos hegemónicos son susceptibles de absorber y modificar sentidos que en un inicio le eran ajenos con el fin de articularlos a su conjunto de significados<sup>27</sup>. Contrario a ello, cuando se da el predominio de la metáfora por sobre la metonimia lo que encontramos es una confrontación entre grupos que supone que “en un discurso antagonista de ruptura el número de posiciones diferenciales sintagmáticas está radicalmente restringido, y todas las

---

<sup>26</sup> Que se puede entender también como “las formas sedimentadas de la ‘objetividad’” (Laclau 1993, 51).

<sup>27</sup> Para esta reflexión nos ha sido muy útil retomar la noción flexible de antagonismo propuesta por Sebastián Barros. En ella el autor considera que “sería posible acercarse a la lógica negativa presupuesta en la noción de antagonismo desde dos puntos de vista. Por un lado, cuando se buscan identificar los límites exteriores del sistema, la negación del exterior constitutivo se presentará como la *exclusión* descrita anteriormente. Por otro lado, cuando lo que nos ocupa es la identidad de los elementos dentro del sistema, la noción de negación trabajará en términos de *diferencia*” (Barros 2002, 14). En ese sentido, consideramos que es posible analizar las prácticas de sedimentación que ha producido el discurso del consenso a través de un predominio de la metonimia, pensando sobre todo actores o discursos que ubicándose en una perspectiva inicial de exclusión hicieron un tránsito a una perspectiva de diferencia.

identidades establecen relaciones paradigmáticas de sustitución con las demás en cada uno de los dos polos” (Laclau 2010, 28). En otros términos, el predominio de un momento metafórico conlleva la desarticulación de las diferencias y al mismo tiempo revela cierto grado de polarización entre ellas. De ahí que pueda considerarse que el privilegio de la metáfora por sobre la metonimia corresponde a un momento de reactivación, en donde las sedimentaciones son puestas en cuestión.

De cara a nuestro estudio, pensar la hegemonía neoliberal en estos términos, nos ayuda a comprender como el discurso del consenso inculca la posibilidad de generar articulaciones políticas que tiendan a la confrontación y a la manifestación de antagonismos frente al orden dado. En otras palabras, estas nociones nos ayudan a vislumbrar como el neoliberalismo constantemente busca asentar su hegemonía en el plano de la metonimia y la sedimentación, favoreciendo la producción de diferencias entre los sujetos sociales y marginando posibilidades de articulación contrahegemónicas. En ese sentido, consideramos que la noción de metonimia puede ser un concepto interesante para analizar el discurso del consenso en El Salvador; pues permite tener en cuenta el carácter ambivalente y no esencial de los actores en juego al visibilizar el tránsito de una posición antagónica a una posición de diferencia. De otro modo, no podríamos explicar las distintas adhesiones que este discurso ha tenido a lo largo de los años desde que se firmaron los Acuerdos de Paz, pues tanto centros de investigación, universidades, partidos políticos y organizaciones de la sociedad civil han suscrito –con sus propios matices– la necesidad de que la sociedad salvadoreña se organice en torno a acuerdos básicos que pasan por aceptar el orden neoliberal como el único posible. En contraposición a ello, esta lectura habilita la comprensión de que no hay un orden acabado y final, pues las posibilidades de reactivación de lo político, y el predominio de la metáfora, siempre se encuentran latentes. De lo que se trata, es pues, de develar que “lo que existe no es producto de una objetividad fundante sino, por el contrario, tiene un carácter radicalmente histórico” (Biglieri 2013, 148).

## Capítulo 2

### Más allá de la economía, el consenso neoliberal en la transición a la democracia

En este segundo capítulo nos abocaremos a indagar en el proceso de emergencia y consolidación del discurso del consenso en El Salvador, como elemento fundamental en la construcción de la hegemonía neoliberal. De este modo, el objeto de este capítulo es contextualizar el momento en que estos discursos surgen, para entender también las condiciones que posibilitaron su afianzamiento en el período de posguerra<sup>1</sup>. Como hemos mencionado en el capítulo anterior, nos interesa remarcar la dimensión subjetiva en la que el neoliberalismo opera, pues no sólo se restringe a cuestiones meramente económicas sino que también actúa en la constitución de sujetos<sup>2</sup>. Para entender con mayor profundidad cómo se gesta este proceso, es necesario hilvanar los distintos momentos en los que el discurso consensual ha aparecido con mayor fuerza. En ese sentido, buscamos entender la manera en que la forma neoliberal salvadoreña ha recurrido al discurso del consenso para –a partir de ahí– definir los términos en los que la democracia y la política deben ser practicables. En otras palabras, buscamos explorar el proceso de instauración del sentido común sobre el consenso, es decir, el momento donde tuvo lugar el acto original de fundación de discursos contingentes en discursos sedimentados<sup>3</sup> y que posteriormente, bloqueó las posibilidades de reactivación que podrían haber devenido en un momento político.

De aquí en adelante, trataremos de situar al lector o lectora en el contexto de surgimiento del discurso consensual, visibilizando los actores que pusieron en escena dicho discurso y el peso que el consenso fue ganando en la sociedad salvadoreña como modo adecuado de desenvolvimiento de la vida política. Por ello es que en este capítulo buscamos abordar el momento histórico en el que el proyecto neoliberal apareció dentro de un contexto signado por la guerra civil y su paso paulatino a la negociación y a la firma de los Acuerdos de Paz. Específicamente, nos centraremos en el discurso político de Alfredo Cristiani quien fuera el

---

<sup>1</sup> Que inicia a partir de 1994, pues aunque en 1992 –específicamente el 16 de enero– se firmaron los Acuerdos de Paz que pusieron fin al conflicto armado, todo el proceso de reacomodo político e institucional que permitió el paso a la vida democrática se echó a andar a partir de marzo de 1994 con la primera celebración de elecciones presidenciales y legislativas.

<sup>2</sup> Es de recordar –como se señaló en el capítulo anterior– que a partir de la reflexión foucaultiana sobre los discursos y los regímenes de verdad es posible entender como el neoliberalismo produce sujetos, los cuales se constituyen como tales mediante técnicas de sujeción que les ponen en la “obligación del decir verdadero” sobre ellos mismos y su mundo circundante (Cadahia 2010, 292).

<sup>3</sup> O en palabras de Mouffe, el momento en el cual las prácticas sedimentadas constituyen lo social “esto es, prácticas que ocultan los actos originales de su institución política contingente, y que se dan por sentadas, como si se fundamentaran a sí mismas” (Mouffe 2007, 24).

primer presidente neoliberal en El Salvador, cuyo período de gobierno comprendió los años de 1989 a 1994<sup>4</sup>. Dentro de este análisis, buscamos visibilizar cómo la Ofensiva ‘Hasta el Tope’ llevada a cabo por la guerrilla en noviembre de 1989, dio lugar a que el nuevo gobierno neoliberal electo en marzo de 1989 hiciera una lectura bifurcada de la realidad. Por un lado, el gobierno del Presidente Alfredo Cristiani y del partido de derecha Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) capitalizó el cansancio de la población hacia el conflicto armado para identificar la violencia política de la guerrilla como la causa de la inexistencia de paz y orden. Por el otro, sentó las bases para que durante el proceso de negociación y de pacificación de la sociedad la reconciliación fuera restringida a un consenso absoluto, por lo que el desacuerdo y la expresión de diferencias políticas-ideológicas serían vistos como la antesala al reavivamiento de la violencia política. De este modo, en este capítulo queremos mostrar cómo el discurso del consenso neoliberal excluyó desde sus inicios la posibilidad de abordar el conflicto social como elemento imprescindible en la construcción de una sociedad democrática. Lo que redundó en la restricción de la democracia en ciernes a un ámbito meramente institucional, que hacía énfasis en la consolidación de un Estado de derecho que potenciará el sometimiento jurídico de los actores políticos formales; pero que sería inútil en la resolución de las demandas populares y de la desigualdad social que estaban irresueltas desde el conflicto armado.

Dicho lo anterior, en el primer acápite de este capítulo trataremos de describir a grandes rasgos<sup>5</sup> la situación de El Salvador durante la guerra civil, para así contextualizar el momento de emergencia del neoliberalismo como proyecto político y económico en el año de 1989. Sobre todo interesa indagar en la formación del vínculo que igualaba la expresión de conflictos que enunciaba la guerrilla como condición necesaria para que se diera la situación de violencia, vínculo que fue empleado como justificación para legitimar el ideal de un consenso absoluto. En el segundo acápite nos centraremos en la irrupción del discurso del

---

<sup>4</sup> Consideramos importante detenernos en el discurso de Cristiani debido a que fue un actor clave en la implantación del consenso y de la postpolítica como sentido común en El Salvador. Pues fue él quien introdujo en el discurso cotidiano la noción de que el consenso era la vía civilizada y adecuada para el desenvolvimiento de la política. Asimismo, tuvo un peso importante en el desarrollo de acontecimientos tales como la Ofensiva ‘Hasta el Tope’ impulsada por el FMLN, el proceso de negociación y la firma de los Acuerdos de Paz en 1992. No obstante, es de reconocer como límite de este trabajo no haber podido incorporar al análisis otros discursos políticos, como por ejemplo: los que circulaban dentro de la izquierda en torno a la paz y reconciliación. Esta omisión, de la cual somos conscientes, se debió más bien a limitantes de tiempo, en posteriores trabajos esperamos abordar estos puntos vacíos.

<sup>5</sup> Vale aclarar que no nos explayaremos en el desarrollo cronológico de estos acontecimientos, sino que buscamos indagar en cómo el discurso del consenso iba operando en estas coyunturas, coadyuvando de este modo a la consolidación de la hegemonía neoliberal.

consenso en el proceso de negociación, como parte integrante del despliegue de las políticas de corte neoliberal. En el tercer y último acápite, analizaremos cómo los nuevos discursos que el neoliberalismo ponía en juego era parte de una estrategia postpolítica que no sólo justificaba el orden neoliberal como el único posible; sino que también contenía de manera subyacente un profundo anticomunismo que de entrada deslegitimaba la expresión de conflictos provenientes de la desigualdad de clase.

### **1. Guerra civil, conflicto social y violencia**

La historia reciente de El Salvador está marcada por una guerra civil que se prolongó por doce años, de 1980 a 1992. En este período los gobiernos civiles resultantes del derrocamiento de la dictadura militar en 1979, dieron continuidad a la política represiva y de persecución a las organizaciones populares de diverso tipo, mediante el apoyo militar y logístico del gobierno de Estados Unidos y de la oligarquía salvadoreña (Ungo 1984, 143-145). En el bando oficial, el conflicto armado se libró por parte del ejército salvadoreño, los distintos cuerpos de seguridad del Estado y otras organizaciones paramilitares y en el bando insurrecto, los movimientos populares se vincularon a las organizaciones guerrilleras dando lugar al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) como principal fuerza beligerante (Gordon 1980, 700). En este momento de articulación de la izquierda salvadoreña, se tenía como horizonte común la disolución de las instituciones represivas del Estado heredadas de la dictadura, la democratización de la sociedad y la construcción de una revolución socialista. La prolongación indefinida del conflicto armado hacia 1989, en un contexto marcado por la crisis de los referentes ideológicos de la izquierda en América Latina, la caída de la URSS, el apoyo tecnológico y militar de Estados Unidos a la contrainsurgencia, la apropiación de la bandera democrática por parte de la derecha salvadoreña y el cansancio que el conflicto armado había provocado en gran parte de la población fueron algunos de los factores principales que incidieron en la finalización del conflicto armado a través de la negociación. Pese a que el FMLN había acumulado una importante fuerza militar, su proyecto de transformación social no tuvo el apoyo popular suficiente para poder constituirse como proyecto hegemónico. Asimismo, un sector de empresarios neoliberales dentro de la derecha salvadoreña, pese a sus reticencias, vieron que la vía de la negociación podría hacer de El Salvador un espacio idóneo para el desarrollo de sus inversiones, y por otra parte, la estrategia de apoyo militar de Estados Unidos estaba empezando a mermar ante la desaparición de la amenaza comunista a nivel mundial; por lo cual se fue configurando un proceso político que daría lugar a la salida negociada al conflicto armado.

Paralelo a lo anterior, en el año de 1989 se dieron una serie de acontecimientos que prefigurarían las transformaciones que viviría la sociedad salvadoreña una vez firmados los Acuerdos de Paz. En el mes de marzo de dicho año, el partido de derecha ARENA obtuvo un resultado favorable en los comicios electorales que le permitieron acceder a la presidencia al candidato Alfredo Cristiani; una vez asumido el poder ejecutivo el presidente Cristiani definió como prioridad de su gobierno la liberalización de la economía con lo que se sentarían las bases para la edificación del proyecto neoliberal. Pero no sólo eso, el despliegue de las políticas neoliberales fue justificado como una arremetida en contra de las causas políticas de la guerrilla, como señala Cristiani en su discurso de toma de posesión el 1 de junio de 1989 “el llamado ‘movimiento revolucionario,’ al desatar su violencia contra el sistema de libertades democráticas, incipiente en nuestro país, ataca hoy principalmente a la economía”<sup>6</sup>; en ese sentido, podemos decir que la aplicación de las primeras políticas neoliberales no sólo fueron un proyecto en sí mismo sino que también fueron desplegadas en oposición a un proyecto contrahegemónico representado en las causas políticas del FMLN. De este modo, el proyecto neoliberal construyó sus prácticas hegemónicas en oposición a un exterior constitutivo<sup>7</sup> encarnado en la guerrilla. Esta cuestión también se visibilizaba en el hecho de que la guerra civil fue interpretada por el presidente Cristiani como una dinámica de una sólo vía, es decir, promovida únicamente por el FMLN, pues dice que “más que una guerra militar, lo que estamos padeciendo hoy los salvadoreños es una guerra terrorista contra la economía y contra el pueblo”<sup>8</sup>. Esto supone el desconocimiento de la legitimidad de las causas de la guerrilla, ya que en la lucha por la igualdad social el discurso neoliberal de Cristiani únicamente veía amenazas a la plenitud de la libertad económica. Asimismo, el desprecio del discurso neoliberal a iniciativas e intentos redistributivos no se dirigía únicamente hacia la guerrilla, incluso los gobiernos reformistas de los años anteriores<sup>9</sup> eran considerados por el discurso neoliberal como remanentes de la doctrina de izquierda, en palabras de Cristiani “y [al proyecto revolucionario] se ha unido, desde fines de 1979, el reformismo de los llamados

---

<sup>6</sup> Alfredo, Cristiani. 1989. “1. Discurso presidencial y reacciones. Discurso pronunciado por el presidente de la república”. En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 488 (XLIV), Junio, p. 523.

<sup>7</sup> Según Laclau el exterior constitutivo es “el resultado de una exclusión, de algo que la totalidad expelle de sí misma a fin de constituirse” (Laclau 2006, 94), siguiendo esta noción es evidente que el discurso neoliberal en El Salvador fundó sus cimientos como un proyecto opuesto al socialismo y que además buscaba minar la posibilidad de su instauración.

<sup>8</sup> Alfredo, Cristiani. 1989. “1. Discurso presidencial y reacciones. Discurso pronunciado por el presidente de la república”. En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 488 (XLIV), Junio, p. 523.

<sup>9</sup> Específicamente hace referencia a los gobiernos civiles-reformistas del período de la guerra civil (de 1979 a 1989), obviando los gobiernos de la dictadura militar (1931 a 1979) que también tuvieron políticas reformistas en su haber y que debido a ello fueron catalogados como gobiernos autoritarios-reformistas.

‘cambios estructurales,’ que con el pretexto de arrebatarle banderas a la subversión, ha desquiciado en la práctica el aparato productivo nacional, propiciando el desorden, la corrupción y la miseria”<sup>10</sup>. En suma, el discurso neoliberal se apartaría radicalmente de todo intento de igualación social, sobre todo en lo concerniente a la desigualdad de clase, pues la crisis sociopolítica de ese momento hundiría sus raíces –según este discurso– en la vigencia que el proyecto socialista tuvo a lo largo del siglo XX en El Salvador, es decir, que la crisis y la guerra civil serían efectos del intento de emular las revoluciones socialistas del extranjero en El Salvador y no el resultado de la precariedad y del autoritarismo padecido por los sectores populares desde la misma fundación del país como república.

De esta manera, el proyecto neoliberal se constituía en total rechazo y exclusión a toda forma de organización social que apoyara aunque sea mínimamente políticas reformistas e intervencionistas por parte del Estado. Esta oposición se sustentaba bajo el argumento de que un tipo de organización social así sería fuente de corrupción y sobre todo de ‘contaminación política’ a ámbitos que deben ser resguardados del control del Estado, tales como la economía. En consonancia con lo anterior, las palabras de Cristiani son claras al respecto: “actualmente tenemos un esquema económico arbitrario y *politizado*, y por consiguiente proclive a la corrupción y al desorden. Vamos a corregir sustancialmente ese rumbo [...] Nuestra política económica será de *progresiva liberalización* para que el aparato productivo funcione”<sup>11</sup>. Así pues, cuando aún no había claridad sobre si el conflicto armado se resolvería a través de una salida negociada el proyecto neoliberal ya se encontraba en marcha, aunque, hay que decir, que su constitución era vulnerable debido a que la lógica de la guerra civil permanecía.

En ese sentido, la ofensiva ‘Hasta el Tope’ lanzada por la guerrilla en noviembre de 1989 puede leerse como un breve interregno en la consolidación de éste proyecto hegemónico, ya que la presencia del FMLN como un actor insurrecto que justificaba su lucha en función de minar la desigualdad de clase, constituía un discurso contrahegemónico que ponía en cuestión la agenda neoliberal. Sin embargo, pese a que el FMLN había acumulado una importante fuerza militar, su proyecto de transformación social no contaba con el apoyo popular

---

<sup>10</sup> Alfredo, Cristiani. 1989. “1. Discurso presidencial y reacciones. Discurso pronunciado por el presidente de la república”. En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 488 (XLIV), Junio, p. 523.

<sup>11</sup> Alfredo, Cristiani. 1989. “1. Discurso presidencial y reacciones. Discurso pronunciado por el presidente de la república”. En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 488 (XLIV), Junio, p. 523, énfasis nuestro.

suficiente para poder constituirse como proyecto alternativo que disputara los sentidos que el neoliberalismo estaba implantando. A pesar de las vicisitudes que el proyecto político de la izquierda tuvo que atravesar en este nuevo escenario, ello no se tradujo en el abandono inmediato de sus causas políticas, como se puede apreciar en este comunicado del FMLN del año 1989: “El FMLN se alzó en armas y se mantiene alzado porque en nuestro país no existe justicia ni una verdadera democracia”<sup>12</sup>. De este modo, vemos que aunque el desgaste y el cansancio generados por la prolongación indefinida de la guerra eran elementos disuasorios para continuar con la misma (Cfr. Ribera 2003), el FMLN persistió en el intento por transformar las condiciones sociales y políticas del país mediante la vía armada, siendo el ejemplo más significativo de esto la Ofensiva ‘Hasta el Tope’<sup>13</sup>.

Concluida la ofensiva, el FMLN desistió de continuar con la guerra civil y fue realista al prever que la salida más adecuada y posible al conflicto armado era la negociación, pero no cederían en la demanda de reformas sociales que llevaran a la democratización, pues sostenían “[...] que la paz duradera tiene que basarse en la desmilitarización de la sociedad y en el consenso nacional para configurar un modelo pluralista, tanto en lo económico como en lo ideológico y político”<sup>14</sup>. Claro está que hablar de consenso en este escenario, era el punto de partida imprescindible para entablar el proceso de cierre del conflicto armado, ya que prácticamente los canales de expresión democráticos eran inexistentes y las demandas económicas por la mejora de las condiciones de vida de los sectores populares eran desestimadas por ser consideradas ideas comunistas<sup>15</sup>. Como ya apuntamos anteriormente, el partido de derecha Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) asume el órgano ejecutivo en junio de 1989, y es en este momento clave en el que se puede detectar la construcción de un vínculo que equipara el conflicto generado por la desigualdad social con la violencia armada. Como señala Cristiani:

---

<sup>12</sup> FMLN. 1989. “2.4. Comunicado: Posición para que la implementación y realización de nuestra propuesta sobre las elecciones conduzca a una finalización definitiva de la guerra”. En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 483-484 (XLIV), Enero-Febrero, p. 139.

<sup>13</sup> Para ampliar más la comprensión de este acontecimiento puede verse el corto “Historia de la Guerra”, publicado por el Museo de la Palabra y la Imagen, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=44T0gtDCsvQ>

<sup>14</sup> FMLN. 1989. “2.4. Comunicado: Posición para que la implementación y realización de nuestra propuesta sobre las elecciones conduzca a una finalización definitiva de la guerra”. En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 483-484 (XLIV), Enero-Febrero, p. 139.

<sup>15</sup> Sobre este punto, Cristiani argumentaba: “superemos el dogma destructivo de la lucha de clases, y luchemos por una sociedad donde impere un mínimo de armonía [...] lo que pedimos es racionalidad y patriotismo, para que nuestro sufrido pueblo supere esta tremenda prueba histórica, y entre lo más pronto posible a una era de paz y de progreso, por la vía de la libertad”. Cfr. Alfredo, Cristiani. 1989. “1. Discurso presidencial y reacciones. 1.1. Discurso pronunciado por el presidente de la república (Discurso de toma de posesión)”, En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 488 (XLIV), Junio, pp. 521-527.

Nadie en su sano juicio puede querer que esta guerra fratricida e injusta se prolongue. Nosotros, como partido, y hoy como gobierno, hemos venido participando sin vacilaciones en el proceso democrático precisamente para alcanzar la paz en nuestro país. *Comprendemos que hay profundos problemas sociales y económicos, de larga data, que hay que atacar con sinceridad y con realismo, pero también comprendemos que esa guerra fue desatada por las fuerzas totalitarias marxistas-leninistas, para tomar el poder, aprovechándose de esos problemas*<sup>16</sup>.

Como hemos visto, la lectura que desde la derecha se hizo del conflicto armado desestimó las razones que generaron la guerra civil, al argüir que lo que sucedió en El Salvador fue la instrumentalización de la pobreza por parte de la ideología de izquierda. Se dio un intento por neutralizar la desigualdad social y volver a los sectores populares actores inocuos y víctimas en el conflicto armado. Ciertamente, es de reconocer la inviabilidad de la guerra civil y la necesidad de su finalización. Pero lo que queremos remarcar, es el intento por parte de la derecha en ese momento de crear un relato en el que los sectores populares –o el *pueblo*– sea un actor neutral y víctima al mismo tiempo en el enfrentamiento entre guerrilla y gobierno<sup>17</sup>. La construcción de ese discurso fue posible debido a que la violencia ha sido una constante en la historia salvadoreña cuyo ciclo fue inaugurado con la masacre de 1932<sup>18</sup>, agudizándose y extendiéndose a todo el país hacia los años sesentas y setentas debido al ascenso y a la creciente radicalización de la movilización popular (Gordon 1980, 698). La asociación entre organización política con el comunismo y la consiguiente represión del Estado a las organizaciones populares, marcó la memoria colectiva de la sociedad salvadoreña hacia la política. Durante el conflicto armado en los años ochenta la violencia se tornó mucho más evidente. Tanto el gobierno como grupos civiles de derecha y paramilitares construyeron una imagen de la guerrilla del FMLN como un actor desestabilizador del orden, *cuasi* terrorista y

---

<sup>16</sup> Alfredo, Cristiani. 1989. “1. Discurso presidencial y reacciones. 1.1. Discurso pronunciado por el presidente de la república (Discurso de toma de posesión)”, En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 488 (XLIV), Junio, pp. 521-527, énfasis nuestro.

<sup>17</sup> Muestra de ello es la forma en que la Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP) habla acerca del pueblo en el siguiente comunicado: “Desgarrado en lo físico y en lo más de su conciencia por tantos años de sufrir los efectos de una violencia generalizada, el pueblo salvadoreño ha clamado largamente por que [sic] se desarraiguen del suelo patrio la violencia, el dolor, el luto, y que retorne la paz que le permita trabajar y luchar por reconstruir su vida y su futuro”. En ANEP. 1989. “1.3. Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP). Ante la actual y delicada situación salvadoreña”, En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 485 (XLIV), Marzo, p. 267.

<sup>18</sup> En enero de 1932, en la zona occidental del país fueron asesinadas aproximadamente 30,000 personas, entre indígenas y campesinos, quienes demandaban una mayor democratización de la sociedad y la restitución de la propiedad de la tierra que les había sido expropiada mediante las reformas liberales de la segunda mitad del siglo XIX. El ejercicio brutal de la violencia por parte del régimen dictatorial –que se inicia a partir de esta masacre– se legitimó bajo el velo del anticomunismo, lo que tendría un peso importante en la construcción de la subjetividad de los sectores populares y medios.

como la encarnación de la amenaza totalitaria del comunismo. La extrema intolerancia del régimen a toda demanda social llevo a la fácil acusación de comunismo y a la violencia como mecanismo de anulación de las demandas. Es decir, se estableció una relación directa entre conflictividad política (como comunismo) y violencia (como consecuencia de la confrontación y alteración del orden).

Paralelo a lo anterior, hay una identificación de la derecha –ya sea como gobierno, como gremial empresarial u otras expresiones– con los valores democráticos y la paz social, en donde ésta se desvincula de toda acción confrontativa<sup>19</sup>. Lo paradójico de esta cuestión es que la derecha misma construye una relación de amigo-enemigo al definir el conflicto armado como un simple reflejo de la Guerra Fría, es decir, al señalar al FMLN como un actor que buscaba implantar el marxismo-leninismo en El Salvador subestima las demandas de democratización y de justicia social que la guerrilla enarbolaba, y contrario a ello legitima los intentos por aniquilarla. Es decir que hay un intento por anular la legitimidad del conflicto en términos de agonismo, lo que en palabras de Mouffe se puede entender como la posibilidad de establecer “una relación nosotros/ellos en la que las partes en conflicto, si bien admitiendo que no existe una solución racional a su conflicto, reconocen sin embargo la legitimidad de sus oponentes” (Mouffe 2007, 27). Es claro entonces, que contrario a la búsqueda de expresión agonista de los conflictos, el discurso gubernamental propició en esta coyuntura el establecimiento de un fuerte vínculo entre la violencia como tal y el desacuerdo y el conflicto. La forma en que se dio la construcción de este vínculo fue a través de la capitalización de sentidos comunes que circulaban en la sociedad, en este caso se puede señalar la naturalización de la condición de pobreza como un sentido común que subyace dentro del discurso neoliberal incipiente y que por medio de la victimización de los pobres en la guerra civil, construye una imagen del bando insurrecto como terrorista y destabilizador del orden sin razones legítimas para hacerlo. Veamos un ejemplo de ello:

[...] creemos que la democracia no es sólo un instrumento de transformación muy poderoso como lo demostró al liberalizar inclusive los sistemas económicos rígidos de Europa oriental, sino que es el único sistema *que puede verdaderamente luchar por los pobres*, como lo hemos demostrado al reconstruir en 18 meses las ruinas de la economía a que nos habían llevado las

---

<sup>19</sup> Al respecto coincidimos con Mouffe cuando señala que : “Una visión idealizada de la sociabilidad humana, como impulsada esencialmente por la empatía y la reciprocidad [...] La violencia y la hostilidad son percibidas como un fenómeno arcaico, a ser eliminado por el progreso del intercambio y el establecimiento, mediante un contrato social, de una comunicación transparente entre participantes racionales. Aquellos que desafiaron esta visión optimista fueron percibidos automáticamente como enemigos de la democracia” (Mouffe 2007, 10).

medidas estatizantes y la violencia de los grupos terroristas que pretenden llegar al poder por la vía de las armas<sup>20</sup>.

Asimismo, en este discurso es patente la forma en que el gobierno neoliberal se sitúa como el garante absoluto de la salida a la crisis política y al conflicto armado, al erigirse como el ‘auténtico’ portador de los valores democráticos. En ese sentido, es importante visibilizar que estas prácticas discursivas también se orientaban a crear una relación entre la democracia y la economía libre, como pares complementarios. De esta manera se trataba de desvirtuar, al mismo tiempo, la bandera democrática que la guerrilla y las organizaciones populares también pudieron enarbolar.

De lo dicho hasta el momento, consideramos importante resaltar la forma en que la llegada del primer gobierno neoliberal genera discursos unilaterales sobre la guerra civil y la crisis que atravesaba El Salvador en ese entonces. Precisamente, el anudar en un mismo punto la violencia junto con la expresión de desacuerdos o conflictos se bloqueó la posibilidad de construir formas verdaderamente democráticas de hacer política, como veremos en los acápites subsiguientes. Por otro lado, al naturalizar la precariedad en la que vivía –y vive– gran parte de la población salvadoreña se excluyó la desigualdad de clase como problema legítimo sobre el cual buscar cambios estructurales de mayor envergadura. La negociación y el desenlace al que se llegó con los Acuerdos de Paz, es una muestra de cómo fue posible encontrar una salida ‘concertada y consensuada’ al conflicto, siempre y cuando se excluyera de ella a la economía.

## **2. Emergencia y consolidación de la agenda neoliberal, nuevos discursos en juego**

Con la llegada del partido ARENA al órgano ejecutivo no sólo se dio un proceso de vinculación de la violencia armada con el desacuerdo y los conflictos, también se dio un vuelco hacia discursos abiertamente neoliberales en cuanto a la política pública por la que el gobierno iba a optar. En este sentido, la apertura de la economía nacional era la panacea a la crisis que atravesaba la sociedad salvadoreña en ese momento, y aunque este proceso de reforma social y económica con claros visos de neoliberalismo se prolongó hasta los umbrales del siglo XXI, es en los años de 1989 a 1992 en donde hay un propósito expreso por asentar como sentido común los preceptos básicos del modelo neoliberal, especialmente lo referente a

---

<sup>20</sup> Alfredo, Cristiani. 1991. “1. Mensajes de fin de año. 1.1. Alfredo Cristiani, Presidente de la República. Mensaje al pueblo salvadoreño”. En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 507-508 (XLVI), Enero-Febrero, p. 145, énfasis nuestro.

la libertad individual y la propiedad privada. Como arguyó el presidente Cristiani, en el discurso de año nuevo en 1991: “el objetivo de nuestro gobierno es trabajar por una sociedad más justa, en donde el salvadoreño que nace pobre no esté condenado a permanecer en la pobreza, sino que puede prosperar en un marco de estímulos y libertades”<sup>21</sup>, el énfasis puesto en la creación de estímulos para el combate de la pobreza da cuenta del enfoque individualista con el cual se abordaría el problema, pese a que la desigualdad estructural fue uno de los principales detonantes para que se diera la guerra civil. A lo dicho anteriormente, el presidente Cristiani añade “para que El Salvador entre en el año 2000 bajo el signo de la igualdad de oportunidades, la condición esencial, en nuestro concepto *es hacer de nuestra querida patria un país de propietarios*”<sup>22</sup>; lo emblemático del fragmento anterior, consiste en la claridad con la que se define como proyecto político la agenda neoliberal, siendo su piedra angular la idea del individuo propietario el cual por sí mismo estaría destinado a prosperar según la competencia de éste con los otros individuos. Hay pues una opción por potenciar la libertad individual con el argumento de que la misma generaría la igualdad social a partir de la idea de ‘igualdad de oportunidades’. Más allá de esto –y para no alejarnos de nuestro objeto de análisis– es importante notar cómo se teje asimismo un vínculo entre la libertad económica individual y la armonía y concordia social, continúa la cita:

Para crear un país de propietarios necesitamos establecer la confianza en la seguridad jurídica, el respeto a las leyes en luchar en una paz en donde no anden sueltos por las calles los dedicados a matar o a destruir, donde se combata la delincuencia, donde la armonía social sustituya a la confrontación permanente y estéril<sup>23</sup>.

De este modo, hay un intento por construir una serie de oposiciones en las que se configura una especie de relación entre bien y mal<sup>24</sup>. Pues como vimos en el acápite anterior, la relación establecida entre la violencia armada y la confrontación y expresión de conflictos al interior

---

<sup>21</sup> Alfredo, Cristiani. 1991. “1. Mensajes de fin de año. 1.1. Alfredo Cristiani, Presidente de la República. Mensaje al pueblo salvadoreño”, En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación. No. 507-508 (XLVI), Enero-Febrero, pp. 137-145, énfasis nuestro.

<sup>22</sup> Alfredo, Cristiani. 1991. “1. Mensajes de fin de año. 1.1. Alfredo Cristiani, Presidente de la República. Mensaje al pueblo salvadoreño”, En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación. No. 507-508 (XLVI), Enero-Febrero, pp. 137-145, énfasis nuestro.

<sup>23</sup> Alfredo, Cristiani. 1991. “1. Mensajes de fin de año. 1.1. Alfredo Cristiani, Presidente de la República. Mensaje al pueblo salvadoreño”, En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación. No. 507-508 (XLVI), Enero-Febrero, pp. 137-145.

<sup>24</sup> Chantal Mouffe hace un apunte interesante al respecto cuando señala que “lo que ocurre es que actualmente lo político se expresa en un *registro moral*. En otras palabras, aún consiste en una discriminación nosotros/ellos, pero el nosotros/ellos, en lugar de ser definido mediante categorías políticas, se establece ahora en términos morales. En lugar de una lucha entre ‘izquierda y derecha’ nos enfrentamos a una lucha entre ‘bien y mal’” (Mouffe 2007, 12-13, cursivas del original).

de la sociedad se veía nutrida por una ideología abiertamente anticomunista, potenciada por la derecha neoliberal en el gobierno; en donde las demandas de igualdad y de democratización desde las organizaciones populares y desde el FMLN no tenían cabida ni legitimidad por ser consideradas extrapolaciones del conflicto Este-Oeste a Centroamérica. Es así como –desde el discurso neoliberal– las demandas por justicia social que confrontaban el *status quo* eran consideradas el preámbulo a acciones violentas como la lucha armada de la guerrilla, y, en contraposición la inexistencia de dichas demandas, la aceptación de la desigualdad social como condición inherente de la vida en sociedad y la búsqueda del progreso individual suponían los elementos necesarios para un ambiente de concordia y ‘paz’ social. Lo que busca establecer el discurso neoliberal en este momento es el vínculo entre propiedad individual y armonía social, es decir, que se prescinde de considerar estructuralmente los problemas que genera la desigualdad social y se construye una lectura de la guerra civil como consecuencia de discrepancias meramente ideológicas, sin ningún asidero objetivo en la realidad. En su lugar, la violencia armada que ejercía el FMLN en ese momento era vista fundamentalmente como un obstáculo a la libertad económica. El argumento neoliberal al respecto consistía básicamente en que la violencia política al bloquear o limitar la inversión privada inhibía el crecimiento económico y el ‘desarrollo’ del país; cuando lo que en realidad debía potenciarse era al individuo como “propietario de su propia persona o de sus capacidades sin que deba nada a la sociedad por ellas” (Macpherson 2005, 15), para lo cual era condición *sine qua non* una sociedad donde se hubiera erradicado el conflicto por completo.

Es así como consideramos que la emergencia del discurso neoliberal conlleva la aparición del consenso como elemento preponderante en la práctica política, al erigirse como principio básico en la construcción de una nueva sociedad. Si bien es cierto que en este momento histórico era –y sigue siendo– imprescindible entablar espacios verdaderamente democráticos de discusión, que permitieran la expresión de las diferencias más irreconciliables como la desigualdad de clase y los problemas atravesados por un fuerte carga conservadora. Es también necesario señalar que el consenso que se construyó en la coyuntura de la negociación dejaba por fuera de toda discusión estos problemas, es decir que, el principio del consenso que diera forma a la negociación y a los Acuerdos de Paz se basaba en “actos de exclusión”, en donde cualquier tema podía ser puesto sobre la mesa de discusión siempre y cuando no implicará el cuestionamiento de los principios neoliberales. Esto nos demuestra “la imposibilidad de un consenso ‘racional’ totalmente inclusivo” (Mouffe 2007, 18), pues el

hecho de suscribir el discurso del consenso resultante del proceso de negociación implicaba asumir la imposibilidad de pensar en otros órdenes alternativos.

### **3. Postpolítica y consenso: la ilegitimidad de la igualdad social**

Como hemos visto, los Acuerdos de Paz si bien lograron la modificación de la forma de organización de la sociedad no alteraron la estructura sobre la cual ésta se sostenía (Ribera 1994, 127). En este nuevo contexto, el proyecto neoliberal pudo afianzar su hegemonía a través de un discurso que limitaba la democracia a la mera elección de representantes, en donde el consenso y la concertación serían los elementos fundamentales para manejar la política dentro de los cauces institucionales. Se asumió de este modo, como sentido común

[...] la típica comprensión liberal del pluralismo [que] afirma que vivimos en un mundo en el cual existen de hecho, diversos valores y perspectivas que –debido a limitaciones empíricas– nunca podremos adoptar en su totalidad, pero que en su vinculación constituyen un conjunto armonioso y no conflictivo (Mouffe 2007, 17).

De ahí el entusiasmo con el que la derecha dotaba de un significado postpolítico los discurso sobre la finalización del conflicto. Para muestra, Alfredo Cristiani, abogaba abiertamente por el fin de las ideologías y de los sectarismos como condición necesaria de cara al proceso de negociación, dice al respecto:

Los acuerdos políticos se pondrán en marcha una vez esté el cese de fuego acordado, una vez estemos seguros que lo que ha producido el cambio es la eliminación de la violencia en nuestro país. *Y en ese sentido, también tenemos que pensar todos, que no podemos entrar en un proceso de esta naturaleza con una actitud ideologizada cerrada*<sup>25</sup>

De este modo, se facilitaba la consolidación del proyecto neoliberal mediante el intento de inoculación de las ideologías como los obstáculos ‘reales’ para la construcción de una sociedad democrática, lo que implicaba definir las diferencias ideológicas como el sustrato que impedía la convivencia ‘pacífica’. Y no sólo eso, el discurso consensual trataría de despojar a las diversas posturas ideológicas de su contenido limitándolas a meras preferencias de los actores en cuestión, como señala Cristiani “*Debemos tener la suficiente flexibilidad*

---

<sup>25</sup> Alfredo, Cristiani. 1991. “1. La negociación. 1.3. Alfredo Cristiani, Presidente de la República, Mensaje (30 de abril de 1991)”. En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 510 (XLVI), abril, pp. 381-383, énfasis nuestro.

*para saber que lo mejor para el país es el consenso y no necesariamente la imposición de nuestras propias ideas en ciertas materias fundamentales, que significan el marco de convivencia de todo el pueblo salvadoreño*<sup>26</sup>.

Podríamos decir que, el discurso del consenso en este momento trataba de sedimentar la coexistencia de distintas posturas ideológicas –escindidas entre el FMLN por un lado y los partidos políticos formales por el otro– como elementos sin tensiones y sin disputas fundamentales de cara al funcionamiento de un marco normativo ideal de la política. Consideramos que esto puede ser interpretado como un momento metonímico, pues justamente lo que el discurso neoliberal estaba tratando de poner en juego era la conversión de posiciones antagónicas a posiciones de diferencia. El antagonismo tendería a disolverse si el FMLN aceptaba como fundamento único del nuevo orden social la primacía del capitalismo en su versión neoliberal; una vez neutralizados los aspectos irreconciliables las condiciones básicas del consenso estarían pactadas. Con esa intención es que el presidente Cristiani llamaba a todos los sectores de la sociedad a la búsqueda de consensos en función del proceso de negociación, en sus palabras:

*[...] por eso es que pedimos a todos los sectores que debemos de tener la suficiente apertura de madurez y flexibilidad para ir dando cabida a ese consenso, a ese gran consenso, que requiere la paz de nuestro país para que todos los miembros de la sociedad salvadoreña podamos vivir en armonía y en algunas partes habrán sectores, que tal vez no estén de acuerdo con parte de los acuerdos de otros sectores, que se opongan a otra parte de los acuerdos, pero lo que debemos de ver es el conjunto, el conjunto de acuerdos con el final que queremos, la paz en nuestro país y eso debe hacernos reflexionar, que no podemos seguir ideologizados unos contra otros en materia de lo que es la convivencia de nuestro país y de nuestra sociedad*<sup>27</sup>.

Estas inflexiones que el discurso del consenso neoliberal hacía como estrategia de legitimación de su proyecto hegemónico, fueron a nuestro juicio los pilares que permitieron su consolidación hegemónica. Pues se atribuía a la guerrilla como portadora máxima de la ideología de izquierda la responsabilidad de la crisis y la violencia vivida en el país. Por lo cual, la incorporación de ésta en la vida ‘democrática’ estaría condicionada por el abandono

---

<sup>26</sup> Alfredo, Cristiani. 1991. “1. La negociación. 1.3. Alfredo Cristiani, Presidente de la República, Mensaje (30 de abril de 1991)”. En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 510 (XLVI), abril, pp. 381-383, énfasis nuestro.

<sup>27</sup> Alfredo, Cristiani. 1991. “1. La negociación. 1.3. Alfredo Cristiani, Presidente de la República, Mensaje (30 de abril de 1991)”. En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 510 (XLVI), abril, pp. 381-383, énfasis nuestro.

total de las causas revolucionarias, ya que en el nuevo contexto postpolítico mantener la vigencia de las demandas de justicia social sería algo desfasado. En ese sentido, la persistencia de discursos que abogaran por la igualdad social sería un rastro de la bandera comunista y no una realidad objetiva que habría que modificar. De ahí que la ideología de izquierda fuera transformada desde el discurso del consenso en sinónimo de politización, pues se vería en ella el peligro de expresar los conflictos sociales más agudos, o en otras palabras, habría un reconocimiento implícito de la dimensión de lo político. Contrario a ello, el discurso del consenso privilegiaría los criterios técnicos como mecanismos de resolución de discusiones y de toma de decisión.

Dicho lo anterior, queremos partir del hecho de que el discurso del consenso se sedimentó sobre una lectura restringida de la democracia, la cual no sólo limitaba la política a un ámbito meramente formal sino que también extirpaba de su contenido la igualdad social como potencial emancipador, al pretender erradicar la ideología como fuente de expresión de múltiples conflictos. De esta manera, la política se convirtió en un asunto que debía ser administrado por técnicos y expertos, obviando que las “cuestiones propiamente políticas siempre implican decisiones que requieren [optar] entre alternativas en conflicto” (Mouffe 2007, 17). Estas reconfiguraciones dentro de la sociedad salvadoreña coadyuvaron a la paulatina neutralización de la política. Pero la cuestión clave que queremos subrayar es el uso de las discrepancias ideológicas como un obstáculo para el manejo civilizado y moderno de los asuntos públicos. De acuerdo a estos supuestos, la ideología de izquierda en tanto que confronta cuestiones como la desigualdad económica, se ve como la prolongación de la violencia en la esfera pública, pues desde el discurso liberal –siguiendo las críticas de Carl Schmitt– se construye un imaginario sobre lo político en donde el conflicto no debe tener lugar. Como hemos mencionado en capítulo 1, esta neutralización del conflicto opera a través de fundamentaciones ético-morales y económicas, según Schmitt “el concepto político de la lucha se transforma en el pensamiento liberal, por el lado económico, en competencia, y por el otro, el lado ‘espiritual’ [o moral], en discusión. [...] aparece aquí la dinámica de la competencia eterna y de la eterna discusión” (Schmitt 2002, 99-100). Por ello no es extraño que en el proceso de consolidación de este discurso se apele a razones religiosas y morales, que reducen el conflicto a una cuestión de diferencias individuales y de falta de voluntad, eludiendo al mismo tiempo las condiciones estructurales que lo provocan<sup>28</sup>.

---

<sup>28</sup> A manera de ejemplo, en una ceremonia de acción de gracias por la finalización del conflicto armado, el presidente Alfredo Cristiani dice: “La paz tiene que aposentarse en las mentes y vibrar en los corazones de todos

Ahora bien, si nos detenemos en el análisis de los discursos promovimos en el acto de firma de los Acuerdos de Paz, especialmente en el discurso pronunciado por Alfredo Cristiani, vemos que una cuestión medular se visibiliza en el reconocimiento de que “la ausencia de un verdadero esquema democrático de vida”<sup>29</sup> fue una de las razones que dieron lugar al conflicto armado, pero a la vez se señala la necesidad de ampliar los alcances que la democracia pueda tener. Sin embargo, la noción de democracia que ocupa Cristiani es ciertamente ambivalente, pues por una parte relaciona la democracia con la garantía de derechos humanos de distinto tipo (políticos, sociales y económicos), pero la restringe a un esquema legal: “Queremos una democracia sin otras fronteras que las de una legalidad que sea en sí misma profundamente democrática”<sup>30</sup>. Así pues, el concepto de democracia plasmado en su discurso abría la posibilidad de incorporar algunas demandas, sobre todo relacionadas con los derechos humanos, pero a su vez da pie al estancamiento en una democracia representativa.

Asimismo, durante el acto de firma de paz, Cristiani resaltaba a tres actores encarnados en el pueblo salvadoreño o la sociedad salvadoreña como protagonista de la paz, el FMLN como contraparte suscriptora del acuerdo y garante del mismo y el gobierno como suscriptor. En ese sentido, resulta particularmente interesante como éste representa al pueblo, pues se le neutraliza como el espacio en medio de las partes en conflicto: “la sociedad salvadoreña que ahora emerge fortalecida del esfuerzo pacificador, es la gran protagonista indiscutible de la etapa en la que estamos entrando”<sup>31</sup>. Precisamente, hay de fondo un intento por definir los

---

los salvadoreños. Esta es la hora propicia para hacer un enorme y profundo esfuerzo por superar los odios, los rencores y los celos indiscriminados. Tenemos los salvadoreños la capacidad extraordinaria de demostrar en esta coyuntura histórica que somos capaces de estar a la altura de nuestra condición de creyentes de las enseñanzas de Cristo, que nos enseña a la perfección por la vía de la concordia [...] Permitamos que la voluntad de Dios actúe libremente en nosotros, abriéndonos a la reconciliación y al perdón”. En: Alfredo, Cristiani. 1992. “1. Acuerdos de Paz. 1.8. Lic. Alfredo Cristiani, presidente de la república, en la ceremonia de acción de gracias por el cese del enfrentamiento armado”. En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 519-520 (XLVII), Enero-Febrero, p. 179.

<sup>29</sup> Alfredo, Cristiani. 1992. “Discurso del Lic. Alfredo Cristiani, en la ceremonia de firma de los Acuerdos de Paz, el 16 de enero de 1992, en el Castillo de Chapultepec en México”. Consultado en: <<http://www.asamblea.gob.sv/noticias/mediateca/documentos-de-apoyo-legislatura-2012-2015/discurso-del-lic.-alfredo-cristiani-en-la-ceremonia-de-firma-de-los-acuerdos-de-paz-el-16-de-enero-de-1992-en-el-castillo-de-chapultepec-en-mexico>>

<sup>30</sup> Alfredo, Cristiani. 1992. “Discurso del Lic. Alfredo Cristiani, en la ceremonia de firma de los Acuerdos de Paz, el 16 de enero de 1992, en el Castillo de Chapultepec en México”. Consultado en: <<http://www.asamblea.gob.sv/noticias/mediateca/documentos-de-apoyo-legislatura-2012-2015/discurso-del-lic.-alfredo-cristiani-en-la-ceremonia-de-firma-de-los-acuerdos-de-paz-el-16-de-enero-de-1992-en-el-castillo-de-chapultepec-en-mexico>>

<sup>31</sup> Alfredo, Cristiani. 1992. “Discurso del Lic. Alfredo Cristiani, en la ceremonia de firma de los Acuerdos de Paz, el 16 de enero de 1992, en el Castillo de Chapultepec en México”. Consultado en: <<http://www.asamblea.gob.sv/noticias/mediateca/documentos-de-apoyo-legislatura-2012-2015/discurso-del-lic.->

Acuerdos de Paz como un momento de reconciliación nacional, o si se quiere, como un momento de exclusión definitiva de todos los conflictos, pues una de los motivos del conflicto armado, como ya hemos mencionado, es la desconfianza entre los distintos sectores y las personas. El hecho de que el discurso de Cristiani se refiera a la desconfianza entre personas, busca a nuestro juicio neutralizar y banalizar los conflictos políticos, pues eso significa que todo tipo de violencia estructural como la desigualdad de clase, de género, racial, étnica no son motivos válidos para confrontar. En palabras del ex-presidente:

[...] nosotros los salvadoreños venimos de un periodo determinado por la más errada desconfianza entre personas y entre sectores, ahora nos contagia a todos hacer un consistente ejercicio de construcción de confianza y creemos que el Acuerdo de Paz, es una base excelente para ello<sup>32</sup>.

De ahí que los discursos a los que apela Cristiani sea la democracia como un proyecto a ampliar. La misma que debe estar basada en la paz fundamentada en el consenso racional, lo que conlleva la idea una convivencia armónica entre los distintos “sectores sociales, políticos e ideológicos”<sup>33</sup>. Dicha convivencia sería posible según el ex-presidente Cristiani a partir de un diálogo racional que provoque confianza. A este discurso subyace la búsqueda de la cohesión social, es decir, por sobre las diferencias apuntadas anteriormente, lo que se debe privilegiar a partir de la firma de los Acuerdos es la unidad frente al “destino nacional”<sup>34</sup>. De este modo, las referencias a la unidad de los distintos sectores sociales estaba enfocada en la superación de las exclusiones y de las diferencias, pero no entendidas en términos de justicia social sino más bien a la marginalización de las diferencias de clase para la obtención de cohesión social. Ciertamente, hay una romantización de los sectores populares al definir que

---

alfredo-cristiani-en-la-ceremonia-de-firma-de-los-acuerdos-de-paz-el-16-de-enero-de-1992-en-el-castillo-de-chapultepec-en-mexico>

<sup>32</sup> Alfredo, Cristiani. 1992. “Discurso del Lic. Alfredo Cristiani, en la ceremonia de firma de los Acuerdos de Paz, el 16 de enero de 1992, en el Castillo de Chapultepec en México”. Consultado en: <<http://www.asamblea.gob.sv/noticias/mediateca/documentos-de-apoyo-legislatura-2012-2015/discurso-del-lic.-alfredo-cristiani-en-la-ceremonia-de-firma-de-los-acuerdos-de-paz-el-16-de-enero-de-1992-en-el-castillo-de-chapultepec-en-mexico>>

<sup>33</sup> Alfredo, Cristiani. 1992. “Discurso del Lic. Alfredo Cristiani, en la ceremonia de firma de los Acuerdos de Paz, el 16 de enero de 1992, en el Castillo de Chapultepec en México”. Consultado en: <<http://www.asamblea.gob.sv/noticias/mediateca/documentos-de-apoyo-legislatura-2012-2015/discurso-del-lic.-alfredo-cristiani-en-la-ceremonia-de-firma-de-los-acuerdos-de-paz-el-16-de-enero-de-1992-en-el-castillo-de-chapultepec-en-mexico>>

<sup>34</sup> Alfredo, Cristiani. 1992. “Discurso del Lic. Alfredo Cristiani, en la ceremonia de firma de los Acuerdos de Paz, el 16 de enero de 1992, en el Castillo de Chapultepec en México”. Consultado en: <<http://www.asamblea.gob.sv/noticias/mediateca/documentos-de-apoyo-legislatura-2012-2015/discurso-del-lic.-alfredo-cristiani-en-la-ceremonia-de-firma-de-los-acuerdos-de-paz-el-16-de-enero-de-1992-en-el-castillo-de-chapultepec-en-mexico>>

los acuerdos suscritos son especialmente dirigidos “hacia la persona de carne y hueso que trabaja, que sueña y que sufre”<sup>35</sup>. No obstante, lo que este fragmento relata es un discurso oficial que se aleja del contenido de los acuerdos propiamente dichos, pues las políticas económicas de corte neoliberal fueron un acuerdo tácito en esta negociación.

Si nos detenemos a analizar con mayor detenimiento las consecuencias a largo plazo que ha tenido este uso restringido de la democracia que hace el discurso neoliberal, vemos que ésta es definida principalmente a partir de la ‘imparcialidad’ del funcionamiento de las instituciones del Estado, es decir, por la visión postpolítica que aboga por el destierro de las diferencias ideológicas –encarnadas en los partidos políticos– dentro de la gestión política de las instituciones. Como hemos visto anteriormente, el discurso del consenso al pretender erradicar el conflicto no sólo limita la política a un ámbito meramente formal sino que también extirpa de su contenido la igualdad social como potencial emancipador, al pretender erradicar la ideología como expresión violenta. De esta forma, la hegemonía neoliberal supone que el funcionamiento imparcial de la institucionalidad del Estado vendría dado por el dominio de los criterios técnicos sobre los intereses ‘partidarios’, pero yendo más allá, lo que subyace a este supuesto es el intento de “sustraer de más en más las decisiones públicas del control político, y hacer de ellas la responsabilidad exclusiva de los expertos” (Laclau y Mouffe, 1985: 286). De ahí que la dinámica real de la política, es decir, la pugna de intereses que la constituye y la aparición en escena de actores externos a la esfera formal sería vista desde el discurso consensual como un obstáculo y retroceso en la consolidación democrática. A manera de ilustración, el discurso de Alfredo Cristiani 21 años después de firmada la paz, es muy claro al respecto:

Creo que el país lo que pretendió en el 92 [finalización del conflicto armado y firma de Acuerdos de Paz] es el fortalecimiento de un proceso democrático que se fuera profundizando cada vez más y fortaleciendo la institucionalidad democrática. A los Acuerdos de Paz podemos llamarle un punto de partida. Otros dicen que ahí llegó una etapa de El Salvador y luego empezó otra, esa otra etapa se veía más en términos de democracia, qué tanto se iba a avanzar en fortalecimiento institucional en el país.

---

<sup>35</sup> Alfredo, Cristiani. 1992. “Discurso del Lic. Alfredo Cristiani, en la ceremonia de firma de los Acuerdos de Paz, el 16 de enero de 1992, en el Castillo de Chapultepec en México”. Consultado en: <<http://www.asamblea.gob.sv/noticias/mediateca/documentos-de-apoyo-legislatura-2012-2015/discursos-del-lic.-alfredo-cristiani-en-la-ceremonia-de-firma-de-los-acuerdos-de-paz-el-16-de-enero-de-1992-en-el-castillo-de-chapultepec-en-mexico>>

Creo que se avanzó de alguna manera pero yo en estos momentos veo que la institucionalidad del país lejos de haber avanzado, ha retrocedido.

No es en todos lados pero especialmente en los últimos 10 años, las instituciones se han politizado extremadamente responden a intereses y no responden al rol esencial que deben cumplir (Velásquez, 2013).

De acuerdo a lo anterior, el rol esencial que deberían cumplir las instituciones democráticas es, de acuerdo a este pensamiento, la administración pública expresada en la rendición de cuentas, en la transparencia en la gestión y en la promoción de facilidades para el libre mercado. En la medida que estas funciones responden a intereses determinados y son tarea exclusiva de expertos, por la validez y superioridad moral que les confiere su halo científico y neutral, en esa medida como bien señala Rancière es que “el poder queda en manos de los más sabios, de los más fuertes, de los más ricos, [y] no estaremos ya en el ámbito de la política” (Rancière 2009, 100). Vemos así como la política pretende ser reemplazada por la administración mediante el discurso consensual. Sin embargo, esta performación de la realidad nunca llega a cerrar completamente, pues como señala Laclau esto solo puede ser posible “cuando la comunidad concebida como totalidad y la voluntad que expresa esa totalidad se vuelven indistinguibles una de otra” (Laclau 2009, 69).

En conclusión, lo que hemos descrito en líneas anteriores constituye a grandes rasgos el proceso de consolidación del discurso del consenso, el cual definió los términos de la dinámica política en el período de postguerra. La sedimentación que este discurso logró afianzar a partir del proceso de negociación y de la firma de la paz fue clave para que el proyecto neoliberal tuviera condiciones mucho más favorables para el despliegue de sus políticas, pues el cansancio que la guerra civil había generado en la población fue clave en la asimilación del consenso como un sentido común. En otras palabras, el discurso del consenso proveyó a la sociedad salvadoreña de la tranquilidad ausente en los años de conflicto, siendo asimilado en buena medida por la población. En contraposición a lo anterior, la expresión de conflictos comenzó a verse como una práctica a repudiar, pues en ella se identificaba la causa de la crisis política y social, obnubilando el hecho de que el origen de la crisis radicaba en la desigualdad social y en la ausencia de una forma democrática de vida. La aparición en escena de una lectura postpolítica de la historia reciente coadyuvó a la naturalización del consenso y a su vez al rechazo de las ideologías; lo que tuvo como resultado que el neoliberalismo fuera despojado de todo halo ideológico y reconocido como un modelo o sistema social neutral y

único. Esto dio pautas para que en el país se desarrollara una noción restringida y abstracta de la democracia, escindiendo el contenido libertario del igualitario mediante el discurso técnico y neutral que busca la conciliación. Es así como la democracia fue definida en función de unos pocos, creando un discurso que inhibía la lucha política por ser considerada un rezago ideológico del pasado. En ese sentido, el reto que se planteaba en ese momento de inauguración de un nuevo orden social –y que aún en el presente es más vigente que nunca– es recuperar la inteligibilidad y el sentido emancipador de la democracia, de la libertad y sobre todo de la igualdad, como señala Rancière “la lucha política es también la lucha por la apropiación de las palabras” (Rancière 2009, 99).

### Capítulo 3

#### La irrupción del conflicto, consenso neoliberal y desigualdad en El Salvador de postguerra

Como hemos mencionado en el capítulo anterior, a nuestro modo de ver, el discurso del consenso ha jugado un papel fundamental en la consolidación de la hegemonía neoliberal en El Salvador de postguerra. Pues ha coadyuvado a la formación de subjetividades coherentes – en mayor o menor medida– con la lógica neoliberal, en tanto que estas subjetividades han sido marcadas profundamente por la violencia y la desigualdad como condiciones naturales de existencia. En otras palabras, parte de la vida de una o un salvadoreño –sobre todo si pertenece a estratos bajos o medios– cotidianamente esta atestada de situaciones en las cuales tiene que sortear peligros relacionados con la violencia de tipo delincencial y/o criminal. Asimismo, el desempleo, la precariedad y la falta de perspectivas a futuro para seguir reproduciendo la vida son elementos habituales en El Salvador como parte de la desigualdad estructural que cada vez se profundiza más. En ese sentido, lo que queremos expresar es que tanto la violencia vivida de forma cotidiana como la precariedad son condiciones asumidas con la conformidad de que no es posible cambiarlas de manera estructural, pues como veremos en este capítulo, en la sociedad salvadoreña predomina la idea de que la violencia debe ser tratada con medidas represivas y que la desigualdad social debe aminorarse a través del esfuerzo propio de cada individuo; pues hay una serie de prácticas sedimentadas que naturalizan la desigualdad y la violencia para desterrar el conflicto que implica el ponerlas en cuestión. Es por ello que en este estudio nos interesa explorar esta dimensión subjetiva que conlleva la hegemonía neoliberal, pues el neoliberalismo como un modo social de vida supone un intento deliberado por crear una visión total y cerrada del mundo, es decir, no se restringe a lo meramente económico y material –en el sentido estricto del término– sino también a la forma en que pensamos y configuramos nuestra realidad, de ahí el sentido hegemónico que éste tiene.

Por esta razón, a la base de lo mencionado en el capítulo 2, nos interesa indagar en el presente capítulo en las consecuencias que tuvo en la historia reciente de El Salvador el fundar la construcción de una ‘nueva sociedad’ sobre el discurso del consenso y un orden económico inalterable. Específicamente, abordaremos aquí la emergencia de nuevas formas de violencia posteriores al conflicto armado, que heredaron una serie de prácticas culturales favorecidas por la pasada guerra civil pero que con mucha mayor fuerza fueron potenciadas por el

neoliberalismo. Por ello, en la primera sección haremos una síntesis de la aparición de las pandillas en El Salvador como un problema social de mayor envergadura sobre todo en la segunda mitad de la década de los noventa, relacionándolo con la ausencia de cambios estructurales desde el fin de la guerra civil. En el segundo acápite, abordaremos el momento clave en el que la política de gobierno neoliberal de inicios del siglo XXI opta por la represión y la fuerza bruta para tratar a las pandillas, cuando éstas aún no estaban vinculadas de manera grave al crimen organizado transnacional. Finalmente, en la tercera sección trataremos el último momento clave que corresponde básicamente a la llegada de la izquierda al órgano ejecutivo, en donde se destaca: la continuidad de las políticas neoliberales, el desborde de la violencia criminal y la instrumentalización por parte de la empresa privada de ésta situación para argüir que el país necesita ‘unidad y reconciliación’, con el fin de garantizar la ausencia de regulaciones del Estado y que éste se encargue únicamente de proveer de las condiciones necesarias para el despliegue de la libre empresa.

### **1. Gestación de nuevas formas de violencia: pandillas juveniles y desarticulación del tejido social**

Posterior a los Acuerdos de Paz de 1992, la sociedad salvadoreña vivió con mayor ahínco transformaciones de gran envergadura sobre todo en lo concerniente a la apertura económica. Los sucesivos gobiernos del partido de derecha Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) pusieron el acento de las políticas públicas en la liberalización de la economía y la reducción del Estado, obviando el hecho de que las condiciones de desigualdad social preexistentes –y que se profundizaron aún más con éstas políticas– fueron detonadores claves para que se diera el conflicto armado recién pasado de los años ochenta. Un ejemplo de ello, es la promoción de un plan de reformas económicas encaminadas a la privatización el cual fue anunciado en enero de 1995 y que contemplaba entre otros puntos “la reducción de aranceles y apertura al mercado exterior, [el] cambio fijo de la moneda nacional y convertibilidad al dólar”<sup>1</sup>. La aplicación de las políticas neoliberales era motivada al mismo tiempo por un fuerte fervor y creencia en la ortodoxia liberal, que pregonaba la libertad económica como valor supremo. Por ello es que no resulta extraño el entusiasmo con que el presidente Armando Calderón Sol, en su informe de dos años y medio de gestión en enero de 1997, celebrara como un logro de su gobierno la aceptación plena de El Salvador por parte de los organismos internacionales como una economía libre, entre estos sobresale –además de *think tanks* internacionales– la

---

<sup>1</sup> Armando, Calderón. 1997. “Presidente de la República: Informe de dos años y medio de gestión”, En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación. No. 579-580 (LII), Enero-Febrero, pp. 163-167.

calificación del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). Según el ex-presidente Calderón Sol “en la reunión anual del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, fuimos presentados ante la comunidad de inversionistas internacionales como un país exitoso, emergente y atractivo a la inversión”<sup>2</sup>, a nuestro parecer la fuerte aceptación de estos organismos y el perfil abierto con el que se estaba dando a conocer la economía salvadoreña a nivel internacional son sintomáticos de la precarización de la vida que estaba teniendo lugar al interior de la sociedad salvadoreña. Pese a esto, los gobiernos neoliberales trataban de conjugar como elementos complementarios y necesarios los logros en materia de apertura económica con el discurso del consenso o de unidad del país, pues en el mismo informe Calderón Sol arguye: “todo esto muestra que cuando *trabajamos juntos, pensando primero en El Salvador*, aunque las condiciones sean difíciles, salimos adelante y asombramos al mundo con nuestra capacidad de trabajo y espíritu de superación”<sup>3</sup>. En ese sentido, es importante detectar la conexión directa que el discurso neoliberal establece entre economía abierta y libre empresa con el consenso y la unidad del país, pues esto supone que la libertad económica individual fomentada desde el Estado favorece el bienestar general<sup>4</sup>. De este modo, cuestionar la puesta en práctica de dichas políticas y sobre todo la desigualdad que éstas generan equivale dentro de la lógica de este discurso a estar en contra de lo que es bueno para el conjunto de la sociedad.

En este contexto es que hay que situar la emergencia de nuevas formas de violencia social como las pandillas juveniles, pues aún con la negativa del discurso hegemónico por asumir la existencia del conflicto en el interior de la sociedad, se van dando expresiones subterráneas que denotan que hay un conflicto existente. Debido a que las condiciones estructurales permanecieron inalteradas del paso de la guerra civil a los Acuerdos de Paz y de estos al momento de transición a la democracia, lo que ocurrió no fue la desaparición de la violencia sino su mutación. Miguel Cruz, un estudioso de temas de violencia en los años noventa y en el nuevo siglo, recalca esta cuestión:

---

<sup>2</sup> Armando, Calderón. 1997. “Presidente de la República: Informe de dos años y medio de gestión”, En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación. No. 579-580 (LII), Enero-Febrero, pp. 164.

<sup>3</sup> Armando, Calderón. 1997. “Presidente de la República: Informe de dos años y medio de gestión”, En *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación. No. 579-580 (LII), Enero-Febrero, pp. 164.

<sup>4</sup> Según Mouffe y Laclau “las sociedades totalitarias se constituyen en torno de su ambición de dominar el fundamento” (Laclau y Mouffe 1993, 144). Aunque no podríamos calificar a la sociedad salvadoreña como una sociedad totalitaria como tal, consideramos que si es válido visibilizar el carácter totalitario al que se inclina el discurso neoliberal, al tratar en este caso de equiparar como condiciones necesarias la unidad nacional o el consenso para que sea posible la libertad económica. En ese sentido, si hay un intento por cerrar la estructura social pues el fundamento último vendría dado por la presencia plena del libre mercado, considerando ilegítimas otras formas de organización social.

[...] Los acuerdos de paz no sólo terminaron con el conflicto armado, sino que además fueron planteados como un mecanismo para la construcción de una nueva sociedad; frente a esto, muchos salvadoreños crearon expectativas muy grandes con respecto al futuro nacional, sobre todo en el orden socioeconómico. Sin embargo, pasada la alegría del logro de paz, los salvadoreños empezaron a acusar *un elevado nivel de frustración por la falta de resolución de sus viejos problemas y, sobre todo, por la permanencia de un modelo de exclusión social y económica*. Los tratados de paz resolvieron el problema de la marginación política, pero al final no fueron capaces de resolver los problemas de exclusión socioeconómica. El Estado salvadoreño se vio limitado en su capacidad de integrar a todos los sectores en el rumbo del desarrollo y la atención. *La existencia y dinámica de las pandillas juveniles en El Salvador, tanto como otros fenómenos del orden delincencial, sugieren la necesidad de algunos sectores poblacionales de recuperar un espacio social perdido a través de la violencia* (Cruz 1997, 986, énfasis nuestro).

Ciertamente, el intento del discurso del consenso por promover la constitución de un orden social cerrado, plenamente armónico, choca con las consecuencias reales que tienen las políticas neoliberales en la vida de los sectores populares en El Salvador. Pues como señala Cruz, las expectativas de un mejoramiento de las condiciones de vida se vieron truncadas por la insuficiencia de los cambios llevados a cabo con los Acuerdos de Paz. Hay que recordar que el contexto postpolítico posterior a la finalización del conflicto armado, propiciaba que las inconformidades y desavenencias experimentadas por la población frente a sus condiciones de vida no se canalizaran como una crítica al sistema como tal, sino más bien, adquirirían expresión a través de manifestaciones ‘antisociales’ o ‘anómicas’ tales como las pandillas juveniles o *maras*<sup>5</sup>. En este punto, varios son los autores que coinciden en que la aparición de estas formas de violencia están ligadas a contextos de profunda desigualdad. A manera de ilustración, en un artículo titulado “La violencia en El Salvador” el autor señala que:

[...] la violencia usualmente toma lugar en contextos donde por razones étnicas, políticas, religiosas, económicas y sociales se excluye a buena parte de su población; en entornos que limitan el ejercicio del poder social a amplios sectores de su ciudadanía y en ambientes que reflejan unas desigualdades sociales profundas. La violencia aparece así como la reacción de tales sectores en un esfuerzo por reclamar y recuperar su espacio en la sociedad y como un

---

<sup>5</sup> Como se les llama en el lenguaje coloquial salvadoreño.

llamado de atención hacia los que detentan el poder, los privilegiados de tal realidad (Anónimo 1996, 245)<sup>6</sup>.

No obstante, esto no significa que las pandillas sean –o hayan sido– los únicos grupos detentadores de la violencia en El Salvador de postguerra, contrario a ello, la violencia en el país centroamericano tomó múltiples manifestaciones durante este período, expresiones que iban desde grupos de limpieza social, sicariatos, hasta redes de narcotráfico. La diferencia entre estas expresiones de violencia y la de las pandillas radica, a nuestro modo de ver, en la forma en que se criminalizó mediáticamente<sup>7</sup> a los jóvenes pandilleros haciéndolos parecer como los únicos responsables de los actos violentos, al tiempo que se ponían en un segundo plano otro tipo de expresiones delictivas de carácter organizado, a veces de gravedad mayor. En ese sentido, coincidimos con Ranum cuando señala que “el enfoque casi exclusivo en las pandillas ha ignorado otras expresiones de violencia y criminalidad, que prácticamente han podido operar, desarrollarse y expandirse sin recibir la atención debida” (Ranum 2007, 362). Empero, consideramos que no es casual el protagonismo dado a las pandillas como actores delictivos, pues éstas proporcionaban la imagen ideal para construir un enemigo común a la sociedad, dado que estaban afianzadas en las comunidades marginales de San Salvador a la vez que estaban compuestas principalmente por jóvenes que vivían en condiciones de precariedad. En otras palabras, las pandillas en los años noventa y principios del siglo XXI encajaban en el prototipo antagonista<sup>8</sup> que el neoliberalismo oponía a los ciudadanos buenos, trabajadores y honrados, que como veremos en el siguiente acápite tenían que ser objeto de todo tipo de políticas represivas. Sin embargo, por el momento es necesario detenernos más en los factores que favorecieron el surgimiento de estos grupos.

Hemos subrayado hasta el momento el peso que tiene la desigualdad en la generación de violencia social, específicamente en el caso de las *maras* o pandillas. Sin embargo, es insuficiente el tratar de explicar este fenómeno únicamente a partir de la pobreza y de la

---

<sup>6</sup> Otros estudios relevantes al respecto son Escobar 1996, Cruz 1997, González 2003, Estrada 2007, Cruz 2013 y Aguilar 2013.

<sup>7</sup> Por ejemplo, hacia finales del año 1995 una nota de prensa expresaba lo siguiente: “En los últimos dos meses del año, se ha incrementado el número de ataques con granadas entre los miembros de maras, dejando como resultado cinco muertos y más de cincuenta heridos”. En Oscar Díaz y Víctor Pino. 1995. “Maras se enfrentan con explosivos”. En *La Prensa Gráfica* (San Salvador), 31 de diciembre, p. 5-A.

<sup>8</sup> No es fortuita la alusión al antagonismo, entendiéndolo en los términos de amigo-enemigo propuestos por Schmitt, pues precisamente las políticas represivas de inicios del siglo XXI puestas en práctica por los gobiernos de agenda neoliberal, buscaban eliminar –mediante el encierro en las cárceles y condenas prolongadas– la presencia de los jóvenes pandilleros en la sociedad. Las políticas de rehabilitación y prevención eran más bien cuestiones protocolarias ya que el gran esfuerzo estaba enfocado en la represión.

precariedad, pues en todo el mundo existe la desigualdad social y no por ello se dan los niveles de violencia que se ven en El Salvador actual. En ese sentido, hay que señalar que el fenómeno de las pandillas se vio favorecido por una amalgama de factores que fueron determinantes en su aparición, que en conjunto con el contexto de desigualdad y precariedad padecida por la mayor parte de la población configuraron la existencia de este fenómeno. Podríamos enumerar los siguientes factores: 1) una cultura de violencia preexistente, 2) el encierro que provoca dicha cultura violenta y 3) la ausencia de políticas de prevención.

Con respecto al primer punto, posturas desde la derecha neoliberal señalan que la violencia pandilleril hunde sus raíces en la herencia que dejó el conflicto armado, en un intento por equiparar la violencia política de ese entonces ejercida por la guerrilla con la violencia social del presente ejercida por las *maras*. Según lo expresado en un editorial de la prensa nacional en el año de 1993: “El año 1993 ha sido muy positivo desde el punto de vista del avance del proceso institucional del país; pero también ha sido un año de creciente inseguridad frente a la delincuencia y el crimen. Una vez concluida la guerra, *otras lacras*, de menor densidad histórica, aunque no por eso menos atentatorias contra los derechos fundamentales de las personas, se han ido enseñoreando de la realidad cotidiana de los salvadoreños”<sup>9</sup>, vemos claramente como hay una actitud despectiva que intenta volver equivalentes a la guerrilla con la delincuencia común o las pandillas del período posterior al llamar a éstas “*otras lacras*”, como si la violencia del período de postguerra fuera una prolongación exacta de la violencia del período anterior. Ciertamente, aunque la permanencia de condiciones estructurales desiguales en la década de los noventa –anuladas de la discusión pública por considerarse asuntos ideologizados y alejados del consenso al que tenía que acercarse la sociedad– prepararon el terreno para que brotaran fenómenos como las pandillas, no es acertado equiparar la violencia del pasado con la del presente, pues su naturaleza es totalmente distinta en cuanto a su accionar y sus motivaciones. Sin embargo, lo que las posturas neoliberales tratan de eludir, es, precisamente, las causas de la violencia y más bien resaltan que cualquier acto violento desestabilizador del orden es equiparable<sup>10</sup>. En esto coincide el discurso del ex-presidente Francisco Flores, quien en su informe de primer año de gobierno en 2000 destaca que “la vulnerabilidad más evidente de nuestra sociedad, en términos de seguridad, *es una*

---

<sup>9</sup> Editorial. 1993. “Bajo el signo de la inseguridad”. En *La Prensa Gráfica*, Jueves 30 de diciembre, p. 7, énfasis nuestro.

<sup>10</sup> Nuestra postura no es una opción por una apología de la violencia, especialmente cuando es ejercida por grupos insurrectos. Más bien creemos que es necesario ver la especificidad de cada práctica violenta a fin de ponderar la ilegitimidad o legitimidad de la misma de acuerdo al contexto amplio en el cual se manifiesta, cuestión que es omitida desde las posturas neoliberales.

*tradición de comportamiento violento agravado por el pasado conflicto armado*<sup>11</sup>, es decir, según esta perspectiva la violencia de la postguerra sería un comportamiento heredado de la guerra misma sin cuestionar las condiciones políticas y sociales que las generaron.

Sin embargo, si consideramos que el pasado violento incidió en la configuración de un presente igualmente violento, pues históricamente en El Salvador ha habido ciclos de violencia motivados por problemas sociales irresueltos. Esta dinámica fue inaugurada con la Masacre de 1932 que hemos mencionado en el capítulo anterior, y dentro de ésta la violencia actual que enfrenta la sociedad salvadoreña desde los años noventa “forma parte de un prolongado ciclo en el cual la llamada ‘violencia delincencial’ es la más nueva particularidad de una forma de agresión social, cuyas expresiones anteriores más evidentes tuvieron por mucho tiempo un semblante social” (Cruz 1997, 978). Por consiguiente, la existencia de una cultura violenta en El Salvador se ve motivada por la persistencia de una estructura desigual casi inamovible, por lo cual es desatinado el tratar de explicar la violencia por la violencia como hacen las posturas neoliberales, lo que si hay que reconocer es que la guerra civil “contribuyó enormemente a que la violencia se institucionalizara en el sistema de valores y normas que rigen el comportamiento social” (Cruz 1997, 985), es decir que al darse los Acuerdos de Paz y la transición a la democracia “la violencia dejó de tener un sentido en el orden sociopolítico, y se reforzó el espacio para la misma en las relaciones interpersonales” (Cruz 1997, 985), lo que hizo que su vivencia se trasladará al ámbito cotidiano en las comunidades que es donde tuvo lugar la formación de pandillas.

Dicho lo anterior, no es extraño que frente a la cultura de la violencia que históricamente se configuró en el país la población optará por el encierro como medida de seguridad. No obstante, esto también se convierte en un elemento problemático ya que tiende a reproducir actitudes violentas y miedo al crecer en un ambiente en donde la excepción y el terror se convierten en lo normal. Como señala Escobar, al estudiar la primera generación de jóvenes pandilleros en El Salvador:

[...] la cohorte de esos muchachos es la cohorte del enclaustramiento por el estado de sitio, el toque de queda, la ley marcial, las ofensivas, las contraofensivas, y las medidas de seguridad que las familias tomaban para garantizar la vida en la situación de peligro (Escobar 1996, 345).

---

<sup>11</sup> Francisco, Flores. 2000. “Presidente de la República de El Salvador: Informe del primer año de gobierno leído en la Asamblea Legislativa el 1 de junio de 2000”. En *Estudios Centroamericanos*, No. 619-620 (LV), Mayo-Junio, p. 662, énfasis nuestro.

Esto nos lleva a abordar el tercer factor que incidió en el surgimiento de las pandillas y que tiene que ver con la ausencia de políticas preventivas. En primer lugar, hay que mencionar que posterior a la firma de los Acuerdos de Paz y a las recomendaciones brindadas a la sociedad salvadoreña en el Informe de la Comisión de la Verdad, no se hizo ningún esfuerzo por parte del Estado por restituir la justicia a las víctimas del conflicto armado –es decir– no hubo un trabajo sistemático por llevar a juicio a los autores, tanto intelectuales como materiales, de los crímenes de lesa humanidad, ni mucho menos se dieron intentos por tratar los efectos que a nivel psicológico había dejado el conflicto armado en la población. Contrario a ello, se firmó una ley de amnistía que hacía inaplicable la justicia en todos los delitos políticos cometidos durante el conflicto armado<sup>12</sup>. En ese sentido, no es extraño que los esfuerzos gubernamentales de la postguerra apostaran más a la liberalización de la economía y dejaran de lado todo lo relacionado con la política social, especialmente la prevención de la violencia en el interior de las comunidades más vulnerables. Si acaso existieron políticas públicas tendientes a controlar el crimen y la delincuencia éstas se llevaron a cabo desde una óptica represiva y no rehabilitadora ni preventiva<sup>13</sup>. Reafirmando lo anterior, coincidimos con Cruz cuando señala que:

[...] el Gobierno simplemente no hace nada, no elabora ninguna política porque sus esfuerzos están en otro lado, como la liberalización de la economía, la privatización de los recursos y la reducción del Estado. Es decir, lo que pasara en las calles no importaba. Eso explica mucho de lo que sucede con las pandillas, lo que hicieron en ese tiempo a solas y con mucho espacio, en un contexto con mucha marginación y violencia por parte de los agentes del Estado (Cruz 2013, 471).

En suma, vemos que el fenómeno de las pandillas es extremadamente complejo y que difícilmente podemos circunscribir a una única causa, pero subyace a todos los factores que

---

<sup>12</sup> Cuyo principal designio era “[...] crear confianza en toda la sociedad, con el fin de alcanzar la reconciliación y reunificación de la familia salvadoreña, mediante la adopción de disposiciones legales de ejecución inmediata [...] Para ello, se concede amnistía amplia, absoluta e incondicional a favor de todas las personas que en cualquier forma hayan participado en la comisión de delitos políticos” Cfr. Asamblea Legislativa de la República de El Salvador. 1993. *Ley de Amnistía*. Disponible en: <http://www.asamblea.gob.sv/eparlamento/indice-legislativo/buscador-de-documentos-legislativos/ley-de-amnistia-general-para-la-consolidacion-de-la-paz>

<sup>13</sup> Un ejemplo de ello fue la “Ley transitoria de emergencia contra la delincuencia y el crimen organizado”, promulgada en el año de 1996 por el gobierno de Armando Calderón Sol.

hemos examinado la perenne desigualdad estructural irresuelta y padecida por gran parte de la sociedad<sup>14</sup>.

Con lo dicho hasta el momento, ¿podemos entender las pandillas como una expresión subterránea del conflicto al interior del orden social? Plantear esta cuestión es importante, en la medida en que la hegemonía neoliberal, a través del discurso del consenso y de la postpolítica, niega la legitimidad de abordar la pobreza como un problema de desigualdad estructural y lo lleva al plano de las ‘preferencias ideológicas’, que precisamente, según este pensamiento, deben erradicarse de la forma de gobernar y ser reemplazadas por criterios técnicos y neutrales. No obstante, pese a que estos discursos hegemónicos intentan producir un cierre pleno de la forma en que se constituye el orden social mediante el destierro del conflicto que genera la desigualdad, su intento es fallido. Pues esto sólo sería posible si “la comunidad concebida como totalidad y la voluntad que expresa esa totalidad se vuelven indistinguibles una de otra” (Laclau 2009, 69). En ese sentido, la existencia de las pandillas muestra lo contrario, pues es la manifestación de ese conflicto latente. De ahí que, la prolongada negativa a aceptar la desigualdad social como un conflicto objetivo y legítimo que debe ser tratado con urgencia, únicamente profundiza la vorágine de violencia que padecen los salvadoreños, especialmente los más pauperizados.

Con todo y lo anterior, es necesario comprender las implicaciones que tiene el neoliberalismo en la forma de ver la desigualdad y la violencia que él mismo genera, las cuales están ancladas en ideas profundamente anticomunistas y ultraliberales que abogan por el individualismo extremo. Es decir que, desde el discurso neoliberal la pobreza y la delincuencia sólo pueden ser explicables en última instancia por las acciones de cada individuo, las cuales son totalmente independientes de condicionantes sociales. Para este discurso, es totalmente válido el afirmar que “un sistema judicial no tiene que preocuparse por las razones que impulsan a alguien a cometer un delito” (Wacquant 2004, 50), así, lo que queremos subrayar es que el neoliberalismo no sólo produce desigualdad sino también la

---

<sup>14</sup> Puesto que no es el objeto de esta investigación, no hemos profundizado en las motivaciones personales que tuvieron los jóvenes que se incorporaron a estos grupos delictivos. No obstante, debemos mencionar que los estudios sobre violencia y pandillas de los años noventa enfatizan la falta de afecto dentro de la familia como un elemento definitorio al momento de ingresar en una *mara*. Si la lectora o lector está interesado en profundizar en esta cuestión puede ver el estudio del Instituto Universitario de Opinión Pública titulado “Solidaridad y violencia. Los jóvenes pandilleros en el gran San Salvador”, en donde se analiza una encuesta aplicada a pandilleros activos en el año de 1997 explorando sus motivaciones y su percepción de las pandillas al interior. Cfr. Instituto de Opinión Pública. 1997. “Solidaridad y violencia. Los jóvenes pandilleros en el gran San Salvador”. En *Estudios Centroamericanos*, No. 585-586 (LII), Julio-Agosto, pp. 695-710.

invisibiliza. La desarticulación del tejido social que experimentó la sociedad salvadoreña en la década de los noventa, fue en parte un rezago de los años anteriores, pero también se vio potenciado por la sistemática aplicación de políticas neoliberales. Problemas como el desempleo, el hacinamiento, la insatisfacción de necesidades básicas ya tenían un carácter crónico, a lo que hay que sumar, la frustración que esto producía en la población, por lo cual no es extraño que en El Salvador de postguerra se diera la conjunción perfecta de elementos para reproducir la violencia. ¿Pero que eran las pandillas juveniles hasta ese momento? Básicamente eran jóvenes que crecieron durante el conflicto armado en contextos marcados por la pobreza, la violencia de género-intrafamiliar y la falta de afecto. Sus mayores delitos pasaban por el tráfico de drogas al menor, la disputa con pandillas rivales, los enfrentamientos públicos con piedras y granadas artesanales, y aunque esto es un tipo de violencia grave, aún no existía el nivel de organización y de saña con que estos grupos delinquen hoy en día. En ese sentido, no deja de ser problemático el llamado al consenso al que apela el discurso neoliberal, que lejos de incorporar las necesidades e intereses de los sectores populares como parte de su agenda para tratar de evitar la reproducción de las condiciones que generan la violencia; más bien busca generar acuerdos absolutos en lo referente a la libertad económica individual que sólo pueden ejercer unos pocos<sup>15</sup>.

## **2. Mano dura y Súper mano dura: la política punitiva del neoliberalismo**

En la sección anterior hemos visto a grandes rasgos la gestación del fenómeno de las pandillas, en este acápite nos corresponde abordar las políticas con las que los gobiernos neoliberales se acercaron a esta problemática, las cuales tuvieron una naturaleza eminentemente represiva. Específicamente nos referimos al plan ‘Mano Dura’ implementado por el gobierno del ex-presidente Francisco Flores en el año 2003 y al plan ‘Súper Mano Dura’ llevado a cabo por el último gobierno de derecha, del ex-presidente Antonio Saca en 2004. La implementación de estas políticas tuvieron repercusiones graves que cambiaron por completo la cualidad y la magnitud del problema de las pandillas, principalmente porque crearon un enemigo social y, como consecuencia de ello, fortalecieron la estructura organizativa de las mismas llevándolas a otro nivel de criminalidad. Hay que mencionar que anterior a estos planes, la política de seguridad era *cuasi* inexistente, pues había escasos esfuerzos y estaban centrados en un tratamiento represivo al problema, como señala Ranum:

---

<sup>15</sup> Como bien señala un editorialista al respecto: “La tentación aquí es reducir la unidad nacional a un discurso que buscaría legitimar a quienes dominan y gobiernan a la sociedad”. Cfr. Editorial. 2009. “El gobierno de unidad nacional deseable”. En *Estudios Centroamericanos*, No. 719 (64), Enero-Marzo, pp. 8-9.

A pesar de los altos índices de crimen y violencia en la época de posguerra, las autoridades salvadoreñas no han adoptado o implementado una política integral para enfrentar el problema. De hecho, las primeras administraciones no dieron mucha atención al tema. Fue hasta que el entonces presidente Francisco Flores presentó la iniciativa del primer Plan Mano Dura, en 2003, que el fenómeno de la violencia llegó a ocupar un lugar prioritario en la agenda gubernamental. Con este plan el gobierno buscó crear una ley que regulara los delitos cometidos por las pandillas y se inauguró una serie de estrategias de mano dura y de leyes *antimaras* para combatir el fenómeno. Antes y después de la mano dura, las respuestas gubernamentales han sido principalmente de tipo represivo, y dirigidas hacia la aprobación de nuevas leyes, la creación de nuevos delitos y el endurecimiento de las penas. De esta manera, el fenómeno de la violencia ha sido presentado como un problema legal, y no como un problema social cuyas soluciones se deben buscar en las raíces del fenómeno (Ranum 2007, 362).

En síntesis, el modo en que los gobiernos neoliberales abordaron el problema de la delincuencia pandilleril fue respondiendo con más violencia, obviando por completo sus causas profundas. Sus argumentos para echar andar una política de este tipo se sustentaban en la consideración de que las leyes penales existentes eran muy blandas, como arguye el ex-presidente Flores en su discurso de presentación del plan:

Esta operación, que se llama ‘Mano Dura’, busca la desarticulación de las pandillas y la encarcelación de sus miembros. Estoy consciente que esto no será suficiente para erradicar las maras. Sin embargo, estoy convencido que esta actitud pasiva, protectora de los delincuentes, que ha generado una serie de leyes que no protegen a los ciudadanos, debe terminar<sup>16</sup>.

Sin embargo, pese a la ineficacia de la política previa, el gobierno del ex-presidente Saca da continuidad a esta medida como política de Estado, pues en su discurso de toma de posesión del cargo de presidente anuncia que profundizará la política de mano dura, en sus palabras:

Estoy convencido de que la calidad de vida de la familia salvadoreña mejorará sustancialmente cuando logremos romper la espiral de la violencia, en todas sus manifestaciones. Problemas

---

<sup>16</sup> Francisco, Flores. 2003. “Mensaje presidencial en cadena nacional de radio y televisión sobre el Plan Mano Dura, el 23 de julio de 2003: Operación ‘Mano Dura’, mensajes presidenciales y anteproyecto de ley antimaras propuesto por el presidente de la república de El Salvador, Francisco Flores”. En *Estudios Centroamericanos*. Sección Documentación. No. 657-658 (LVIII), Julio-Agosto, p. 833.

como el crimen organizado y la delincuencia de las maras deben ser extirpadas de nuestra sociedad [...] Aplicaremos Súper Mano Dura para llevar a los delincuentes ante la ley<sup>17</sup>.

Lo que está de fondo en esta cuestión es la generalización a nivel mundial de un tratamiento represivo que es coherente con la doctrina neoliberal, en cuyo diseño estuvieron involucrados los principales *think tanks* estadounidenses. Como refiere Wacquant:

[...] el papel eminente que toca a los *think tanks* neoconservadores en la constitución y la internacionalización de la nueva *doxa* punitiva pone de relieve los lazos orgánicos, tanto ideológicos como prácticos, entre el debilitamiento y retroceso del sector social del Estado y el despliegue de su brazo penal (Wacquant 2004, 25)<sup>18</sup>.

De ahí que sea comprensible la ausencia de políticas enfocadas en prevenir el crimen pues éstas necesariamente tendrían un cariz social, en el sentido de promover como mínimo la mayor inversión del Estado en educación, salud y en espacios de divertimento. Pero más allá de esto, la implicación más importante de estas políticas en un plano político fue la creación, en base al terror<sup>19</sup>, de un enemigo de la sociedad. Como señala Aguilar:

[...] durante este período, el Estado convirtió a los pandilleros en los emblemas de la violencia, en las principales amenazas a la seguridad, y focalizó la política de seguridad en función de su persecución selectiva [a lo que los mismos respondieron] asumiendo el rol que el Estado y la sociedad les otorgó (Aguilar 2012, 481-482).

Esto se desarrolló mediante “la vieja estrategia de demonizar a quienes ahora están en el punto de mira de la coerción estatal” (González 2003, 785), pero con la ironía de que

---

<sup>17</sup> Elías Antonio, Saca. 2004. “Documento especial: Discurso de la toma de posesión del presidente de la República, Elías Antonio Saca”. En *Estudios Centroamericanos*. Sección Documentación. No. 668 (LIX), Junio, p. 662.

<sup>18</sup> Para profundizar más en este interesante análisis sobre el vínculo entre el neoliberalismo y las políticas punitivas véase Wacquant 2004, especialmente el capítulo titulado “Cómo llega a los europeos la ‘sensatez’ penal”.

<sup>19</sup> Por ejemplo, Francisco Flores en el discurso que anunciaba las medidas de mano dura a implementar decía: “Las bandas criminales han descendido a peligrosos niveles de degradación moral y barbarie. *Todos hemos conocido de decapitaciones, mutilaciones, actos satánicos y descuartizamientos cometidos contra menores, ancianos y mujeres indefensas*. Es hora de liberarnos de este flagelo”, aunque no se puede negar que en ese momento las pandillas cometieron crímenes que conmocionaron a la población hay que señalar que en el discurso de Flores es clara la exageración y tergiversación de los hechos. Cfr. Francisco, Flores. 2003. “Mensaje presidencial en cadena nacional de radio y televisión sobre el Plan Mano Dura, el 23 de julio de 2003: Operación ‘Mano Dura’, mensajes presidenciales y anteproyecto de ley antimaras propuesto por el presidente de la república de El Salvador, Francisco Flores”. En *Estudios Centroamericanos*. Sección Documentación. No. 657-658 (LVIII), Julio-Agosto, p. 833.

sistemáticamente fueron un segmento de la población que estuvo desatendido. De esta forma, las pandillas brindaron un campo fértil a los gobiernos neoliberales para construir un opuesto al buen ciudadano, caracterizado por ser emprendedor, honrado y trabajador. Como ejemplo de ello, el ex-presidente Saca al presentar su política de seguridad de ‘Súper Mano Dura’ se calificaba a sí mismo de esa manera:

En ese ejercicio de escuchar a los salvadoreños de todos los niveles y condiciones, uno de los clamores más sentidos es la seguridad ciudadana. Como *hombre de trabajo y de familia*, me he unido a ese clamor desde hace mucho tiempo. Hoy cuento con las herramientas gubernamentales para trabajar en serio y a fondo por la seguridad<sup>20</sup>.

En ese sentido, es patente que “la estrategia consistió en producir una alarma por la seguridad, que posicionara a las pandillas como la principal amenaza, para lo cual se diseñó una ofensiva mediática dirigida a construir ‘el enemigo’ de la población honrada y trabajadora” (Aguilar 2013, 465). De aquí que la criminalización extrema de las pandillas fuera funcional al mantenimiento de la hegemonía neoliberal, en la medida que promovían la libertad para algunos y la persecución para otros, segregando aún más los espacios sociales marcados por la clase. De este modo, El Salvador se perfiló como una sociedad libre “[...] 'libre', es decir, liberal y no intervencionista 'por arriba', en especial en materia de control fiscal y empleo, [pero] *invasiva e intolerante 'por abajo'*, en todo lo que se refiere a los comportamientos públicos de los miembros de las clases populares” (Wacquant 2004, 50-51, énfasis nuestro).

Estas circunstancias fueron aprovechadas por el discurso del consenso para acusar a quienes no apoyaran estas medidas como aliados del crimen, surgiendo de este modo una lectura reduccionista que definía a los buenos ciudadanos como los que apoyaban plenamente la política gubernamental. El discurso de Flores al anunciar las medidas punitivas no puede ser más claro al respecto: “En algún momento tenemos que trazar la línea de *los que creemos en la seguridad de los ciudadanos y lo que favorecen con argumentos de todo tipo a los delincuentes*. Este es el momento”<sup>21</sup>. A nuestro modo de ver, estas afirmaciones ponen en

---

<sup>20</sup> Elías Antonio, Saca. 2004. “Documento especial: Discurso de la toma de posesión del presidente de la República, Elías Antonio Saca”. En *Estudios Centroamericanos*. Sección Documentación. No. 668 (LIX), Junio, p. 662, énfasis nuestro.

<sup>21</sup> Francisco, Flores. 2003. “Mensaje presidencial en cadena nacional de radio y televisión sobre el Plan Mano Dura, el 23 de julio de 2003: Operación ‘Mano Dura’, mensajes presidenciales y anteproyecto de ley antimaras propuesto por el presidente de la república de El Salvador, Francisco Flores”. En *Estudios Centroamericanos*. Sección Documentación. No. 657-658 (LVIII), Julio-Agosto, p. 833, énfasis nuestro.

cuestión el carácter democrático del que se anunciaban como portadores los gobiernos neoliberales de esa época; pues nada más lejos de la práctica democrática que el negar la legitimidad de posturas abocadas a medidas preventivas y rehabilitadoras para tratar la delincuencia. Por otra parte, es paradójico que este discurso del consenso que llama a la unidad nacional en nombre de la lucha contra la delincuencia, lo que hace es precisamente dividir a la sociedad entre ciudadanos honrados y delincuentes; excluyendo aún más que antes a los jóvenes de los estratos más bajos de la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida.

La consecuencia inmediata de estas políticas fue irónicamente la exacerbación del crimen, pues como se mencionó anteriormente, las pandillas efectivamente asumieron el papel de enemigos de la sociedad. Justo en esa época, posterior a la implementación de las medidas de mano dura, proliferaron delitos de nuevo tipo como las extorsiones a la micro y pequeña empresa; que consisten básicamente en la exigencia de una alta suma de dinero en concepto de ‘renta’ por operar un negocio en territorio dominado por una u otra pandilla a cambio de respetar la vida del dueño o dueña y de su familia. Esta conversión de las pandillas en agrupaciones de crimen organizado fue posible gracias a la represión de la mano dura, pues estas políticas al consistir en la captura masiva de integrantes de maras proporcionaron un espacio adecuado para que pandilleros de distintos puntos del país pudieran articularse en una sola estructura<sup>22</sup>. De más está mencionar que esto generó mayor zozobra de la población en la vida cotidiana, al tiempo que hubo un mayor resquebrajamiento del tejido social debido a la intensificación de la violencia.

### **3. Criminalidad y violencia: frenos a la libre empresa y el llamado a la ‘unidad nacional’**

Planteado ya el panorama que se configuró posterior a las medidas de mano dura, ahora queremos indagar en la forma en que esto repercutió en el momento posterior, cuando la izquierda –representada en el partido político FMLN– obtiene la presidencia. Hemos dicho ya que hubo un considerable incremento de los delitos, sobre todo de nuevo tipo como las extorsiones, mientras que los asesinatos tuvieron un aumento no sólo en cantidad, sino también en la crueldad con la que se cometían. Este gris escenario, era favorecido además por

---

<sup>22</sup> Como señala Cruz “lo que sucedió fue que el Gobierno facilitó, sin quererlo, el fortalecimiento de las pandillas. En dos años, metieron en la cárcel alrededor de 50,000 jóvenes, muchos fueron arrestados más de una vez. Ponen a muchos pandilleros en las cárceles y, de repente, las cárceles están llenas de pandilleros de Santa Ana, otros de San Miguel, otros de Chalatenango, que comparten la misma identidad de pandillero, pero que nunca o apenas se habían encontrado. Entonces, en las cárceles tienen todo el tiempo para hablar, conocerse, negociar, y ahí es donde empiezan a establecer las estructuras de orden nacional, donde se empiezan a hacer liderazgos nacionales y donde empiezan a conectar con recursos de otro tipo, como el crimen organizado” (Cruz 2013, 471).

el mayor control territorial que las pandillas pudieron desplegar en sus comunidades. Frente a esto, la política del nuevo gobierno apostó en un primer momento por promover la prevención y la rehabilitación<sup>23</sup>, pero pronto estas intenciones se vieron frustradas ya que las pandillas agudizaron aún más la atrocidad de sus actos<sup>24</sup>. En ese contexto, el gobierno del ex-presidente Mauricio Funes tuvo actitudes vacilantes en el abordaje de la delincuencia, las cuales iban desde las medidas represivas que implicaban sacar al ejército a las calles a realizar tareas de seguridad hasta negociaciones poco lícitas con los líderes de pandillas a fin de que disminuyeran los homicidios, lo que se dio en llamar ‘tregua’. La gravedad de la situación se vio instrumentalizada por parte de la derecha aglutinada en el partido Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), el tanque de pensamiento Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES) y la gremial Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP). El conjunto de estas instituciones insistían en la ineficacia con la que el nuevo gobierno abordaba el problema de la violencia, invisibilizando el largo proceso en el que las pandillas habían mutado a agrupaciones de crimen organizado y en el cual los gobiernos de derecha tuvieron una gran responsabilidad.

Concretamente, el mayor descontento que el conjunto de la derecha expresaba era en lo referente al desmejoramiento de las inversiones –o clima de negocios como le suelen llamar– a causa de la agudización de las extorsiones. Sin negar la gravedad del asunto, el énfasis puesto por parte de la ANEP y FUSADES en la inseguridad como factor desmotivador de la inversión privada dejaba entrever el interés que había por descalificar al gobierno en turno, y al mismo tiempo por crear la sensación de que se estaba viviendo un escenario en el que se estaba limitando la libertad económica individual. En los informes de coyuntura de FUSADES se destaca esta cuestión, en uno de ellos se afirma que “aproximadamente una de cada cuatro empresas fueron víctimas de la delincuencia durante el segundo y tercer trimestre de 2010; además, en ese mismo período, los empresarios encuestados consideran que la delincuencia fue el principal factor que incidió negativamente en sus actividades y en el clima de

---

<sup>23</sup> Cfr. David, Marroquín. 2016. “Los 7 planes de seguridad que fracasaron en combatir las pandillas”. En *elsalvador.com*, 17 de marzo, disponible en: <http://www.elsalvador.com/articulo/sucesos/los-planes-seguridad-que-fracasaron-combatir-las-pandillas-105057>

<sup>24</sup> El caso que más impactó tuvo en ese período fue la quema de un microbús del transporte colectivo en el cual murieron calcinadas 13 personas, en el municipio de Mejicanos, departamento de San Salvador, en el año 2010. El hecho se atribuyó a la disputa entre pandillas. Cfr. Diego Murcia. 2010. “15 pasajeros muertos en ataque a microbús en Mejicanos”. En *elfaro* periódico digital, 21 de junio, en: <http://www.elfaro.net/es/201006/noticias/1967/15-pasajeros-muertos-en-ataque-a-microbuses-en-Mejicanos.htm>

inversión”<sup>25</sup>. A lo que lleva este tipo de argumentaciones es a explicar la crisis del país como consecuencia de la ineficacia del gobierno de izquierda por combatir la violencia, aun cuando éste utilizó políticas represivas del mismo tipo que los gobiernos neoliberales. Desde el discurso de la derecha neoliberal, el crimen organizado y la violencia pandilleril restringen la libertad económica, es decir, bloquean la inversión privada de los grandes empresarios y de las corporaciones transnacionales inhibiendo un ‘clima de negocios’ adecuado, que perjudica el crecimiento económico y por consiguiente el ‘desarrollo’ del país. En otro informe de FUSADES se da cuenta de esto:

Para generar empleo se requiere que la economía crezca y, como se discutió anteriormente, para crecer se requiere inversión. Sin embargo, la percepción negativa sobre el clima de inversión persiste ya por más de tres años, lo que indica que se está ante una situación que ha dejado de ser coyuntural. Tal como se ha señalado en los informes anteriores, los factores que más desincentivan la inversión continúan siendo la situación delincinencial que atraviesa el país, así como la incertidumbre, tanto económica como política. La delincuencia también es considerada como un obstáculo muy grave para la operación y crecimiento de las empresas<sup>26</sup>.

De ahí que, el discurso neoliberal argumente la falla del órgano ejecutivo por garantizar sus derechos económicos e individuales, lo que ineludiblemente perjudica el bienestar de la sociedad, según su discurso. Estamos aquí ante el individualismo posesivo del que nos habla Macpherson, que considera al individuo como “propietario de su propia persona o de sus capacidades sin que deba nada a la sociedad por ellas” (Macpherson 2005, 15), por el contrario es la sociedad la que se encuentra en deuda con él pues por el mismo hecho de ser propietario se supone que su inversión privada genera empleos y beneficios para el país<sup>27</sup>. Por ello es que la protección de la propiedad privada se vuelve –desde esta perspectiva– la tarea principal que todo Estado liberal debe cumplir.

---

<sup>25</sup> Información extraída según las Encuestas de Dinámica Empresarial de FUSADES. Cfr. FUSADES. 2010. “Seguridad ciudadana: condición necesaria para el desarrollo”, en *Informe Trimestral de Coyuntura*, noviembre, p. 25.

<sup>26</sup> FUSADES. 2011. “Resumen Ejecutivo”. En *Informe Trimestral de Coyuntura*, enero-marzo, p. iii.

<sup>27</sup> Este *éthos* liberal, muy presente en la sociedad salvadoreña, considera que el individuo “es libre en la medida en que es propietario de su propia persona y de sus capacidades. Lo esencial del ser humano es la libertad de la dependencia de las voluntades ajenas, y la libertad es función de lo se posee. La sociedad se convierte en un hato de individuos libres e iguales relacionados entre sí como propietarios de sus propias capacidades y de lo que han adquirido mediante su ejercicio. *La sociedad está hecha de relaciones de intercambio entre propietarios. La sociedad política se convierte en un artificio diseñado para la protección de esta propiedad y para el mantenimiento de una relación de cambio debidamente ordenada*” (Macpherson 2005, 15, énfasis nuestro).

En ese sentido, el llamado al consenso y a la unidad nacional busca en este nuevo contexto garantizar la continuidad de las medidas neoliberales en función total del respeto y garantía de la propiedad privada. A nuestro modo de ver, tomando en cuenta lo anterior, el discurso del consenso ha experimentado una serie de mutaciones en cada momento histórico que le han permitido ajustarse a cada contexto y ser efectivo en el mantenimiento de la hegemonía neoliberal. En el periodo inmediato a la finalización de la guerra civil durante los años noventa, éste apelaba a la aceptación plena por parte de todos los sectores de la sociedad – especialmente la izquierda– de la agenda neoliberal, como camino único y correcto a seguir para modernizar el país. En el segundo período, que corresponde a la implementación de las políticas represivas contra las pandillas, el consenso alude a la necesidad de unidad de los ciudadanos ‘de bien’ frente a un enemigo común encarnado en las *maras*. En el último período, que se prolonga hasta el presente, encontramos la victimización de los empresarios a partir de la agudización de la violencia y de las extorsiones, en virtud de ello es que el discurso del consenso recurre a la unidad en defensa de la propiedad. En los tres momentos vemos como constante la naturalización de la desigualdad y la absolutización de los preceptos neoliberales, bajo la premisa de una sociedad armónica y unida. De esta forma, se obnubila sistemáticamente la posibilidad de abordar legítimamente el conflicto producido a partir de la desigualdad social irresuelta, que al estar tan enraizada en la historia de El Salvador ha dado lugar a que violencia física, de género y estructural, junto con la precariedad sean condiciones habituales y hasta cierto punto aceptable dentro de la sociedad salvadoreña.

## Capítulo 4

### **La sedimentación del consenso: naturalización de la postpolítica y la unilateralidad del trato punitivo al crimen**

En este último capítulo nos proponemos reflexionar sobre las implicaciones que el discurso del consenso ha tenido en la sociedad salvadoreña, especialmente nos interesa indagar en las consecuencias despolitizadoras que han dado lugar a un escenario de relativa inalterancia del orden social. Aunado a ello, queremos subrayar el papel que ha tenido la violencia ejercida por las pandillas en la agudización y mutación de dicho discurso; pues aunque el discurso del consenso viene siendo enunciado desde el período de finalización del conflicto armado es a lo largo de la transición a la democracia donde encuentra nuevos nichos que llenar. En ese sentido, se podría decir de algún modo, que el discurso consensual de la finalización de la guerra y de los Acuerdos de Paz es postpolítico en su sentido más puro pues lo que busca es despojar al ámbito de la política de su ‘lastre ideológico pasado’. Sin embargo, a lo largo de los años noventa y de la primera década del siglo XXI, éste recobra otros sentidos –que sin dejar de ser postpolíticos– agregan otras variantes que le proporcionan su propia especificidad para el caso salvadoreño, como lo son las pandillas, que desde la lógica neoliberal escinden a la sociedad entre los ciudadanos honrados y los delincuentes.

En concordancia con lo anterior, en el primer acápite nos ocuparemos de reflexionar sobre la sistematicidad con que la hegemonía neoliberal en El Salvador ha abogado por el consenso como mecanismo ideal para la dinámica política. Es decir, de qué manera el consenso se volvió el dispositivo predilecto para el manejo de los asuntos públicos en un contexto signado por el desvanecimiento de los referentes ideológicos. Y cómo a su vez, éste propició la consolidación de la hegemonía neoliberal en la medida en que el ideal de unidad nacional, de concertación y acuerdos armoniosos se erigió como horizonte hacia el cual la práctica política tenía que aspirar, lo que fue asumido –en mayor y menor medida– por el amplio espectro político. De ahí que nos interesa visibilizar el consenso como una práctica coherente en sí misma con el clima postpolítico del presente.

En el segundo acápite nos interesa ligar la actitud consensual con la violencia pandilleril; pues lo que el discurso del consenso busca hacer expresamente en este caso es diferenciar a los sujetos ‘buenos’ de los ‘malos’, escatimando de este modo las causas subyacentes de la violencia y definiendo a los delincuentes como sujetos infractores, quienes por una voluntad

enteramente personal se convirtieron en tales. Dicho de otra manera, nuestra reflexión se enfocará en el modo en que las políticas neoliberales han abordado la violencia a partir de medidas meramente punitivas eludiendo las causas estructurales de la misma, para desde ahí resaltar cómo el discurso del consenso ha coadyuvado a que la violencia sea vista como una ‘anomalía’ dentro de la sociedad y no como un problema crónico de desigualdad. Haremos énfasis en una lectura que vincule el consenso y las políticas neoliberales contra el crimen como una prolongación de la postpolítica en el plano social, para así visibilizar en qué medida la violencia es también la expresión subterránea a la ausencia de conflictos políticos que procura el orden neoliberal.

En la última sección, queremos dejar planteada la necesidad de que los conflictos tengan canales de expresión en la sociedad, pues al no tenerlos emergen en formas perjudiciales como la violencia y el crimen frente a los cuales el neoliberalismo sólo ofrece una visión antagónica encaminada a eliminarlos. En ese sentido, queremos reflexionar sobre lo imperativo que es para la sociedad salvadoreña buscar modos de existencia del conflicto – como algo inherente a ella y no como un mal a erradicar–, para lo cual nos resultará útil la noción de agonística conflictual propuesta por Mouffe. Creemos que la expresión y canalización de los conflictos es algo completamente necesario para la política en El Salvador, pues en la medida en que éstos se invisibilizan se da al mismo tiempo una mayor consolidación del orden neoliberal; de manera que si se busca transformar la sociedad salvadoreña para que sea menos violenta y más igualitaria –en todos los sentidos– es necesario reconocer y dar cauce a la presencia constante e ineluctable del conflicto.

### **1. El consenso como política de la postpolítica**

Como hemos visto en los anteriores capítulos, el discurso del consenso ha sido un elemento clave en el desenvolvimiento de la política posterior a la finalización de la guerra civil en El Salvador. Consideramos que esto ha sido así por dos razones que nos remontan al período de 1989 a 1992, éstas son: 1) lo potable que era para el proyecto neoliberal el afianzar el consenso como forma ideal de *praxis* política y 2) el reciente fin del conflicto armado. Sobre la primera razón hay que decir que éste discurso proporcionaba al proyecto neoliberal en ciernes la capacidad de neutralizar los conflictos sociales –sobre todo los referentes a la desigualdad de clase– para dejarlos carentes de sentidos contrahegemónicos. Es por ello que, para el proyecto neoliberal se volvió vital alimentar el discurso del consenso como ideal de resolución de las diferencias políticas y, al mismo tiempo, definir cuáles diferencias podrían

ser aceptadas dentro de su espacio de deliberación; pues la aceptación de la legitimidad de cualquier conflicto relativo a las desigualdades sociales pondría en entredicho la armonía que el consenso pretendía instaurar. En cuanto a la segunda razón, la memoria de la recién pasada guerra civil proporcionó la oportunidad de dar a la sociedad una lectura de ese acontecimiento como un momento de reconciliación y unidad nacional, éstos últimos serían los valores básicos a construir de cara a la nueva etapa que se avecinaba. Llegados a este punto vemos la complementariedad de las dos razones expuestas, pues el tratar de hacer de la sociedad salvadoreña un cuerpo armonioso y reconciliado, pasaba por eludir el descontento y la necesidad de cambios estructurales que el orden social entrañaba. De hecho, la expresión de conflictos de tono popular sería vista desde el discurso del consenso como “un fenómeno arcaico, a ser eliminado por el progreso del intercambio y el establecimiento, mediante un contrato social, de una comunicación transparente entre participantes racionales” (Mouffe 2007, 10).

Con lo dicho, hay que entender el discurso del consenso como el producto de relaciones de poder, es decir, que como el intento por preservar cierto orden social que podría ponerse en cuestión al emerger los conflictos. Paradójicamente aunque el consenso aboga por la neutralidad ideológica como valor fundamental para llegar a acuerdos, en su misma práctica discursiva se dan una serie de exclusiones que identifican como ideológicos a otros discursos que amenazan su estabilidad y no a él mismo. Esto opera así, debido a que el discurso del consenso da por sentado el orden neoliberal al cual responde. Desde esa perspectiva, si éste es el único orden posible no hay forma en que otras alternativas sean viables y deseables, por lo que abogar por la permanencia de la hegemonía neoliberal es desde luego algo neutral. En consecuencia, la reproducción constante de éste discurso trata de mostrar que la anulación del conflicto debe potenciarse como un rasgo sano en el desenvolvimiento de la política, con lo que intenta producir un cierre total en la estructura procurando de este modo sedimentar los sentidos que este discurso entraña. Dicho de otra manera, la sedimentación del consenso “tiende a producir un 'olvido de los orígenes'; el sistema de posibilidades alternativas tiende a desvanecerse y las huellas de la contingencia originaria a borrarse. De este modo lo instituido tiende a asumir la forma de una mera presencia objetiva” (Laclau 1993, 51).

El proceso de sedimentación de este discurso, según lo visto en los capítulos anteriores, comenzó con la firma de los Acuerdos de Paz en 1992, momento en el que se potenció un discurso *cuasi* romántico de reconciliación por sobre un discurso que favoreciera la

consecución de reformas profundas, no sólo en el plano social sino también en el plano económico. Luego en la transición a la democracia el discurso del consenso apelaba a que los distintos partidos políticos, específicamente la izquierda, se alinearan sin ningún cuestionamiento a las medidas que los gobiernos neoliberales de ARENA emprendieran. A manera de ejemplo, en un editorial a propósito del discurso del segundo año de gobierno de Antonio Saca en el año 2006 se argüía:

La construcción de una verdadera unidad nacional pasa por el reconocimiento de aquello que mantiene dividida a la nación. Sin embargo, el presidente Saca, a lo largo de su prolongada intervención, no se refirió a estas divisiones, excepto a aquella que enfrenta a ARENA y al FMLN, partido al cual se dirigió de forma particular. Sin abordar estas divisiones y sin proponer mecanismos para superarlas, el llamado a la unidad se vuelve vacío y se convierte en una consigna más<sup>1</sup>.

Después, con la agudización del fenómeno de las pandillas y la violencia producida por éstas el discurso del consenso mutó y pasó a segregar a los buenos ciudadanos de los malos. En ese sentido, consideramos que es importante visibilizar que el discurso del consenso ha logrado sedimentar sus sentidos gracias a la capacidad que ha tenido para capitalizar cada coyuntura política en favor de un fin superior, como es la unidad social a la cual llama. Sin embargo, esto no es un proceso limpio e incontaminado, pues el afán de unidad esconde detrás de sí las fracturas de una sociedad profundamente desigual. En este punto conviene traer a cuenta que la sedimentación es también un acto de ocultamiento, pues la presencia objetiva que permite la sedimentación “se funda en la exclusión, [por lo que] las huellas de esta exclusión estarán siempre presentes de un modo u otro” (Laclau 1993, 51). Es decir que el esfuerzo desmesurado del discurso del consenso por erigir la no confrontación como la máxima política no logra hacer desaparecer la pobreza, la marginalidad y la discriminación como fisuras determinantes en la sociedad, y aunque éstas son excluidas de la agenda consensual recobran forma en expresiones no políticas como lo son por ejemplo las pandillas.

En síntesis, la consolidación de la hegemonía neoliberal en el país centroamericano ha sido favorecida en gran medida por la sedimentación del discurso del consenso. Pues por un lado, las políticas privatizadoras y de tercerización llevadas a cabo por los gobiernos de ARENA

---

<sup>1</sup> Editorial. 2006. “Dos países en uno: el desafío real de la unidad nacional”. En *Estudios Centroamericanos*, No. 691-692 (61), Mayo-Junio, p. 506.

profundizaron las desigualdades existentes entre la población, ampliando aún más los estratos bajos. Pero por el otro, el recrudescimiento de las condiciones de vida de los sectores populares no se tradujo –necesariamente– en un proyecto político contrahegemónico que tuviera la fuerza y coherencia suficiente como para desnaturalizar dicho discurso. La gran aceptación del consenso entre amplios sectores de la sociedad salvadoreña tiene que ver la memoria marcada por un pasado traumático, en donde la violencia jugó un papel crucial. Asimismo, la embestida neoliberal no se restringió únicamente a la aplicación de políticas económicas, también procuró enraizar en la población la idea que de la historia había llegado a su fin, por lo cual no tenía sentido leer el mundo actual con las categorías del pasado partisano. Con todo y lo anterior, el consenso vino a ser una estrategia coherente con el clima postpolítico de la época. De este modo, la política fue reducida al mejoramiento de lo existente, mientras que las posibilidades de transformación a fondo fueron desdeñadas<sup>2</sup>.

## **2. Desestimación de la desigualdad y trato punitivo al crimen**

En esta sección nos proponemos reflexionar sobre el vínculo existente entre la violencia como expresión del conflicto soterrado y el discurso del consenso. Para ello, queremos comenzar apuntando que la judicialización de la violencia de las pandillas a la cual recurre el orden neoliberal como única forma efectiva de control del crimen, es posible debido a que el neoliberalismo lleva a cabo un doble movimiento, por un lado produce desigualdad y por el otro la invisibiliza. Como ya hemos mencionado en el capítulo anterior, en una sociedad neoliberal poco importan las condiciones sociales que influyen en la generación del crimen, las causas de éste siempre se ven reducidas a la mera voluntad de quienes lo ejercen. Es significativa la importancia que tiene esto, pues en el nuevo contexto postpolítico que sigue a la finalización de la guerra civil las respuestas dadas por los gobiernos neoliberales a las demandas de la población se reducirían a estrategias individualistas, como ejemplo de ello: la pobreza sería abordada mediante programas y proyectos de emprendedurismo<sup>3</sup>, con lo cual la función de la política del Estado sería dotar de herramientas a la población para que cada uno conozca y sepa aplicar las técnicas adecuadas para ‘emprender’ su negocio. Siendo así, la condición de pobre no estaría dada por condiciones estructurales sino más bien por falta de

---

<sup>2</sup> Para un análisis más profundo de esta cuestión véase Zizek 2008, 33.

<sup>3</sup> Como ejemplo de ello podemos citar el programa “El Salvador, Generando Riqueza desde la Base: Políticas y Estrategias para la Competitividad Sostenible de las MIPYMEs”, impulsado por el gobierno de Elías Antonio Saca en el quinquenio que comprende los años de 2004 a 2009. El objetivo de dicha política era: “consolidar la integración de las micro, pequeñas y medianas empresas al proceso de diversificación y crecimiento productivo que se desarrolla en el país, impulsado por las oportunidades productivas y comerciales –generadas por la estrategia de apertura comercial–, y aprovechada por los empresarios, a fin de estimular el crecimiento económico y el bienestar genera” (MINEC s/a, 124).

voluntad individual y de perseverancia. Del mismo modo, el delito sería tratado mediante políticas más fuertes e intolerantes porque se asume que son individuos desviados los que lo ejercen sin tener en consideración las carencias y el contexto de su conversión en delincuente. En ese sentido, lo que para la postpolítica serían acciones sujetas a la volición de cada cual, para una visión en donde lo político predomina se trataría más bien de conflictos generados por contextos de desigualdad. De ahí que consideramos problemático la primacía de visiones postpolíticas a las que nos lleva la hegemonía neoliberal, pues los problemas estructurales no son vistos como tales sino más bien se naturalizan como una presencia objetiva.

Sin embargo, las posturas postpolíticas no están restringidas únicamente a la derecha salvadoreña, también desde la izquierda ha habido un acercamiento a las mismas, pues al haber asumido el FMLN el órgano ejecutivo pocas son las diferencias entre su gestión gubernamental y las de ARENA. En el caso específico de las pandillas, como ya mencionamos en el capítulo 3, las políticas represivas se han mantenido de manera que la prevención y la rehabilitación son casi inexistentes. Es aquí donde se puede evidenciar la debilidad del proyecto contrahegemónico que el FMLN pudo haber llevado a cabo, pues rápidamente se asumió la manera con la que los neoliberales de derecha habían desarrollado sus políticas. Según nuestra consideración, el hecho de que el FMLN haya adoptado una forma similar de gobernar a la de sus antecesores, es decir, que haya dado continuidad a las políticas de mano dura y que haya desatendido la construcción de un proyecto político que además tratara de frenar –por lo menos en el mediano plazo– el problema de la violencia, dan cuenta de la consolidación de la hegemonía neoliberal. Pues aunque se debe reconocer que el FMLN se enfrentaba a un duro panorama al asumir el órgano ejecutivo, y, que sobre ello era difícil emprender medidas radicales, sí es cierto que las políticas ejecutadas o bien se abandonaron prematuramente o no estuvieron a la altura de la consecución de cambios más sustanciales. Con lo anterior queremos subrayar que si bien mucho de lo que pudo haber hecho el FMLN al asumir el gobierno estaba condicionado por las políticas neoliberales anteriores, también es necesario reconocer que el esfuerzo realizado por el gobierno de izquierda fue insuficiente para la construcción de un proyecto alternativo y por ende, para la reactivación política de la sociedad. En ese sentido, es pertinente traer a cuenta que el vínculo entre estructura y sujeto no implica una sujeción total de la primera por sobre el segundo, sino más bien supone reconocer el potencial emancipador que el sujeto entraña, pues aunque las estructura en sí misma es resistente al cambio la agencia del sujeto se da cuando éste logra

efectivamente decidir fuera de ella<sup>4</sup>. Dicho lo anterior, si consideramos al FMLN como un sujeto político que asume el órgano ejecutivo gozando de un gran apoyo popular es de resaltar que éste tuvo el margen –estrecho si se quiere– para construir un proyecto contrahegemónico al neoliberal que privilegiara el andar de políticas sociales redistributivas, lo cual pasaba por optar por un enfoque diferente y mucho más integral de combate al crimen. Abandonar prematuramente las posibilidades de concretar ese proyecto, ponen en evidencia la extrema fragilidad del FMLN como actor contrahegemónico, pues al optar por decisiones políticas coherentes con el modelo neoliberal anticipaba la nulidad del proyecto de cambio, más bien lo que se ponía de manifiesto era la adscripción del FMLN a la reproducción del orden existente.

No obstante, haciendo unos matices, hay que reconocer que la violencia de las pandillas a la cual se enfrentaba el gobierno del FMLN era a grandes rasgos muy distinta a la que se dio en los gobiernos de ARENA, pues estos grupos habían perfeccionado su *modus operandi* incorporando formas de actuar propias del crimen organizado y realizando acciones de tipo terrorista. De este modo, el discurso del consenso se vio fortalecido pues las acciones de las pandillas ofrecieron el pretexto perfecto para apelar a la unidad nacional, específicamente a la unidad de los buenos ciudadanos (emprendedores y propietarios). Es así como la penalización y el endurecimiento de las leyes se convirtió en la bandera de los buenos ciudadanos, por lo que no apoyar las medidas punitivas convertía a un sujeto en aliado del crimen. De este modo, el discurso del consenso se ha erigido mediante la pretensión de condensar los intereses de la sociedad, el peligro de ello radica en la naturalización del orden social, pues un discurso de este tipo lo que busca es establecer un acuerdo absoluto favorable a la libertad económica individual. La profundización del consenso como práctica política ideal lleva, a nuestro juicio, a enclaustrar aún más las posibilidades de transformación, pues esto hace que el conflicto permanezca soterrado. En términos concretos, esto significaría para el país la permanencia de la situación de violencia y la agudización de precariedad. Por esas razones, consideramos urgente y necesario tratar de dilucidar formas alternativas para poner en cuestión la hegemonía neoliberal.

---

<sup>4</sup> Para ampliar esta idea puede ser útil lo que plantea Laclau al respecto: “[...] si por un lado el sujeto no es externo respecto de la estructura, por el otro se autonomiza parcialmente respecto de ésta en la medida en que él constituye el *locus* de una decisión que la estructura determina. Pero esto significa: (a) que el sujeto no es otra cosa que esta *distancia* entre la estructura indecible y la decisión; (b) que la decisión tiene, ontológicamente hablando, un carácter fundante tan primario como el de la estructura a partir de la cual es tomada, ya que no está determinada por esta última; (c) que si la decisión tiene lugar entre indecibles estructurales, el tomarla sólo puede significar la *represión* de las decisiones alternativas que no se realizan. Es decir, que la 'objetividad' resultante de una decisión se constituye, en su sentido más fundamental, como relación de poder” (Laclau 1993, 47, énfasis del original).

### 3. Construir lo político

Dicho lo anterior, consideramos ineludible pensar en alternativas políticas que pongan en cuestión la hegemonía neoliberal, y más aún el discurso del consenso. De lo que se trata es pues, a nuestro juicio, de abandonar la idea de que el orden social es mejorable si las prácticas políticas se enmarcan en los estrechos límites del neoliberalismo; contrario a ello creemos importante salir de los márgenes de la política convencional, lo implica reconocer la imposibilidad de anular el conflicto. Ciertamente, en un contexto neoliberal como el salvadoreño el discurso del consenso ha logrado un nivel de sedimentación tan alto que da la impresión de que hay un cierre acabado entre los discursos que ordenan la estructura y los sujetos colectivos. A manera de ejemplo: las organizaciones de la sociedad civil que tienen un mayor peso mediático utilizan los discursos hegemónicos para brindar propuestas de reformas, sobre todo en lo referente a políticas de transparencia y anticorrupción. Sin embargo, el conflicto invisibilizado está siempre latente, puesto que en coyunturas precisas donde sale a luz un problema que pone en cuestión la disposición clasista de la sociedad, o, en la coyuntura actual en la que se ha declarado inconstitucional la Ley de Amnistía de 1993<sup>5</sup>, hay una emergencia de actores contrahegemónicos que contradicen la supuesta armonía que el consenso pretende instaurar. Es decir que, el consenso tiene fisuras inerradicables que no se pueden salvar declarando leyes de reconciliación ni naturalizando el individualismo y la extrema desigualdad. Precisamente, por dichas falencias es que la hegemonía neoliberal es insuficiente para construir nuevos proyectos de sociedad, ya que adolece de una grave incompreensión de lo político<sup>6</sup>.

Lo paradójico de ésta cuestión es que —como ya mencionamos antes— el orden neoliberal está constantemente generando condiciones de precarización de la vida, es decir, engendra continuamente nuevos antagonismos: la tenencia de la tierra, la carencia de viviendas, la falta de seguridad social en salud y educación, la discriminación de género, la sobreexplotación de los recursos naturales, etc., son sólo algunos ejemplos de conflictos pasados que todavía

---

<sup>5</sup> Sobre la declaración de inconstitucionalidad véase el comunicado de la Sala de lo Constitucional de El Salvador, en éste documento se precisan los motivos por los cuales se consideró necesario iniciar un proceso legal para revertir ésta ley. Cfr. Sala de lo Constitucional de la Corte Suprema de Justicia de la República de El Salvador, “Sentencia de Inconstitucionalidad de la Ley de Amnistía de 1993”, 13 de julio de 2016, documento disponible en: [http://static.ow.ly/docs/Amnist%C3%ADa-Sentencia%20versi%C3%B3n%20final\\_51gl.pdf](http://static.ow.ly/docs/Amnist%C3%ADa-Sentencia%20versi%C3%B3n%20final_51gl.pdf)

<sup>6</sup> Como señala Mouffe: “el liberalismo debe negar el antagonismo, ya que al destacar el momento ineludible de la decisión —en el sentido profundo de tener que decidir en un terreno indecible—, lo que el antagonismo revela es el límite mismo de todo consenso racional. En tanto el pensamiento liberal adhiere al individualismo y al racionalismo, su negación de lo político en su dimensión antagonica no es entonces una mera omisión empírica, sino una omisión constitutiva” (Mouffe 2007, 18–19).

siguen vigentes a nivel global y que han sido exacerbados por la aplicación de políticas neoliberales. Sin embargo, pese a los esfuerzos de los técnicos-expertos de los *think tanks* globales por argüir que estamos viviendo tiempos más allá de la ideología y de las divisiones de clase, lo que se hace visible es todo lo contrario. En ese sentido, y volviendo al caso específico de El Salvador, sucesos como el antes mencionado (inconstitucionalidad de la Ley de Amnistía o también la discusión sobre el aumento al salario mínimo), son momentos de quiebre de la hegemonía neoliberal que aunque no se transforman necesariamente en movimientos reivindicativos de gran calado, sí logran visibilizar “esa instancia originaria, a esa institución contingente” en la que se ha consolidado dicho orden (Laclau 2014, 151). Precisamente, consideramos sumamente necesario y oportuno que se den estos momentos pues contribuyen a *reactivar el orden* que se da por sentado, del cual las estrategias de sedimentación como el consenso han pretendido borrar su historia. Trayendo a cuenta nuevamente la teorización laclausiana al respecto, quien retoma de Husserl las nociones de sedimentación y reactivación y las transforma a su propio uso, creemos que es importante visibilizar que la hegemonía neoliberal en El Salvador no se encuentra blindada de momentos críticos que hagan peligrar la estabilidad de su sedimentación, “es decir que el acto de institución se muestra plenamente solo a través de aquello que lo pone en cuestión” (Laclau 2014, 151)<sup>7</sup>. De este modo, al darse coyunturas críticas lo que se nos plantea como dado o como mera presencia es objetado en la base de su estabilidad, en otras palabras, se da la emergencia del momento político<sup>8</sup>.

Llegado a este punto, sostenemos que la tarea imprescindible para la política salvadoreña es comenzar a comprender la especificidad de lo político, por lo cual entendemos “la dimensión de antagonismo que [es] constitutiva de las sociedades humanas” (Mouffe 2007, 16). Esto supone en primer lugar romper con el esquema discursivo que propone el neoliberalismo. Se trata pues de deslegitimar los preceptos consensuales que exaltan como máximo ideal la concertación acrítica, la neutralidad ideológica y la aceptación absoluta del orden actual como el único posible; contrario a ello, la apuesta debe ser reemplazar la normatividad que impone el consenso por el reconocimiento de que el conflicto es inherente a nuestra condición de

---

<sup>7</sup> De este modo la *reactivación* se puede entender como el opuesto a la *sedimentación*. Según Laclau: “La reactivación no consiste, pues, en un retorno a la situación originaria sino tan sólo en redescubrir, a través de la emergencia de nuevos antagonismos, el carácter contingente de la pretendida 'objetividad'. Pero este redescubrimiento puede a su vez reactivar la comprensión histórica de los actos originarios de institución, en la medida en que formas entumecidas, que eran consideradas como simple objetividad y dadas por sentadas, se revelan ahora como contingentes y proyectan esa contingencia a sus propios orígenes” (Laclau 1993, 51).

<sup>8</sup> Cfr. Laclau 2014, 151.

seres sociales. Sólo así podríamos empezar a entender lo político y a vislumbrar las posibilidades de transformación que permite la expresión política<sup>9</sup> de los conflictos. De no ser así, la neutralización del conflicto a la que recurre el discurso consensual no deriva en su erradicación definitiva, más bien promueve que los conflictos mal canalizados emerjan en formas peligrosas como lo son las pandillas. En ese sentido, el peligro no es únicamente que existan grupos criminales con una gran capacidad de acción y organizativa; el peligro también radica en la polarización social que genera el discurso del consenso pues separa a una población –extremadamente heterogénea– en dos bandos donde unos son buenos y otros son malos. Así el discurso del consenso crea relaciones antagónicas<sup>10</sup>, en donde la solución final es acabar con el enemigo. De hecho, esta dinámica se encuentra presente en El Salvador en donde las políticas de mano dura o las iniciativas que promueven la pena de muerte, o peor aún, los grupos de limpieza social que existen en el país son el reflejo de un antagonismo mal digerido por la sociedad. En ese sentido, podemos decir que el discurso del consenso sostiene un discurso de lo político invisibilizado, pues si bien polariza a los actores sociales dicha polarización se enrumba en una lógica antagónica despolitizada, que se traduce en el despliegue de políticas represivas contra el enemigo de la sociedad encarnado en las pandillas y no en el cuestionamiento sesudo de las causas estructurales que provocan la violencia.

Frente a lo anterior, consideramos importante buscar formas alternativas de expresión de los conflictos, que los redirijan hacia los canales políticos adecuados para decidir genuinamente en torno a ellos. En ese sentido, creemos que la noción de agonismo propuesta por Mouffe puede ser útil ya que reconoce “la permanencia de la dimensión antagónica del conflicto, aceptando [...] la posibilidad de su 'domesticación'” (Mouffe 2007, 27). La diferencia fundamental entre antagonismo y agonismo para la autora consiste en “que el antagonismo constituye una relación nosotros/ellos en la cual las dos partes son enemigos que no comparten ninguna base común, [mientras que] el agonismo establece una relación nosotros/ellos en la que las partes en conflicto, si bien admitiendo que no existe una solución racional a su conflicto, reconocen, sin embargo la legitimidad de sus oponentes” (Mouffe 2007, 27). De esta noción se derivan varias consecuencias, dado que, en primer lugar para la perspectiva agonista el conflicto se maneja entre “adversarios cuyas ideas pueden ser

---

<sup>9</sup> Entendiendo la política en este caso como “el conjunto de prácticas e instituciones a través de las cuales se crea un determinado orden, organizando la coexistencia humana *en el contexto de la conflictividad derivada de lo político*” (Mouffe 2007, 16, énfasis nuestro).

<sup>10</sup> En el sentido planteado por Schmitt de amigo-enemigo, para ver el planteamiento del autor puede consultarse Schmitt 2002.

combatidas, incluso encarnizadamente, pero cuyo derecho a defender esas ideas no sea cuestionado” (Mouffe 2014, 26). En segundo lugar, hay una base común de principios entre los adversarios cuya diferencia radica en la interpretación que cada cual haga sobre dichos principios y el proyecto político que se tenga en torno a ellos, como señala la autora “los adversarios luchan entre sí porque quieren que su interpretación de los principios se vuelva hegemónica, pero no ponen en cuestión la legitimidad del derecho de sus oponentes a luchar por la victoria de la postura” (Mouffe 2014, 26). Y en tercer lugar, la noción de agonismo reconoce que no existe una reconciliación racional y última<sup>11</sup>, como lo considera el discurso del consenso. Precisamente, el carácter contingente de todo ordenamiento social hace que este se encuentre abierto a distintas posibilidades tanto por fuera como dentro de sus límites estructurales. En palabras de la autora:

[...] en una política agonista, la dimensión antagonica está siempre presente, ya que lo que está en juego es una lucha entre proyectos hegemónicos opuestos que nunca pueden ser reconciliados de manera racional, y en la cual uno de ellos necesariamente debe ser derrotado. Se trata de una confrontación real, pero que se desarrolla bajo condiciones reguladas por una serie de procedimientos democráticos aceptados por los adversarios (Mouffe 2014, 27–28).

Planteado a grandes rasgos, consideramos que el concepto de agonismo ofrece una visión distinta a la promovida por el discurso del consenso y la postpolítica. Pues si bien la práctica agonista tiende a la domesticación del conflicto y a un consenso más inclusivo, es decir que, no rompe de tajo con el discurso consensual, si puede ser un primer paso en la construcción de discursos contrahegemónicos que capitalizan precisamente los sentidos sedimentados en la sociedad. De continuar reproduciendo las prácticas hegemónicas neoliberales que enarbolan el consenso absoluto como camino único para la realización de la política, sólo nos lleva a reducir a ésta al ámbito donde intervienen ‘neutralmente’ los técnicos y especialistas; dejando por fuera a diversidad de sectores sociales que tienen algo que decir y *decidir* sobre la conformación y disposición de la sociedad. Pues “un énfasis excesivo en el consenso, junto con la aversión a las confrontaciones, conduce a la apatía y al desinterés por la participación política” (Mouffe 2014, 26). Esto, por otra parte, sólo contribuye a fortalecer más la hegemonía neoliberal, pues se silencian los distintos problemas que padece la población y los

---

<sup>11</sup> Pues lo que está en juego es la consolidación de proyectos hegemónicos que generan distintas formas de identificación colectiva en donde las pasiones tienen un papel fundamental. Para profundizar en el tema de la construcción de identidades en relación con el antagonismo puede verse: Mouffe 2014, 28; Mouffe 2007, 22; Laclau 2014, 133–43; Laclau 2006, 94 y Laclau 1993, 38–44.

conflictos se expresan en formas anómicas que ponen en riesgo la convivencia social. Asimismo, es necesario subrayar lo imperativo que es la expresión del disenso, pues la pretensión neoliberal de lograr un cierre total que proporcione un acuerdo absoluto en favor de la libertad económica individual es una falacia. De hecho, la búsqueda de acuerdos totales por parte del discurso del consenso en El Salvador puede leerse como un atentado contra la democracia misma, para evitar que esto se dé hay que aceptar que “siempre va a existir desacuerdo en torno al significado de los valores [ético-políticos que inspiran la asociación política] y al modo en que estos deberían implementarse” (Mouffe 2014, 27). De ese modo, si se busca la construcción de un consenso, éste debe ser ineludiblemente un “consenso conflictual” (Mouffe 2014, 27).

## Conclusiones

De acuerdo a lo señalado en las páginas anteriores, la consolidación de la hegemonía neoliberal en El Salvador ha seguido un largo proceso que se vio favorecido por la presencia constante en el ámbito público de discursos postpolíticos y consensuales que enfatizaban la consolidación de las formas institucionales por sobre el carácter sustantivo de las instituciones democráticas. Así, el tránsito del conflicto armado hacia la etapa de postconflicto se caracterizó por la dramatización de prácticas democráticas –como comicios electorales, elección de funcionarios públicos, creación de oficinas de transparencia– que se volvían fútiles al dejar de lado los problemas más acuciantes para la población. En esos sentidos, la desigualdad social ha sido en la historia reciente de El Salvador el talón de Aquiles de la política, pues sistemáticamente ha habido una exclusión deliberada de la misma que se ha evidenciado en la falta de un abordaje serio y consciente de la desigualdad como un problema estructural. En este punto, el discurso del consenso –legitimado bajo criterios técnicos y neutrales– ha jugado un papel fundamental pues ha instituido como sentido común que el hecho de enunciar las desigualdades es una práctica arcaica, ligada a un pasado violento y que poco aporta al ‘avance’ del país. La eficacia de este discurso en performar una realidad carente de confrontaciones políticas puede resumirse en los siguientes puntos:

*1. La instauración del proyecto neoliberal en los últimos veintisiete años en El Salvador, ha sido exitoso debido al despliegue de estrategias discursivas tales como el consenso.*

Hay que reconocer que en el momento de emergencia del proyecto neoliberal en el año de 1989, específicamente con la llegada del partido ARENA al órgano ejecutivo, comienza a haber una lectura postpolítica de la historia reciente del país. Dicha lectura fue favorecida gracias al contexto político internacional, en el cual la caída del bloque del Este fue un acontecimiento capitalizado por la derecha salvadoreña para denostar la lucha armada del FMLN. Esto conllevó que toda reivindicación y demanda por justicia social fuera considerada ilegítima, pues a medida que se consolidaba la hegemonía neoliberal también iban perdiendo capacidad enunciativa las demandas populares. Mediante el silenciamiento y la invisibilización de tales demandas se iba sedimentando en el país la tesis del final de la historia. Asimismo, el pasado violento de El Salvador jugó un papel importante en el momento en el cual el consenso se impuso como práctica política ideal, ya que la receptividad con la que la sociedad salvadoreña asimiló el discurso consensual fue posible debido al trauma que la violencia había causado en la población. Dicho trauma permitió al discurso

consensual establecer un nexo entre la expresión de los conflictos y la violencia, lo que derivó en el soterramiento de las desigualdades que cuestionaban el orden establecido.

*2. La puesta en práctica de la agenda neoliberal durante el período de postguerra corrió paralelo a la escalada de violencia social y a la aparición de las pandillas juveniles.*

Los años que siguieron a la firma de los Acuerdos de Paz de 1992 se caracterizaron por la implementación de políticas liberalizadoras de la economía y junto a ello la pobreza y la marginalidad eran vistas como condiciones naturales. De este modo, el problema de la desigualdad estructural –irresuelto desde la guerra civil y al cual los Acuerdos de Paz no lograron dar respuesta– se profundizaba cada vez más, siendo el caldo de cultivo adecuado para que la violencia apareciera nuevamente en la vida social del país, especialmente en las comunidades marginales. Las precarias condiciones de vida junto con otros factores como la migración de salvadoreños y salvadoreñas hacia las ciudades más violentas de los Estados Unidos, la fragmentación del tejido social, la ausencia de políticas de restauración a las víctimas del conflicto armado, entre otras, dieron lugar al surgimiento de pandillas juveniles como grupos de sociabilidad y de solidaridad que acogían a jóvenes provenientes de hogares violentos y pobres. De ahí que se pueda afirmar que las pandillas son la expresión de un conflicto social anteriormente soterrado, como lo es la desigualdad social.

*3. El discurso del consenso construyó a las pandillas juveniles como enemigas de la sociedad.*

El no reconocimiento por parte de la agenda neoliberal de la desigualdad social como un problema estructural tuvo su contraparte en el abordaje de la violencia. Como hemos visto, las políticas de represión del crimen puestas en práctica desde 2001, se enfocaban únicamente en el combate a las pandillas, en ello fue patente la aplicación de la doctrina neoliberal diseñada por los *think tanks* estadounidenses. Las políticas represivas dieron como resultado la transformación de las pandillas en grupos vinculados al crimen organizado en Centroamérica, y por consiguiente, el país vivió un recrudecimiento de la violencia a niveles mayores que los vividos durante la guerra civil. Frente a esta situación, el discurso del consenso segregó a los buenos ciudadanos de los pandilleros, los cuales pasaron a encarnar un nuevo enemigo social. Si bien reconocemos que las pandillas en Centroamérica y específicamente en El Salvador son un problema grave que pone en riesgo la vida de la población, es necesario señalar que el discurso del consenso enunciado por ARENA y por las gremiales empresariales tendía a acentuar la restricción de las libertades económicas que las pandillas producían a través de las extorsiones. Si bien es cierto que las pandillas han impuesto una situación de extrema

violencia en la cual operar un negocio puede convertirse en una amenaza a la vida de una familia, también es cierto que los grupos oligárquicos en El Salvador no reconocen la existencia de un conflicto sustentado en la desigualdad estructural crónica que ha dado lugar a la situación del presente. En ese sentido, lo que queremos señalar es que el discurso del consenso ha provocado la aparición de nuevos antagonismos, específicamente el existente entre los ciudadanos de bien y los pandilleros como enemigos a eliminar mediante la represión. Este antagonismo, sin embargo, resalta únicamente la dimensión económica que define a las pandillas como una amenaza al individuo propietario<sup>1</sup>. De este modo, podemos argüir que el antagonismo entre los ciudadanos de bien y los pandilleros es un antagonismo despolitizado, que responde a la escisión típicamente liberal entre política y economía, y que desde ahí imposibilita la expresión de conflictos que denoten la imbricación de ambas dimensiones, o en otras palabras, imposibilita la politización de la economía y de los conflictos que ésta genera.

#### *4. El desafío que se impone a la sociedad salvadoreña es tratar de construir lo político.*

Con lo dicho hasta el momento consideramos importante que en El Salvador se vayan dando pasos hacia la construcción de lo político, como parte imprescindible de la democracia. Pues al excluir la desigualdad social como un problema con legitimidad para ser abordado, se excluye asimismo a la gran parte de la población que vive en condiciones precarias, lo cual no es parte de una sociedad verdaderamente democrática. Hemos hablado de la necesidad de construir un abordaje agonista del conflicto, en tanto que tengan cabida los disensos y las diferencias expresadas por el conjunto de la sociedad. Reemplazar el consenso por el agonismo como práctica política fundamental es un imperativo, pues es el único modo en el que se puede frenar –limitadamente– la escalada de violencia en El Salvador, que es a nuestro juicio el problema más urgente que resolver en el país.

Finalmente, queremos plantear algunas interrogantes que han surgido a partir de este trabajo. En primer lugar, como ya hemos señalado, el discurso neoliberal es eficaz en la medida que construye subjetividades coherentes en mayor o menor medida con los sentidos comunes que este discurso promueve, el problema subyacente a esto es el pensar en estrategias tendientes a modificar las ideas y actitudes que el neoliberalismo ha implantado y que han sido interiorizadas por los sujetos. En segundo lugar, y en relación con lo anterior, la

---

<sup>1</sup> Aunque con la agudización de la violencia en el momento actual, este antagonismo también encuentra expresión en la imagen de los pandilleros como amenazas reales a la integridad física de las y los ciudadanos.

deconstrucción de la sujeción neoliberal debe ser paralela al reconocimiento del disenso y/o el desacuerdo como elementos imprescindibles para el sano desenvolvimiento de la política, lo que necesariamente nos lleva a pensar en formas alternativas de subjetividad. Si estos elementos siguen siendo excluidos e invisibilizados de la práctica política salvadoreña, la democracia no será más que un simulacro. En tercer lugar, creemos que –a partir de este trabajo– se puede explorar, como línea de continuidad al análisis realizado, el vínculo entre la memoria del pasado violento en El Salvador con los discursos postpolíticos que impiden enunciar el conflicto. En ese sentido, conviene preguntarse ¿cómo el trauma y la memoria sobre la violencia influyen en el panorama despolitizado que afecta a la sociedad salvadoreña? Consideramos que esto puede ser importante para ampliar la crítica a la hegemonía neoliberal, sobre todo de cara al contexto actual que vive la sociedad salvadoreña pues siguen vivos los intentos por silenciar el pasado y tratar de cerrar las heridas que la violencia y la desigualdad irresuelta han dejado por medio de leyes de reconciliación. En cuarto lugar, es necesario ampliar la mirada sobre el problema en cuestión y tratar de ver ¿qué papel juegan la violencia patriarcal y la violencia racial en la reproducción de los discursos neoliberales? Pues aunque en este trabajo nos hemos circunscrito al abordaje de la desigualdad de clase, hay que señalar que la violencia vivida en El Salvador contemporáneo se nutre directamente de un discurso patriarcal que exalta excesivamente la agresividad, la homofobia y la misoginia. Aunado a lo anterior, el racismo –como un problema no reconocido dentro de la sociedad salvadoreña– define claramente la estratificación social, y, es en torno a ello que se reproducen distintos prejuicios que sientan como naturales desigualdades estructurales. En otras palabras, entrar de lleno en el análisis y la crítica a la hegemonía neoliberal y la violencia que ésta genera en el contexto salvadoreño supone tomar en cuenta las distintas relaciones de poder mediante las cuales se configura la forma de sujeción neoliberal. Como último punto y no menos importante, consideramos necesario visibilizar que otros elementos, más allá del discurso consensual, intervienen en la acuciante despolitización de la sociedad salvadoreña, o en otros términos, se trata de ver ¿qué otras dinámicas intervienen en la ausencia de proyectos contrahegemónicos? Pues aunque la sedimentación del discurso del consenso ha sido parcialmente efectiva, de ningún modo puede ser el único fundamento que disgrega la capacidad de resistencia y el potencial emancipador que eventualmente pudiera surgir dentro de la sociedad.

## **Siglas y Acrónimos**

Asociación Nacional de la Empresa Privada	ANEP
Alianza Republicana Nacionalista	ARENA
Banco Mundial	BM
Encuentro Nacional de la Empresa Privada	ENADE
Fondo Monetario Internacional	FMI
Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional	FMLN
Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social	FUSADES
Museo Nacional de Antropología “Dr. David J. Guzmán”	MUNA
Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”	UCA

## Referencias citadas en el texto

- Aguilar, Jeannette. 2012. "Coyuntura actual de las pandillas." *Estudios Centroamericanos*, 731 (67): 481-487.
- . 2013. "Las políticas de seguridad y su impacto en la criminalidad en El Salvador." *Estudios Centroamericanos*, 735 (68): 461-468.
- Alemán, Jorge. 2016. "Neoliberalismo y Subjetividad." Revista digital. *Página/12*. 31–37.  
<http://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-215793-2013-03-14.html>.
- Anderson, Perry. 1997. "Balance del Neoliberalismo: Lecciones para la Izquierda." *Procesos: Revista Ecuatoriana de Historia*. 11: 111-127.
- Anónimo. 1996. "La Violencia en El Salvador." *Estudios Centroamericanos*, 569 (LI): 240-249.
- Biglieri, Paula. 2013. "Emancipaciones. Acerca de la aprobación de la ley del matrimonio igualitario en Argentina", en *Iconos: Revista de Ciencias Sociales*, 46: 145-160.
- Blanco, Ana Belén y María Soledad Sánchez. 2015. "El neoliberalismo es la primera formación histórica que trata de tocar la propia constitución del sujeto. Entrevista a Jorge Alemán." *Diferencia(s). Revista de Teoría Social Contemporánea*. 1 (1): 165-178.
- Cadahia, Luciana. 2010. "Un modo de resistir al biopoder: el lugar de la Parrhesia en las reflexiones ético-políticas de Michelle Foucault." *BAJO PALABRA. Revista de Filosofía*. 5 (II): 289-299.
- Cruz, José Miguel. 1997. "Los factores posibilitadores y las expresiones de la violencia en los noventa." *Estudios Centroamericanos*, 588 (LII): 977-992.
- . 2013. "La incidencia de las pandillas juveniles en la inseguridad de El Salvador." *Estudios Centroamericanos*, 735 (68): 469-473.
- Ema López, José Enrique. 2009. "Capitalismo y subjetividad ¿Qué sujeto, qué vínculo y qué libertad?". En *Psicoperspectivas*, 2 (VIII): 224-247.
- Escobar, Francisco Andrés. 1996. "Por mi madre vivo y por mi barrio muero. Una aproximación al fenómeno de las maras." *Estudios Centroamericanos*. 570 (LI): 327-349.
- Estrada, Christopher. 2007. "Economicismo y epidemiología: crítica de dos concepciones originarias de las políticas contra la violencia." *Estudios Centroamericanos*. 706 (62): 635-648.
- Foucault, Michel. 2007. *Nacimiento de la Biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 15–41.

- González, Luis Armando. 2003. "El plan 'Mano Dura': burda politización de un problema social." *Estudios Centroamericanos*, 657-658 (LVIII): 783-787.
- Gordon, Sara. 1980. "Crisis política y organización popular en El Salvador." *Revista Mexicana de Sociología* 42 (2): 695–709. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/4624921>.
- Gramsci, Antonio. 1999. *Cuadernos de la Cárcel*. México: Ediciones Era.
- Habermas, Jürgen. 1998. "Reconciliación mediante el uso público de la razón." En Rawls, John Y Habermas, Jürgen. *Debate Sobre El Liberalismo Político*, Barcelona: Paidós, 41–71.
- Harvey, David. 2007. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Laclau, Ernesto. 1993. "Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo." En Ernesto Laclau, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires: Nueva Visión, 19–99.
- . 1998. "La política y los límites de la modernidad." En Buenfil, Rosa Nidia (coord.). *Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la modernidad*, México, D.F: Plaza y Valdés - Seminario de profundización en Análisis Político de Discurso, 55–73.
- . 2006. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . 2009. "Populismo ¿Qué nos dice el nombre?" En Panizza, Francisco, *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 51–70.
- . 2010. "La articulación y los límites de la metáfora." *Studia Politicae*, no. 20: 13–38. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3980162>.
- . 2014. "Antagonismo, subjetividad y política." En Laclau, Ernesto. *Los Fundamentos retóricos de la sociedad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 127–153.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. 1985. *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . 1993. "Posmarxismo sin pedido de disculpas." En Laclau, Ernesto. *Nuevas Reflexiones Sobre La Revolución de Nuestro Tiempo*, Buenos Aires: Nueva Visión, 111–145.
- Macpherson, C.B. 2005. *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke*. Madrid: Trotta.
- Mouffe, Chantal. 1991. "Hegemonía e ideología en Gramsci." En *Antonio Gramsci y la Realidad Colombiana*, Bogotá: Foro Nacional, 167–227.
- . 1999. *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Paidós.

- . 2007. *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- . 2014. *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rancière, Jacques. 2009. “Las democracias contra la democracia.” En Rancière, Jacques, *Democracia en suspenso*, Madrid: Casus Belli, 97–102.
- Ranum, Elin Cecilie. 2007. “El crimen violento y la democracia en El Salvador.” *Estudios Centroamericanos*, 703-704 (62): 353-375.
- Rawls, John. 1998. “Réplica a Habermas.” En Habermas, Jürgen y Rawls, John. *Debate Sobre El Liberalismo Político*, Barcelona: Paidós, 75–143.
- Ribera, Ricardo. 1994. “El Salvador: la negociación del Acuerdo de Paz.” *Revista Realidad*, 37: 89-134. Disponible en:  
<http://www.uca.edu.sv/filosofia/admin/files/1331140033.pdf>.
- . 2003. “De la guerra a la paz: análisis dialéctico del proceso histórico salvadoreño.” *Realidad: Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. 95: 667-701.  
<http://www.ues.edu.sv/descargas/memoria/sigloxx/ricardoribera.pdf>.
- Schmitt, Carl. 2002. *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.
- Stoessel, Soledad. 2014. “Las categorías de hegemonía, antagonismo y populismo en la teoría política contemporánea. Una aproximación desde la obra post-marxista de Ernesto Laclau.” *Utopía y Praxis Latinoamericana: Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social* 19 (64): 13–31. Disponible en:  
<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27937087003>.
- Ungo, Guillermo Manuel. 1984. “Causas y perspectivas de la guerra civil en El Salvador.” *Revista Mexicana de Sociología* 46 (3): 143–54. <http://www.jstor.org/stable/3540144>.
- Wacquant, Loic. 2004. *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires: Manantial.
- Zizek, Slavoj. 2008. *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.

## **Fuentes documentales**

### **Documentación**

- Araujo, Carlos Enrique. 2010. *Fragmento del discurso pronunciado en la inauguración del Décimo Encuentro Nacional de la Empresa Privada (ENADE)*. 26 de enero, disponible en: <http://anep.org.sv/ENADE2009/discursopresidenteanep.pdf>

## Documentación de la Revista Estudios Centroamericanos

- Cristiani, Alfredo. 1992. "1. Acuerdos de Paz. 1.8. Lic. Alfredo Cristiani, presidente de la república, en la ceremonia de acción de gracias por el cese del enfrentamiento armado". *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 519-520 (XLVII), Enero-Febrero.
- . 1989. "1. Discurso presidencial y reacciones. 1.1. Lic. Alfredo Cristiani. Discurso pronunciado por el presidente de la república". *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 488 (XLIV), Junio.
- . 1991. "1. La negociación. 1.3. Alfredo Cristiani, Presidente de la República, Mensaje (30 de abril de 1991)". *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 510 (XLVI), abril.
- . 1991. "1. Mensajes de fin de año. 1.1. Alfredo Cristiani, Presidente de la República. Mensaje al pueblo salvadoreño". *Estudios Centroamericanos*, Sección Documentación, No. 507-508 (XLVI), Enero-Febrero.
- ANEP. 1989. "1.3. Asociación Nacional de la Empresa Privada (ANEP). Ante la actual y delicada situación salvadoreña". *Estudios Centroamericanos*, No. 485, Marzo 1989, Año XLIV, p. 267.
- Antonio Saca, Documento especial. "Discurso de la toma de posesión del presidente de la República, Elías Antonio Saca". En *Estudios Centroamericanos*, No. 668, Junio 2004, Año LIX, p. 662.
- Armando Calderón, presidente de la república. "Informe de dos años y medio de gestión", En *Estudios Centroamericanos*, No. 579-580, Enero-Febrero 1997, Año LII, p. 163-167.
- Editorial, "Dos países en uno: el desafío real de la unidad nacional", en *Estudios Centroamericanos*, No. 691-692, Mayo-Junio, Vol. 61, 2006, p. 506.
- Editorial, "El gobierno de unidad nacional deseable", en *Estudios Centroamericanos*, No. 719, Enero-Marzo 2009, Vol. 64, p. 8-9.
- FMLN Comunicado, "2.4. Posición para que la implementación y realización de nuestra propuesta sobre las elecciones conduzca a una finalización definitiva de la guerra", *Estudios Centroamericanos*, No. 483-484, Enero-Febrero 1989, Año XLIV, Documentación, p. 139.
- Francisco Flores. "Informe del primer año de gobierno leído en la Asamblea Legislativa el 1 de junio de 2000". En *Estudios Centroamericanos*, No. 619-620, Mayo-Junio 2000, Año LV, p. 662, énfasis nuestro.

Francisco Flores. “Mensaje presidencial en cadena nacional de radio y televisión sobre el Plan Mano Dura, el 23 de julio de 2003”. En *Estudios Centroamericanos*, No. 657-658, Julio-Agosto 2003, Año LVIII, p. 833.

Instituto de Opinión Pública, “Solidaridad y violencia. Los jóvenes pandilleros en el gran San Salvador”, en *Estudios Centroamericanos*, No. 585-586, Julio-Agosto, Año LII, 1997, pp. 695-710.

### **Programas de gobierno**

Ministerio de Economía de El Salvador, “El Salvador, Generando Riqueza desde la Base: Políticas y Estrategias para la Competitividad Sostenible de las MIPYMEs”, sin año, disponible en: <http://www.microfinancegateway.org/sites/default/files/mfg-es-documento-el-salvador-generando-riqueza-desde-la-base-politicas-y-estrategias-para-la-competitividad-sostenible-para-las-mipymes-2-2008.pdf>

### **Notas de prensa**

David Marroquín, “Los 7 planes de seguridad que fracasaron en combatir las pandillas”, en *elsalvador.com*, 17 de marzo de 2016, disponible en:

<http://www.elsalvador.com/articulo/sucesos/los-planes-seguridad-que-fracasaron-combatir-las-pandillas-105057>

Diego Murcia, “15 pasajeros muertos en ataque a microbús en Mejicanos”, en *elfaro* periódico digital, 21 de junio de 2010, en:

<http://www.elfaro.net/es/201006/noticias/1967/15-pasajeros-muertos-en-ataque-a-microbuses-en-Mejicanos.htm>

Editorial, “Bajo el signo de la inseguridad”, en *La Prensa Gráfica*, Jueves 30 de diciembre de 1993, p. 7, énfasis nuestro.

Oscar Díaz y Víctor Pino, “Maras se enfrentan con explosivos”, en *La Prensa Gráfica* (San Salvador), 31 de diciembre de 1995, p. 5-A.

### **Documentos de la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social**

FUSADES, “Resumen Ejecutivo”, en *Informe Trimestral de Coyuntura*, enero-marzo 2011, p. iii.

FUSADES, “Seguridad ciudadana: condición necesaria para el desarrollo”, en *Informe Trimestral de Coyuntura*, noviembre 2010, p. 25. Información extraída según las Encuestas de Dinámica Empresarial de FUSADES.

## **Leyes de la República**

Asamblea Legislativa de la República de El Salvador, 1993, Ley de Amnistía, disponible en:

<http://www.asamblea.gob.sv/eparlamento/indice-legislativo/buscador-de-documentos-legislativos/ley-de-amnistia-general-para-la-consolidacion-de-la-paz>